

LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO.

I.

Sr. D. José Fernandez Bremon.

Muy querido amigo mio:

No pensaba tomar parte en la polémica que se ha entablado con objeto de disminuir la *dosís* de mi originalidad artística, cuestion que me tiene sin ningun cuidado. Pero habiendo recibido ese anónimo que le remito para que lo eche al fuego, y en el cual, algun amigo sin duda, con el objeto de desagraviarme, copia de un célebre autor moderno muchas ideas tomadas literalmente de mis obras, ideas que lo mismo pueden ser mias que de cualquier autor de aleluyas, me decido á tomar la pluma para consignar mis principios literarios; y como los criticos que me han zaherido son más de dos, no nombro á ninguno de ellos, no por falta de respeto, sino porque alguno, andando el tiempo, tal vez me agradezca la delicadeza de esta reserva.

Salgo tambien de mi estudiado silencio, porque acabo de saber que la cruzada corsa emprendida contra mí se hace extensiva á otros muchos; y siendo esto así, necesito decir que, ántes que alguno de los ingenios superiores que se trata de hostilizar se vea en la necesidad de tener que tirarnos con desprecio á la cabeza, á los que nos ocupamos de estos chismes, el candil á cuya luz siniestra se elaboran tan mezquinas concepciones literarias, se sepa que el desautorizar á nuestros mejores talentos, no será una obra de crítica, sino una accion mala, un delito de lesa nacion. Que se contenten con desacreditar mi nombre. Yo soy entre todos el que ménos vale, y además, como polemista viejo, estoy ayezado á esta clase de mordeduras, y la costumbre de ser envenenado me ha hecho como á Mitrídates invulnerable á las intoxicaciones. Vengan, pues, sobre mí todas las abominaciones de los que quieran maldecir el bien ajeno, porque aunque yo no las mereciese, como sí las merezco, la injusticia caerá sobre *varon constante*.

II.

Y por si esta carta llega algun dia á ver la luz pública, empiezo por pedir perdon á la noble crítica, á la que tantos favores he debido en el curso

TOMO VI.

de mi vida, por si consigno aquí algunas pedanterías inexcusables; pues el no contestar con altivez á ciertas malignidades, sería rebajar la dignidad de mi carácter.

Y entrando en materia, aseguro á usted que me creo digno de la inusitada generosidad con que ha salido usted á mi defensa, porque aunque el hecho de que se me acusa es cierto, el cargo es injusto. De algun tiempo á esta parte, todos los amigos que me ven componer saben que, al escribir versos, suelo trasladar de la prosa á la poesía muchas ideas de los libros que leo, de las personas de talento que me favorecen con sus conversaciones, de los oradores que oigo. Le puedo asegurar á usted que, muchos de los variados pensamientos que resaltan en algunas de mis últimas obras, son ideas ajenas trasportadas de la prosa á la poesía. En esas obras á mí no me pertenece por completo más que la verdadera originalidad que son los cuatro factores que constituyen el arte, la *invencion del asunto*, el *plan* de la composicion, el *designio filosófico* y el *estilo*. Y á esto me preguntará usted: ¿pues cuántos autores han podido existir ó existen en el mundo que les pueda pertenecer otro tanto en sus obras artísticas? Pocos ó ninguno. Y si han existido ó existen, ¿en qué país están? ¿cómo se llaman? A la falta de modestia de estas preguntas espero que nos contesten, no los autores, sino los inspiradores de los tizones literarios que, más que estigmas de descrédito, son, sin saberlo ellos mismos, acrisoladores de honras. Porque, aunque como usted indica, una Dolorá, ó un Pequeño poema, no fuesen más que un mosaico de pensamientos ajenos, ¿qué parte quitarían á su originalidad? Ninguna. Para mí, en una obra de arte, vuelvo á repetir, lo que hay de importante es lo original de la *invencion*, lo *dramático* del asunto, la *tendencia final* y la *forma*, los cuatro elementos de mi sistema literario, lo que podríamos llamar las categorías artísticas de mi entendimiento, lo que denominaría un Kantiano *mis ideas necesarias*.

Y como cuando me veo maltratado por el demonio de las malas voluntades, se despierta en mí el demonio del orgullo, ántes que esta mala pasion se enfríe en mi cerebro, diré que esos cuatro factores, que yo he planteado como condiciones indispensables de todo arte digno de serlo, confío que sean en el porvenir apreciados por muchos artistas, despues que muera conmigo la antipatia que mi sis-

tema literario inspira á ciertos compositores insustanciales y entecos.

Pero vuelvo á pedir á usted, así como á la noble crítica, perdon por estas tontas vanidades mías, dichas sólo en el seno de la confianza, y prosigo diciéndole que, aunque lo agradezco mucho, hace usted mal en enfadarse con los azuzadores de los videntes roedores que me echan en cara una cosa que he hecho con intento deliberado, y que, además, la he dicho públicamente para que todo el mundo la supiese.

Escribía yo lealmente hace tiempo en una polémica científica que se ha hecho bastante célebre: «Soy una pobre abeja literaria que busca alimento en todos los jardines cultivados por la inteligencia humana, y dando menos importancia de lo que creen algunos á la *originalidad*, cultivo *el arte sólo por el arte*, y con el fin de *agrandar los límites del imperio* de la poesía, á falta de pensamientos propios, tomo los *ajenos*, etc., etc., etc.»

Después de esta confesión explícita, ¿es delicado hacer un misterio de lo que yo he dicho públicamente, y hacerme un cargo por aquello mismo de que yo he hecho un mérito?

Pero haciendo caso omiso de esta prueba de mal gusto, y ya que no se ha querido imitar la conducta de inteligencias más perspicaces que, aunque me son hostiles, con criterio más alto han prescindido de mis insinuaciones, despreciando el hecho que yo mismo les señalaba con el dedo, se lo perdono con tanto más motivo cuanto que me dan ocasión de decir, entre otras petulancias, la siguiente: que, no los que aparecen que escriben francamente contra mí, sino los que desde la sombra no dejan de estar suscitándome siempre malevolencias injustificadas, deben saber que como ninguna de las ideas principales ni accesorias de sus obras les pertenecen, el día que alguno les exija los títulos de propiedad de ellas, no les quedará *nada*. Y á mí, entre tanto, ¿qué me quedará, si renuncio á todas las ideas que compongan el cuerpo de mis libros? Siempre me quedará la *idea*, es decir, me quedará *todo*.

Yo bien sé que esta explosión de mi orgullo les parecerá á algunos una cosa insoportable, pero hay intemperancias de pasiones denigradoras que les debían parecer mucho más insoportables todavía.

III.

¿Con que es un crimen poner la mala prosa de algunos escritores en buenos versos? ¡Váyase por el trabajo de degradación que hacen tantos zánganos, poniendo en mala prosa las más excelentes poesías!

¿Qué poeta de un poco de conciencia lee en otro autor un pensamiento feliz, y, teniendo ocasión de añadirle, aunque no sea más que un solo epíteto que pueda perfeccionarle, no se lo añade sin vaci-

lar, entregándose por *amor al arte*: á un trabajo de sublimación; al contrario de algunos prosistas que, suprimiendo de las frases poéticas la palabra típica, descaracterizan las ideas sumiéndolas en los antros de un comunismo vulgar?

Es inhabilidad escribir prosa copiándola de la prosa, y trasladando las ideas de una forma igual á otra igual. Es ilícito deslustrar el verso convirtiéndolo en prosa, y bajando los pensamientos del más al menos. Pero es meritorio transfigurar la prosa en verso, subiendo el tono de las letras del menos al más. La idea prosáica es un mármol informe, al cual el ritmo le añade las líneas, convirtiéndole en verdadera obra de arte, en escultura.

Resultando, pues, que mis denigradores y yo transfiguramos pensamientos ajenos, yo para sacarlos á la luz y ellos para agazaparlos en las tinieblas, ¿á quién pertenece la paternidad de las ideas secundarias que tomamos unos de otros? Por regla general, á nadie.

Vea usted la discreción con que se atribuye á un eminente escritor algunas de las ideas que yo, con perfecto derecho, he tenido por conveniente poner en verso:

—«Ha muerto al amanecer; es la hora en que se suele morir.»

«Se pasó una mano por la frente como para apartar una nube.»

«Su boca tomó esa curvatura habitual que se observa en los condenados y en los enfermos desahuciados.»

«Sus manos se crispan y se cierran, y cogen al cerrarse la nada.»—Etc.

¡Oh ceguedad de la emulación humana!

Y ahora pregunto yo: ¿estas citas se han hecho para llamar plagiarío á Víctor Hugo ó á mí? Lo digo porque si Víctor Hugo, por observación propia ó por intuición de su genio, conociese estas manifestaciones hepáticas de la muerte, no sólo aparecería como un hombre de talento, sino que sería un verdadero adivino. Estas ideas es imposible que puedan ser suyas, pues las ha tenido que copiar indefectiblemente de un fisiólogo, y de un fisiólogo moderno. Desde Hipócrates, que empezó á determinar estas y otras señales características de la muerte, sólo hoy se han podido convertir en reglas generales, y para consignarlas en las obras de ingenio ha habido necesidad de copiarlas de los hombres de la ciencia. Estas ideas, por consiguiente, no son de Víctor Hugo ni de nadie; son conquistas de la civilización convertidas en patrimonio del género humano.

Pues ¿qué diremos de los pensamientos que se refieren á la moral universal, como

«las piedras sordas de que habla la Escritura,»
«la ira y la impiedad entran en el corazón del hombre desgraciado?»

De éstos sólo diré que, si yo tuviera también ¡horror! instintos de *espía* literario, podría citar lo ménos veinte pasajes de los cuales se han podido copiar al pié de la letra.

Otros pensamientos

«como el ruido de la colmena espantada,»

«sonriéndose con el dedo sobre los labios,»

son tan usados y vulgares que, á fuerza de repetidos, se parecen á las imágenes de la mitología, que nadie fija la atención en ellas. El último, sobre todo, que Víctor Hugo ha deslavazado en su prosa, como hace con las ideas de todos los escritores de la tierra, es una imagen pintorescamente expresada en una oda de nuestro Góngora, que termina:

«Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.»

Este pensamiento, que tampoco es de Góngora, le pertenece exclusivamente por derecho de *mejora*.

Y una cosa parecida se puede decir de todos los demas.

¡Qué miserias! ¡qué miserias! ¡y qué miserias!

Ya sabe usted, mi querido Bremon, que he estado hace más de treinta años siendo objeto de las más implacables burlas por empeñarme en popularizar las *Doloras*, género antipático, como dice con gracia un crítico, porque son una obra de misericordia literaria *que enseña á pensar al que no sabe*. Aceptado al fin el género, me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío, sino que el lenguaje poético oficial en que escribía era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo comun de hablar. Para mí la mejor poesía es la prosa más pura, sin más que añadirla el ritmo y la idea, ritmo é idea que, muchas veces, como se ve en algunos de los pensamientos que yo he tomado de varios autores, ni siquiera hay que alterar en ellos una sola palabra para que sean unos excelentes versos. La cuestión ahora consiste en saber si las frases y versos que yo con afectada franqueza he tomado de los prosistas, tienen ó no tienen perfecta dicción poética. ¿Son malos? Entonces la prueba es mala. ¿Son buenos? En este caso queda probada una cosa que yo había intentado inútilmente hace mucho tiempo, y es que la prosa más sencilla es la poesía más sublime. Pero es, me dicen ahora, que la prueba de la bondad de su sistema puede perjudicar á la opinion de su originalidad. Y á mí ¿qué me importa dar un poco de lo que tanto me sobra, y que á menudo conozco que me perjudica, por conseguir el triunfo de mis ideas? ¡Qué muera un mal poeta como yo y que se salve la buena poesía!

Y además que, aunque lo hecho de intento no lo fuera, el resultado siempre sería el mismo, porque el querer exigir la absoluta novedad en los pormenores de un poema es una pretension tan absurda que raya en lo imposible.

Por ejemplo: el día que he tenido que describir á una polaca, mujeres cuya sola presencia, segun la frase de un médico, «*constipa*,» ¿cómo lo había de hacer, sin leer primero á los fisiólogos que las describen y copiar despues sus *ideas al pié de la letra*, si yo en toda mi vida me he visto, y lo siento, á los blancos piés de ninguna paisana de Sobieski?

Pero ¡Dios mio! en mis obras, donde los asuntos están tratados á millares, ¿no hay más cosas que criticar que unos pensamientos sueltos tomados con intento deliberado; pensamientos que son más difíciles de injertar que de pensar, y que no siendo más originales que los míos, sólo sirven de cuñas para rellenar los intersticios de las piedras de construcción? ¿Qué crítica es esa que niega á un autor el título de originalidad porque se aprovecha de las informaciones, los datos estadísticos, las frases aceptadas, las ideas corrientes, los refranes vulgares, todo eso, en fin, que, en el lenguaje oficial, se llama las *entrañas del expediente*, y que constituyen el fondo y caudal de toda obra humana, y que ningun autor de ideas generales puede dejar de tener presente como un legado de la tradición?

¿Qué se diría de un necio que en tiempo de Cervantes, desconociendo la parte simbólica del *Quijote*, y no dando importancia á la trascendencia filosófica con que allí se da muerte á la sociedad antigua y se hace nacer la nueva, fuese extractando todos los refranes, las ideas tomadas de los libros de caballería, las frases vulgares hechas que corrían en tiempo del autor, y nos dijese que este era un plagiario porque no eran de él las cuatro quintas partes de su libro único? Diríamos que era un empírico en su manera de ver, y un grosero en su manera de obrar.

¡A la idea! ¡á la idea!

¿Qué me importan á mí las inquisiciones hechas en pensamientos aislados, con objeto de despojarme de toda originalidad, si, despues de aceptadas las denuncias, resulta que son en mí originales todas las ideas madres, el cuadro, disposición y filosofía de los asuntos? Francamente, en este espejo colocado delante de mí para mostrarme mi deformidad, me veo ménos pequeño de lo que yo creía, y en esta parte tengo más que agradecer á las censuras de mis detractores que á las lisonjas de mis amigos. ¿Es posible que en el variado cúmulo de mis construcciones ideales no haya una sola que no sea más que mia, y solamente mia, sin que yo, como lo hacen los más grandes escritores, no haya imitado á

nádie? Esto sería una maravilla, y, si esto fuera posible, ¿no sé cómo podría resistir mi humilde personalidad literaria el peso abrumador de tanta originalidad!

IV.

Y ahora, dejando estas razones de carácter puramente personal que á nadie importan nada, incluso á mí, pasemos á consideraciones más generales y de un orden superior.

Yo sostengo con la convicción más profunda, y para que sirva de norma de conducta á los jóvenes que me sucedan, que en poesía no hay plagio posible, que las ideas son propiedad del que mejor las expresa. Y si esto sucede de poeta á poeta, cuando las ideas se sacan de la prosa se puede decir lo que Shakspeare cuando le acusaban de plagiarlo: «Yo saco á una joven de la mala sociedad para introducirla en la buena.»

Sostener la teoría contraria, sería lo mismo que querer impedir á un arquitecto que exteriorizase sus pensamientos con piedras recogidas del arroyo.

El capitán Matwin, que con tanto interés ha descrito algunos años de la vida de Byron, refiere varias conversaciones, y entre ellas recuerdo las siguientes ideas emitidas por éste al contestar á la frecuente inculpación de plagiarlo que le dirigían sus enemigos:

—«No soy plagiarlo, decía Byron. Cuando he hallado alguna idea ó alguna frase que me ha *convenido* la he puesto en el lugar que debía. Pero sepan mis adversarios que si no las hubiese hallado ya escritas en otras obras, he tenido bastante ingenio, originalidad é *intelecto* para inventarlas. No tengo yo la culpa de que otros me hayan precedido, y ojalá que los que vengan despues de mí sepan hacer con mis ideas lo que yo he hecho con las de otros: darles buena compañía y realzarlas con las mías.»

Hablando sinceramente, me parece una cosa impropia de lo que Byron llamaba su *intelecto*, y ajena además á la virilidad de su carácter, el dar satisfacción á nadie de sus apropiaciones literarias, poniendo casi en duda el imprescriptible derecho que tenía para hacerlo. ¿Luégo se llama áltivo al pobre Byron, que se rebajaba de este modo á dar explicaciones al eterno reptilismo de los Zoilos de las letras!

Hasta en nuestros días, Chateaubriand se queja del mismo Byron porque copiaba de él páginas enteras sin citarle, y porque embecía en sus obras poemas completos de otros autores, como el célebre soneto á *Italia*, etc., etc. Y Chateaubriand no tenía razón ninguna. ¿De cuándo acá se puede poner en duda el derecho de un versificador como Byron para convertir en brillantes pulimentados

con el ritmo los diamantes en bruto de la prosa?

Byron podía y hasta debía citar á Chateaubriand con lealtad, puesto que á éste la cita le hubiera sido agradable; pero Chateaubriand no debe quejarse porque Byron haya convertido en más excelente poesía su muy excelente prosa, porque con el ritmo haya puesto alas para volar á su lenguaje terreno, porque con la varita mágica de la poesía sus ideas humanas las trocase Byron en pensamientos divinos. El ritmo es la espada de Alejandro, que hace propios y sagrados todos los terrenos que conquista. El caudal prosáico de la literatura, de las ciencias y de las artes, es el inmenso arsenal donde un artista, verdaderamente digno de serlo, tiene el derecho de acudir para vestirse de todas armas con el objeto de combatir por la honra de la señora de sus pensamientos, por la belleza de la dama de su ideal. El no reconocer este derecho no es querer que haya poetas, sino jímios literarios.

V.

Y ¿qué se entiende por plagio? Esto se explica bien en teoría, pero es casi imposible discernirlo con exactitud en la vida práctica.

Schiller era un plagiarlo cuando tomaba algún asunto de los romances españoles, y, en vez de mejorarlo, lo echaba á perder.

Pero ¿lo era Rossini, que cuando sus émulos le decían que había tomado lo mejor de Mozart, exclamaba con desprecio: «No, que tomaría lo peor,» y que, si alguno le señalaba los pasajes enteros de otros maestros que él había copiado, decía con orgullo: «Es verdad; ellos los han escrito, pero yo los he hecho aplaudir?»

¿Lo era Calderon de la Barca, cuando, despues de tomar íntegramente el asunto de *La vida es sueño* del tan sabido cuento tradicional del borracho, se inspira y copia sus mejores versos de Lope de Vega, escribiendo la obra más grande de que hacen mención los anales del espíritu humano?

¿Pueden serlo los autores que, trasfigurando las ideas, convierten en poesía lo que suele entenderse por *la vil prosa*?

Yo ántes no lo creía, pero ahora que veo que hay quien lo afirma, lo creo mucho ménos.

Insisto en esta cuestión, porque es de una inmensa importancia literaria.

Es menester que los escritores que, como usted, son jóvenes y cultivan las letras con grande ingenio y honrada intención, hagan prevalecer la doctrina de que los poetas tienen el derecho de ilustrar con los elementos del arte divino por excelencia los pensamientos de los escritores en prosa, ya que muchos de éstos, con el velo de sus perífrasis, no hacen más que degradar pedestremente los pensamientos de los que escriben en verso.

Una idea en prosa es un expósito á quien todo poeta honra dándole su nombre.

¡Jóvenes que os dignais seguir algunas veces mis consejos, agrandad, agrandad el imperio de la poesía, y para daros el ejemplo, yo, con el fin de vestir «mi idea,» siempre tomaré, si quiero, las ideas que necesite de la literatura prosáica, de la historia, de la filosofía, de la botánica, de la física, de la química y de cuantas ciencias he estudiado con este solo objeto! Si el ingenio no pudiese utilizar lo que sabe, ¿qué utilidad tendría el saber?

Conquistemos la libertad del pensar y del decir para esa multitud de escritores jóvenes que podrían retroceder en sus imitaciones ante las amenazas de ciertas fiscalizaciones inquisitoriales, perdiendo en este caso el idioma patrio unas ideas que pueden ser el pan del alma, el alimento de las generaciones futuras. Sin las ideas de las literaturas griega, latina é italiana, ¿cuál sería el mérito de nuestros autores clásicos? Ninguno.

La teoría de la originalidad absoluta es un callejon sin salida del arte. Los poetas más subjetivos, más originales, somos (juro á las personas modestas que digo *somos* afectando un orgullo que no tengo) los ménos dignos de ser imitados. Algunos críticos, entre otros el ilustrado Sr. Perojo, me han hecho el honor de encontrar en mí algunas conexiones con el excéntrico Enrique Heine. Efectivamente nos parecemos, segun la opinion del señor Perojo, en lo que se pueden parecer dos personas que piensan de una manera *inversa*. Heine, con su sentimiento algo intelectual, tiene que realizar fuera lo que piensa dentro; y yo con mis filosofías, no siempre necesarias, sintetizo en mi cerebro los contrastes que veo fuera. De lo cual resulta que sus sentimientos, algunas veces vagos, indeterminados y caprichosos, parecen á muchas personas formales verdaderos desvanecimientos de cabeza; mientras que yo, imprimiendo á todas mis producciones las condiciones personales de mi carácter, suelo degenerar un poco en maniático.

Un poeta para ser bueno, no necesita ni ser original siquiera. Virgilio, Horacio, Garcilaso y Lafontaine no tienen una sola idea suya, que se sepa, y son los escritores más geniales y más perfectos del globo.

Hoy, sin embargo, el arte, despues del paso por el mundo de Byron, Goethe, Leopardi y Henrique Heine, debe ser la síntesis á donde vengán á confluir todos los conocimientos humanos, todas las ideas esparcidas en letras, artes y ciencias; y todo lo que sea traer al idioma nacional las ideas salientes, las frases hechas y los asuntos secundantes de los demas países, segun una frase del Sr. Castelar, no será un robo, será una legítima conquista.

Es necesario inculcar á las generaciones que nos

siguen, que en nuestros dias un poeta tiene necesidad de estudiar mucho y de ser casi un autor enciclopédico, ó, de lo contrario, hay que renunciar á la esperanza de que en nuestro país haya por ahora escritores con grandeza. Un escritor, en la época actual, tiene que hacer lo que Victor Hugo, que en su larga y gloriosa carrera, consagrada á todos los ramos del saber humano, ménos á la metafísica, ha puesto á contribucion y resumido y plagiado todas las ideas antiguas y modernas, todas las ciencias, las artes y los oficios. Él es el escritor que ha puesto más ideas en movimiento, sin exceptuar á Voltaire, y la enormidad de su genio resultará precisamente de la enormidad de sus plagios. Y ¿con qué derecho lo hace? se me preguntará. Con el derecho indiscutible del talento que legitima todas las apropiaciones, consagrando su adquisicion con la magia del estilo.

Así, pues, ántes que se acaben los pocos dias que me quedan de vida, debo un consejo á los jóvenes que han tenido la bondad de aceptar alguno de los géneros literarios que he cultivado en mis ocios, y es que despues de *inventar* una idea trascendental, que será mucho mejor cuanto sea más comprensiva, no se molesten demasiado en vestirla como hacen las arañas sacando toda la tela de su *propia sustancia*. Esto los haría monótonos en el fondo y limitados en sus puntos de vista exteriores. En literatura todo es de todos. Los poetas son arbustos que una misma sávia general la trasforman en flores especiales. No se preocupen mucho de si tales ó cuales ideas secundarias son plagios ó coincidencias. Estas murmuraciones de escritores que, con doscientas palabras y media docena de ideas comunes, nos majan todos los dias con la pesadilla de sus artículos y sus discursos, son los herederos de los inquisidores literarios que no dejaron hueso sano á Camoens y Ariosto; son las polillas españolas que aún no han concluido de contarnos los retazos de cuentos castellanos con que Lesage compuso su inmortal novela: esa es la tinta corrosiva que, por querer borrarla, ha contribuido á brillantar más la gloria de Shakspeare. Ese género es el cultivado por los émulos del gran Moliere, que para poder seguir viviendo con el fruto de su talento, se disculpaba del crimen de plagiarlo con que le querían reducir á la miseria, diciendo:—«Yo tomo lo mio donde quiera que lo encuentro.»—Esos son los falsos amigos de la verdad que, más bien por presunciones malignas que por convicciones críticas, han querido eclipsar la gloria del poeta Homero, rebajándolo á la categoría de un miserable rápsoda.

VI.

Conjuro á todos los escritores de buena voluntad que con altas miras aplican el compas de su crite-

rio, su imparcialidad y su instruccion á las producciones del ingenio humano, á que, en esta cruzada que se ha entablado contra mí, y que yo haré que dure mucho, se barra del templo del arte ese criticismo estrecho, que parece atacado de la española enfermedad de morirse de envidia de sus hermanos. Un madrigal, una dolora, y á veces hasta un soneto, pueden no necesitar para ser escritos de ninguna informacion exterior, pues en ellos el fondo y la forma suelen nacer al mismo tiempo, como van unidas la concha y la perla. Pero pedir que en un poema se prescindiera de traer al comercio de las ideas los pensamientos peregrinos de otros ingenios, que se hable de personajes históricos ó fantásticos sin copiar los rasgos que los caracterizan, que se popularice la filosofía sin consignar los principios principales que determinan los sistemas, que se hable de viajes sin consultar la geografia y las crónicas locales, es pedir un imposible conociendo á sabiendas esta imposibilidad, es pretender encerrar á los poetas en la cueva de Platon, desde la cual no se veía del mundo externo nada más que la proyeccion de las sombras de los objetos que pasaban por cerca de ella.

El Sr. D. Manuel Alonso Martinez, uno de los juriconsultos de ideas más amplias y de talento más flexible, en un prólogo á la traduccion de las elegías de Tibulo dice lo siguiente:—«Es inútil buscar en sus producciones el idealismo exagerado y el vuelo audaz de la poesía de nuestro tiempo. Campoamor, por ejemplo, y lo cito de propósito porque de véras le admiro, es, sin duda, un gran poeta á quien el porvenir reserva una corona; pero sus fantásticas creaciones, y casi me atrevería á decir sus sublimes extravíos, revelan cuánto abusa de su victoria el libre exámen, sentado sobre las ruinas de sus rivales, hoy arrollados y escarnecidos. Su Drama universal, donde se presentan en escena en extraño consorcio lo divino y lo humano, lo sobrenatural y lo terrestre, la magia, el espiritismo, la transmigracion de las almas, el principio cristiano, a supersticion árabe, el pensamiento pagano y las creencias brahamánicas, parece el himno de triunfo que se entona á sí propio el espíritu del hombre, despues de haber escalado el Olimpo. No envuelven mis palabras una censura para mi ilustre amigo. La poesía contemporánea no hace en esto más que pagar un tributo ineludible, obedecer á la ley natural de su desenvolvimiento; y no sería, si no, el reflejo del espíritu filosófico de su época,» etc.

Y ahora pregunto yo: ¿Cómo podría ocuparme de todas esas cosas de que habla mi benévolo amigo el Sr. Alonso Martinez, sin copiar los pensamientos de Pitágoras, Mesmer, Dangis y de todos los historiadores de las civilizaciones pagana, oriental, árabe y cristiana? Si yo, ni nadie, pudiera hacer esto, no

resolvería el problema pavoroso de Hamlet *ser ó no ser*; esto sería arruinar en la esfera del arte el principio de contradiccion, base de la filosofía, de que *una cosa es imposible que sea y no sea al mismo tiempo*.

Nada, nada; hay que abrir á la juventud las puertas más anchas del porvenir.

Es menester prepararse á respirar el aliento europeo que trae un torbellino de ideas nuevas en forma de ciencias naturales, para que los poetas que vengan despues de nosotros levanten la poesía al nivel de esas ciencias que producirán por necesidad un desborde en todas las manifestaciones del entendimiento, para cuyo trabajo de asimilacion, de perfeccion y de grandeza no se les debe poner más cortapisa que la de *ser poetas y tener estilo*. ¿Qué escritor, aunque fuese tan grande como Virgilio, podría creer hoy, sin ser el escarnio del público, que las abejas nacen de las ijadas de las reses inmoladas á los dioses?

VII.

En fin, amigo mio, concluyo diciéndole que, aunque yo doy poca importancia á ninguno de los honores de este mundo, le agradezco á usted mucho la noble credulidad con que asegura lo siguiente:

«Pero el poeta vive: acaso ni un gesto de desden se descubre en sus enérgicas facciones; su pluma de oro se desliza sobre el papel sin vacilar un solo instante; nadie tendrá, por fortuna, el remordimiento de haber hecho enmudecer á un gran poeta.»

Repito que le doy las gracias por esta esperanza y este deseo tan lisonjeros para mí. Y, con el propósito de complacerle, mañana mismo voy á empezar á escribir una nueva serie de poemas que se titularán: *La Música; Por donde viene la muerte; Los envidiosos; El arte; Fausto; Nubes de amor, etc.*; todos, por supuesto, completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mias, para que vea usted que yo, en materia de versos, escribo lo que quiero y como quiero. Pero ¡qué vergüenza! ¡Otra vez vuelve á apoderarse de mí la maldita vanidad!

Mas de esta nueva serie de poemas podrá resultar una cosa triste para los editores, y es que los poemas nuevos podrán parecer peores que los antiguos, y que el público acaso halle menos atractivo en ver las princesas de la poesía con trajes de pastoras, que en contemplar las fregonas de la prosa vestidas de reinas.

Al concluir ruego á usted que no crea que he escrito esta larga carta para rechazar el estigma de plagario. Al contrario, predique usted á los jóvenes á quienes se acuse de lo mismo, que lo acepten con mucho gusto, con tal que se les declare plagarios *dignos de serlo*.

Las ideas no son del que las inventa, sino de quien las perfecciona.

¿Y qué es un plagiario *digno de serlo*?

Por un plagiario *digno de serlo* se entiende, lo que con su buen sentido recomendaba nuestro Ventura de la Vega cuando aseguraba, «que si en literatura es malo *robar*, es la primera de las virtudes la de *robar* y *matar*.»

Con la mano puesta sobre el corazón le reitera las protestas de su amistad y agradecimiento

R. DE CAMPOAMOR.

UN ECONOMISTA INGLÉS.

I.

No hace mucho publicaba la *Revue de Deux mondes* (1) un notable artículo del ilustre escritor M. Laveleye sobre *las nuevas tendencias de la Economía política y del socialismo*, en el que se pone de manifiesto el modo como comprende hoy la ciencia económica su fundamento, su método, su misión y sus conclusiones, separándose de la antigua Economía ortodoxa, que, «como la Iglesia de Roma, tenía su *Credo*.»

En comprobación de este aserto, vamos á hacer algunas brevísimas indicaciones sobre la doctrina que se expone y desenvuelve en las obras (2) de un distinguido economista, perdido, por desgracia, recientemente para la ciencia, hijo de la patria de Adam Smith y de Ricardo y también de Cliffe Leslie y de Thorton, de Mr. Cairnes, profesor que fué de Economía política en la Uniyersidad de Lóndres.

Hace muy pocos años, la Economía política se ostentaba orgullosa de su posición en el mundo científico: tan satisfecha se mostraba de su valer, de sus adelantos, de la verdad de sus principios y de la excelencia de sus conclusiones, que cuando alguien osaba oponerse á la corriente de su propaganda, lo arrojaba con desden de sus dominios: el socialismo no era una escuela dentro de la ciencia, sino ántes bien algo contrario á ella, creación de la fantasía y destinado á perecer: el proteccionismo era un fruto bastardo de la ignorancia y de la rutina. Y como si no fuera bastante esto, tan segura estaba de sí misma, que, léjos de encerrarse en su esfera pro-

(1) En el número correspondiente al 15 de Julio de este año.

(2) *Essays in political Economy theoretical and applied*, Lóndres, 1873; *Some leading principles of political Economy newly espounded*, Lóndres, 1874; *The character and logical method of political Economy*, Lóndres, 1875; by J. E. Cairnes, L. L. D.,—emeritus professor of political Economy in University College, London.

pia, no traspasando los linderos de las demas ciencias, pretendía imponer á éstas su método y sus tendencias, y parecía como que las consideraba más bien como subordinadas á la Economía que no como coordinadas con ella.

Es muy otro su estado en la actualidad. A la unanimidad ha sucedido la discusión; á la confianza en las conclusiones consagradas, la revisión de todo lo hecho hasta aquí; á la proclamación de principios abstractos, las tendencias *realistas*; á la intransigencia ortodoxa, la discreción y la tolerancia; al espíritu crítico y negativo, el positivo y reconstructor; al prurito de defender y consagrar el régimen económico existente, el vivo deseo de mejorarlo; al aislamiento y predominio de la ciencia económica, la aspiración á relacionarla en estrecho vínculo con las demas; á la preocupación exclusiva por la libertad, por los problemas jurídico-económicos, el interés por las cuestiones puramente económicas; al optimismo de los antiguos economistas, las aspiraciones de los modernos á la reforma y mejora de este orden importante de la vida. De todo esto encontramos pruebas en las obras del economista Mr. Cairnes.

Comienza éste por no hacerse ilusiones respecto del estado actual de la ciencia económica, y léjos de estimar que ha alcanzado su completo desarrollo, dice, contradiciendo una afirmación del coronel Torrens, que no sólo es inexacto que al período de *controversia* haya sucedido el de *unanimidad*, sino que apenas si ha comenzado aquél (3). Por esto, para él las definiciones, las clasificaciones, las nomenclaturas hechas hasta el presente no pueden considerarse como *cimientos*, sino tan sólo como *andamios*, de que hay que ir prescindiendo según que los adelantos de la ciencia los van haciendo inútiles y hasta perjudiciales (4). Una afirmación es consecuencia de la otra. Era natural que cuando la escuela individualista creía haber fijado el concepto, carácter y contenido de la ciencia, surgieran una definición, una clasificación y una nomenclatura, aunque en verdad no había gran conformidad en este punto entre los economistas por falta de rigor lógico en sus investigaciones. Pero de todas suertes, puestas en tela de juicio aquellas ideas fundamentales, principalmente las relativas al carácter, extensión y fines de la ciencia económica, por fuerza habían de resultar estrechos los moldes en que se había pretendido encerrarla. Así, pues, léjos de afirmarse ya las doctrinas como dogmas cerrados y consagrados, es necesario revisarlo todo y someterlo todo de nuevo á discusión.

No se crea por esto que Mr. Cairnes se coloca

(3) *The character*, etc. Introducción, pág. 2.

(4) *The character*, etc., vi, páginas 138 y 148.

en un punto de vista meramente crítico; al contrario, se muestra favorable á las nuevas tendencias que se señalan en esta esfera del conocimiento.

Afirma con repetición que la Economía estudia las leyes que rigen los fenómenos económicos; pero, léjos de reconocer el carácter de fatalidad que algunos asignaban á aquellas, y por lo mismo la necesidad de sus consecuencias, encuentra que no se puede hacer otra cosa que enunciar ó declarar *tendencias*, las cuales serán realidades siempre que causas perturbadoras no vengán á estorbarlo (5).

Reconoce, como es natural, el valor del interés individual, móvil de la vida en el orden económico, como y no más que en los otros; pero no incurre en el grave error de darle aquí otro lugar que el subordinado á la razón y al deber que en todos le corresponde; con lo cual se aparta de la preocupación, que hace poco reinaba en absoluto, de considerar esta esfera como la propia del interés individual, de donde resultan no pocos errores y modos de conducirse con respecto á las relaciones económicas, corruptores y engendradores de odios y antipatías entre las clases.

No reniega de la libertad económica, ni pretende que el Estado vuelva á ser el centro de la vida industrial; pero afirma la necesidad de que la sociedad se organice *como un todo* para la prosecución de este fin, en vez del atomismo individual ántes tan preconizado.

No truena ni declama contra el orden de cosas existente, ni espera la solución de los problemas propuestos de la violencia, ni aún de la transformación radical é instantánea de la vida económica; pero censura á los economistas que al parecer dirigen todos sus esfuerzos á defender y ensalzar la actual organización industrial (6), y que confundiendo *lo que*

(5) «Sus conclusiones corresponderán con los hechos, sólo cuando no existan causas perturbadoras.» *The character*, etc., II, pág. 49.

(6) «En vez de investigar con arreglo á qué ley se deducen los hechos de ciertos principios, lo que se hace es tratar de mostrar la conformidad de los hechos existentes con el bienestar y la equidad. *The character*, etc. Introducción, pág. 16.

»O, dejando los ejemplos particulares y viniendo á resultados generales, ¿puede nadie considerar seriamente la condición actual de los habitantes de estas islas,—de estas islas donde la libertad comercial ha tenido durante cerca de medio siglo un ensanche no conocido en ninguna otra época ni país, pero donde también se encuentran los mayores extremos de riqueza y pobreza, formando un contraste como no se ha visto en ninguna otra parte; donde un hombre consume más valor en una sola comida que lo que necesita la de otro para alimentarse y vestirse durante un mes; donde toda la tierra está en manos de unos 100.000 individuos; en un país que cuenta 30 millones de habitantes; donde de

es con *lo que debe ser* (7), cierran la puerta á toda mejora y perfeccionamiento, sirven de escudo á intereses que, siendo por naturaleza pasajeros, procuran hacerse permanentes, y hacen que por contrario motivo clases determinadas miren con indiferencia, cuando no con odio, á la ciencia económica.

No comparte las ilusiones del socialismo, ni aprueba los procedimientos que ensalza, pero simpatiza con sus generosos propósitos, rectifica y completa sus principios, y si no cree deber ni poder aceptar el nombre de socialista, ménos aún quizás se pone del lado del estrecho individualismo de Manchester, como hoy llaman en Alemania á la doctrina de la escuela economista ortodoxa.

No patriocina incondicionalmente las aspiraciones de la clase obrera, ni halaga á los trabajadores haciéndoles vislumbrar utópicas esperanzas, pero legitima su natural deseo de mejorar su posición, presenta la *cooperación* como un poderoso instrumento que puede contribuir á este resultado, y critica que las cuestiones de producción de la riqueza se examinen siempre bajo el punto de vista del capitalista (8).

cada 20 personas una es pobre; donde la gran mayoría de la población agrícola espera con tranquila resignación pasar su vejez en una casa de trabajo y corrección (*work house*), al paso que la población industrial de las ciudades se ve envuelta cada diez años en una terrible catástrofe mercantil, que condena á centenares de miles á la ruina,—puede nadie, digo, considerar seriamente este estado de cosas, y luego descansar con absoluta satisfacción y confianza en su máxima del *laissez faire*?» *Essays*, etc., VII, la *Economía política* y el *laissez faire*, pág. 248.

(7) Así censura el propósito que abrigaba Bastiat, que, según su biógrafo M. de Fontenay, era el «combinar y fundir en uno los dos distintos aspectos del Hecho y del Derecho... probar que *lo que es*, tal cual se encuentra actualmente en su conjunto, y más aún en su tendencia progresiva, es conforme á *lo que debe ser*, con arreglo á las aspiraciones de la conciencia universal. *Essays*, etc., IX, Bastiat, página 318.

(8) ¿Cómo se explica esta singular confusión del pensamiento y perversión de los hechos? Muy fácilmente: todo el problema de la industria se mira exclusivamente desde el punto de vista del capitalista.... de aquí que los salarios elevados se presentan como «neutralizando» las ventajas industriales, como si no fuera ganancia lo que no entra en la caja del capitalista; y la remuneración liberal de los trabajadores se deplora como una calamidad nacional, porque pone límites á la parte que toca al capitalista en el producto de sus comunes esfuerzos. «El trabajo caro, dice Mr. Brassey, resumiendo un capítulo, es ahora el gran obstáculo que se opone al desarrollo del comercio inglés.» No se le ocurre que los elevados provechos son un obstáculo precisamente en el mismo sentido.... En la exposición usual de la doctrina del coste de producción, el único riesgo que se toma en cuenta es el que corre el capitalista; pero esto es una mera con-

Pero aparte de estas cuestiones y de otras no ménos trascendentales, como las del valor, de la renta y de la poblacion, en las más de las cuales mantiene las doctrinas de la antigua escuela inglesa, en ninguna se muestra tanto el espíritu que le inspira y el nuevo sentido que revela en la ciencia, de acuerdo con muchos economistas modernos, como en la relativa á la crítica que hace de la famosa máxima: *laissez faire, laissez passer*, que ha sido y es el símbolo y bandera de la llamada escuela economista, individualista ú ortodoxa.

II.

Encontróse la ciencia económica en su nacimiento con que el régimen industrial tenía una organizacion cuya clave estaba en manos del Estado, el cual habia llegado á crear en esta esfera una vida artificial, basada en una profunda desconfianza respecto de la actividad individual. Proclamar la necesidad de dejar á ésta completamente libre; defender que el libre juego de las energías particulares produciría necesariamente el progreso y la mejora en este órden, y declarar por tanto la guerra al espíritu de reglamentacion y de intervencion oficial, entónces dominante, fué la tarea que se impusieron los economistas del siglo pasado y una buena parte de los del actual. Que su crítica era fundada y sus exigencias justas y racionales, lo ha demostrado el tiempo; pues por espacio casi de un siglo no se han inspirado los legisladores que han llevado á cabo las reformas económicas en otro espíritu que en el que queda indicado. Gremios, aduanas, tasa, compañías privilegiadas, en una palabra, las más de las trabas y ligaduras que estorbaban el libre movimiento de la actividad y del interes individual, han venido al suelo á impulsos de la doctrina que se resumía en la frase citada: *laissez faire, laissez passer* (9).

Y como en verdad habia mucho que hacer en este camino, de tal modo se preocuparon los economis-

secuencia del hábito de contemplar la obra de la produccion exclusivamente bajo el punto de vista del capitalista, de lo cual he hablado ya. *Some leading principles, etc. Valor*, pág. 58, 59 y 82.

(9) La posicion de la Economía política respecto del antiguo régimen industrial la expone Mr. Cairnes en los siguientes términos: «En sus primeras aplicaciones á los negocios prácticos, se encontró la Economía política en inevitable colision con numerosos códigos reguladores, que eran en parte restos del feudalismo, en parte producto de doctrinas mercantiles de pasados tiempos, pero todos fundados en el principio de sustituir la discrecion individual con la intervencion del poder. Y así naturalmente se la identificó con el principio opuesto, y se dió á conocer al público principalmente como un desenvolvimiento de la doctrina del *laissez faire*. *Essays, etc.—La Economía política y la tierra*, pág. 187.

tas con esta aspiracion, que era su *delenda Carthago*, que, atentos exclusivamente á estas relaciones del órden económico con el Estado, descuidaron el estudio de aquel, considerado en sí mismo; con tanto más motivo; cuánto que, afirmando ellos la armonía de todos los intereses y la existencia indudable de las llamadas leyes naturales, estimaban que lo único que habia que hacer era recabar la libertad para que de suyo se manifestara aquella armonía y produjeran sus beneficiosos efectos estas leyes.

De aquí que las soluciones dadas por la Economía á todos los problemas tenía un carácter puramente *negativo*, como se ha puesto de manifiesto cuando, andando el tiempo, la antigua organizacion ha desaparecido casi por completo, terminándose así, ó poco ménos, la obra de destruccion (10). A esto atribuye Mr. Cairnes, á nuestro juicio con razon, el desden ó escaso interes que en Inglaterra despiertan los estudios económicos. «Si atendemos, dice, á lo que pasa en nuestro rededor, á las necesidades sociales de los tiempos, no podemos ménos de confesar, á mi juicio, que no hay mucho que hacer de carácter negativo; y vendremos á parar á que, si la Economía política es lo que una opinion dominante suponía por lo general, si todo el resultado de su enseñanza fuera el *laissez faire*, el campo de su actividad, por lo ménos en este país, ha de ser en adelante muy limitado y pequeño. En medio de tales circunstancias, no es extraño que decaiga el interes por un estudio tan lánguido, donde prevalece la opinion de que el *laissez faire* señala el límite de la reforma industrial; que cuando hemos conseguido que la actividad individual sea libre, hemos alcanzado todo lo que en tales materias hay que hacer; no es extraño que la Economía política sea mirada con una natural tolerancia debida á sus pasados servicios, pero combinada con una profunda indiferencia, basada en la conviccion de que ha llegado á ser en el curso de los sucesos un género de especulacion inútil, bajo el punto de vista práctico. Tal es, á mi juicio, el verdadero modo de sentir actualmente en esta materia de muchas personas cultas en nuestro país (11).

(10) «Si el sistema industrial de un país fuera lo que era universalmente en Europa hace setenta ó cien años, si la industria y el comercio estuvieran encadenados en todas direcciones por reglas artificiales y restricciones, es llano que habria gran espacio para una doctrina que desarrollara y expulsara el principio del *laissez faire*. Pero no estamos en este caso; y si todas, ó casi todas las reformas inspiradas por esta máxima, han sido llevadas ya á cabo, entónces la Economía política, como ciencia, tiene evidentemente poco que hacer en la práctica en favor de un país.» *Essays, etc.—La Economía política y el laissez faire*, pág. 241.

(11) *Essays, etc.—La Economía política y el lais-*

Era la doctrina del *laissez faire* consecuencia de dos principios: la existencia de leyes naturales que rigen el orden económico, y la armonía de todos los intereses. Es el primero, á nuestro juicio, indudable; y si por algunos se pone en duda, no es por otro motivo que porque tienen un concepto erróneo de la libertad, con la cual declaran incompatible la existencia de toda ley, hasta el punto de no admitir la posibilidad de ésta sino en la esfera de la naturaleza; olvidando los que así discurren que, á ser bueno su raciocinio, no podríamos hablar ni de las leyes del pensamiento, ni de las leyes de la historia; en una palabra, de ninguna que hiciera relacion al hombre. Pero, del lado opuesto, los economistas individualistas han incurrido en un doble error.

En primer lugar, no viendo otra causa perturbadora de las leyes naturales que la intervencion del Estado, supusieron y afirmaron que, una vez suprimida ésta, todo lo que sucediera sería lo debido, justo y conveniente; y de aquí su espíritu optimista y cosmopolita y el carácter abstracto de sus principios.

M. Cairnes, por el contrario, nunca pierde de vista la existencia de *causas perturbadoras*, y por esto, en vez de afirmar en absoluto que en este ó aquel problema los hechos seguirán tal direccion, cuida siempre de presentar la ley como una *tendencia* (12), que será realidad, si aquellas causas no aparecen; y hasta tratándose de una misma cuestion, como, por ejemplo, la del precio, en vez de enunciar una ley para todos los casos, los distingue cuidadosamente segun las circunstancias en que se producen (13).

Consiste el otro error en que, una vez removidos todos los obstáculos que el Estado ponía al movimiento económico, han de reconocer naturalmente como bueno el régimen que produce de suyo la li-

sez faire, pág. 242; véase tambien el mismo ensayo, páginas 238 y 241.

(12) «¿En qué sentido es cierto que el coste de produccion regula el valor de las mercancías libremente producidas? La respuesta es que es cierto hipotéticamente, á falta de causas perturbadoras; ó, para expresar lo mismo en otras palabras, la doctrina no afirma un punto de hecho, sino una tendencia...» «Llego á esta conclusion: que una ley económica expresa, no el orden en que ocurren los fenómenos, sino la tendencia á que ellos obedecen; y por tanto, que cuando se aplica á los hechos externos, es cierta solamente á falta de causas perturbadoras, y, por consiguiente, que representa una verdad hipotética y no positiva.» *The character, etc.*, IV, página 94; V, 105.

(13) «El verdadero concepto de la ley del coste de produccion es, no que sea una ley que rija universalmente los valores de cualquiera clase de mercancías, sino una ley que rige los valores de ciertas mercancías en ciertos cambios.» *Some leading principles, etc.*—*Valor*, pág. 80.

bre competencia; y de aquí su manifiesta inclinacion á defender y justificar el actual modo de ser de la vida industrial, y la desconfianza y prevencion con que miran todo conato de reformarla y modificarla, hasta cuando se intenta hacer esto sin incurrir en los errores de otros tiempos, esto es, sin volver á constituir al Estado en regulador de la actividad industrial. En este punto Mr. Cairnes pone gran empeño en censurar á los economistas, haciéndoles un cargo por no llevar á cabo las especulaciones científicas con abstraccion del régimen existente, y esforzándose por distinguir, en lugar de confundir, *lo que es con lo que debe ser*, añadiendo que estos dos términos pueden coincidir, pero que es menester probarlo (14).

Es innegable esta tendencia de la escuela individualista, que ha producido el efecto, como nota Mr. Cairnes, de privar á la ciencia económica de las simpatías de toda una clase social. «La Economía política, en vez de mostrarse imparcial ante los problemas, se presenta, principalmente ante las clases obreras, como un Código dogmático de reglas cerradas y secas, como un sistema de decretos que se promulgan para *sancionar* una organizacion social, para *condenar* otra, exigiendo de los hombres, no consideracion, sino obediencia... Cuando á un trabajador se le dice que la Economía política *condena* las huelgas, vacila en punto á la cooperacion, mira de reojo los propósitos de limitar las horas de trabajo, pero que *aprueba* la acumulacion de capital y *sanciona* el precio corriente de los salarios, no es extraño que se responda á esto: «que desde que la »Economía política se ha puesto enfrente de los obreros, es natural que los obreros se pongan enfrente »de la Economía política (15).» Algunos individualistas, por miedo á las utopías del socialismo, vienen á caer en una especie de fatalismo musulman, al no admitir otro progreso en el orden económico que el producido por la marcha natural de los sucesos, por una especie de instinto, olvidando que en esta esfera, como en todas, ha de dejarse el campo libre

(14) Así dice, hablando de Bastiat: «¿Es legitimo este género de especulacion filosófica? Me parece que nó, por la siguiente razon: que en todas las formas en que el problema se plantea, el argumento está envuelto desde el comienzo en una *petitio principii*. La cuestion, ¿qué es? y la cuestion ¿qué debe de ser? son distintas. Puede suceder que las contestaciones coincidan, que *lo que es* sea tambien *lo que debe de ser*; pero es cosa que ha de probarse y no tenerla por averiguada, y esto sólo se puede inquirir investigando cada uno de dichos problemas independientemente. Bastiat expresamente los identifica, los *funde* en uno. *Essays, etc.*—*Bastiat*, página 322.

(15) *The character, etc.*—Introduccion, pág. 25.—*Essays etc.*, la *Economía política* y el *laissez faire*, pág. 260.

á la razon y á la reflexion, que bien pueden revelar al hombre reformas y mejoras que, no por contradecir lo existente, han de considerarse como utopias irrealizables. ¿Ha dicho, por ventura, el economista la última palabra en materia de crédito, con pedir la absoluta libertad del mismo? Supuesta esta libertad, queda por averiguar el mejor modo de servirse de él y de utilizarlo; y abierta esta discusion, ¿cómo es posible negarse á admitir esta ó aquella combinacion porque se presume que va á parar á un resultado muy distinto de las instituciones existentes? Indudablemente la vida económica está regida por leyes naturales; pero este hecho no dispensa al hombre de meditar acerca de todas las medidas que puede emplear para conseguir lo mejor posible dentro de dichas leyes; y por tanto es injustificada esa prevencion y esa desconfianza respecto de toda novedad, como si realmente la ciencia económica hubiera formado un dogma, ante el cual hubiera de suspenderse toda especulacion, considerándolo limite infranqueable (16).

De igual suerte Mr. Cairnes no está tampoco conforme con el carácter absoluto que se pretende dar al principio de la armonía de todos los intereses. De un lado, para admitirlo, segun él, sería preciso que cada cual conociera siempre su verdadero interes, ese que se armoniza con el general; luego, que quisiera siempre obrar en su vista; y que no existieran en el mundo la preocupacion, el vicio, el *espíritu de cuerpo*, el interes de clase, etc. (17). De otro, á la par que este agente, el interes, admite otros como la opinion pública, la costumbre, y donde estas no basten, la accion del Estado (18). Frecuentemen-

(16) «Por ejemplo, se ha supuesto á veces que porque la Economía política comprende entre sus doctrinas teorías de salarios, provechos y renta, la ciencia está *por ende* precisada á aprobar el presente modo de ser de la vida industrial, en la cual tres clases distintas, obreros, capitalistas y propietarios, reciben remuneracion en esta forma... La ciencia económica no tiene que ver con nuestro presente sistema industrial más que lo que tiene que ver la mecánica con nuestros sistemas de ferrocarriles.» *Essays* etc.—La *Economía* y el *laissez faire*, pág. 257.

(17) *Essays*, etc., la *Economía* y el *laissez faire*, pág. 246.

(18) Debemos hacer constar que esto lo dice con motivo de la cuestion de la propiedad de Irlanda, y Mr. Cairnes en los problemas relativos á la tierra y la renta es en los que más desconfía de la libertad. Así que, despues de protestar con toda la energía de que es capaz, y en interes de la paz de Irlanda y del crédito de la ciencia, contra el error de que la doctrina económica esté encerrada en el *laissez faire*, y de afirmar que aquella tiene recursos positivos, y que es tan capaz de edificar como de destruir, dice más adelante: «El principio del *laissez faire*, aquel juego de intereses desenvuelto por la competencia, que en la industria y en el comercio mantienen la

te han dicho los economistas que ellos no preconizaban el interes personal, ciego, egoista, sino el racional, y aún pudiera recordarse con este motivo que el ilustre Bastiat afirmaba la armonía entre los intereses *legítimos*; pero el hecho es que la exaltacion de este móvil de la vida, conveniente en cuanto contradecía absurdas pretensiones del ascetismo, ha caido en el extremo opuesto, favoreciendo tendencias viciosas de la sociedad actual, que han sido causa de que se proclame el interes como tan propio de la esfera industrial, que no parece sino que al consagrarse á este género de actividad el individuo, se desprende de su condicion de hombre (19).

Pero si bien es cierto que existen otros agentes en la vida, y sobre todos la razon y la conciencia, y á que estas rijan á aquella deben contribuir la ciencia con sus consejos, el individuo con sus actos y la sociedad con su sancion, hemos de precavernos contra el propósito de volver á encomen-

armonía entre el interes individual y el general, ¿basta para garantizar en circunstancias ordinarias la misma armonía en las transacciones de que es objeto la tierra? Si por acaso parece que no basta, entonces pienso que se da el caso de que intervengan otros agentes, — la opinion pública, la costumbre, ó, á falta de estos, la accion directa del Estado, — para hacer lo que el principio de una ilimitada competencia no ha podido hacer; garantizar un fin que no puede ménos de ser considerado como uno de los fines legítimos de un gobierno, — la coincidencia, en una esfera importante de la actividad humana, del bienestar individual con el general.» *Essays*, etc., la *Economía política y la tierra*, páginas 189 y 198.—Más adelante, páginas 202 y 204, hace constar estos dos hechos: «Todos están conformes en que no es posible arreglar la cuestion de Irlanda, si se deja á los propietarios la facultad de subir indefinidamente la renta.» «En la discusion habida en el Parlamento, siempre se consideró imposible limitar la facultad del propietario de subir la renta; pero indirectamente y por medio de un rodeo se ha hecho.»

(19) Mr. Cairnes hace notar con razon, que «las consideraciones morales y religiosas hay que tomarlas en cuenta en cuanto influyen en la conducta del hombre al procurarse la riqueza.» (*The character*, etc., II, pág. 44.) Lo extraño es que en su *Ensayo* sobre la *Economía política y la tierra*, páginas 199 y 201, al mismo tiempo que habla de lo que «ha sucedido allí donde los dueños del suelo, desatendiendo toda otra consideracion que la de su propio interes, se han aprovechado de toda la fuerza que les daba su posicion,» formula las siguientes preguntas: «¿Qué significa el lenguaje usual en esta materia? ¿Qué significan los términos *bueno* y *malo* aplicados á los propietarios en un sentido en que *nunca se aplican á los que comercian en otra cosa que no sea la tierra*? ¿Qué significa esta frase: un buen propietario haría esto?» Donde parece colocar á los propietarios en una posicion distinta, bajo el punto de vista económico-moral, que á las demas clases sociales.

dar al Estado el corregir los extravíos que produzca la libre competencia y el predominio de las tendencias egoistas é interesadas.

Mr. Cairnes no reniega de la libertad económica; prefiere la doctrina del *laissez faire*, aunque no concede que tenga carácter alguno científico, á la que ensalza la intervencion del Estado (20); pero la verdad es que no se ve claro cómo aspira á sustituir la accion oficial, que no patrocina, y las soluciones negativas del individualismo, que declara ineficaces; pues si unas veces, como, por ejemplo, en la cuestion de la propiedad territorial (21), parece inclinarse á la intervencion del Estado, las más protesta de su adhesion á las conquistas de la libertad económica (22).

Una indicacion encontramos, que, desenvuelta, habria quizás puesto al distinguido economista inglés en lo que en nuestro humilde juicio es el buen camino. En una de sus obras habla de «aquellos que piensan que hay fines que alcanzar en la vida industrial y social que no pueden ser conseguidos sino mediante la accion de la sociedad organizada como un todo; y que al paso que la parte negativa y de demolicion de la reforma industrial está casi completa, la obra de la reforma positiva y de reconstruccion está aún por hacer (23).» Decimos que este es el buen camino, porque es el único modo de conciliar las dos tendencias del individualismo y del socialismo en lo que tienen de sanas, la *libertad* que aquel sostiene y la *organizacion* á que éste aspira, y de huir de los peligros que entrañan las soluciones de una y otra escuela por lo incompletas: el atomismo individual, en que cae la primera; la imposicion arbitraria de un régimen por el Estado, en que viene á parar la segunda.

En varios pasajes de las obras de Mr. Cairnes se puede observar este sentido, principalmente cuando se ocupa de la delicada cuestion de las relaciones del capital con el trabajo. Así dice: «estoy autorizado para afirmar aquí, que el mantenimiento permanente de un régimen, como el que acabamos de

(20) «En otras palabras, el *laissez faire* viene al suelo como doctrina científica. Digo como doctrina científica, porque no debemos extremar los límites de nuestro argumento. Una cosa es repudiar la autoridad científica del *laissez faire*, libertad de contratacion, etc.; y es cosa muy diferente afirmar el principio opuesto de la intervencion del Estado, la doctrina del gobierno paternal. Por mi parte, no acepto ni la una ni la otra; y como regla práctica, afirmo que el *laissez faire* es incomparablemente un guía más seguro. *Essays*.—La *Economía* y el *laissez faire*, pág. 251.

(21) Véase la nota 18.

(22) En varios pasajes de sus obras.—Véase la nota 20.

(23) *Essays*.—La *Economía política* y el *laissez faire*, pág. 242.

considerar, y que coexiste con una industria progresiva, no puede ménos de parar en este resultado: una constante exageracion de aquellos rasgos que comienzan á señalar de un modo tan poco lisonjero el aspecto de nuestro estado social; en suma, una señalada separacion de clases combinada con aquellas chocantes desigualdades en la distribucion de la riqueza, que las más de las personas convendrán en que son uno de los principales elementos de nuestra inestabilidad social.»

¿Qué remedio encuentra Mr. Cairnes que es el más eficaz para mejorar la condicion de los obreros, que es la *única y sola solucion* del problema? La *cooperacion*, que en nada se opone al principio de la libertad económica, y que, sin embargo, ha sido mirada con prevencion por algunos miembros de la escuela individualista; y eso que un economista ha dicho que el *movimiento cooperativo* reconocia por padre al socialismo y por madre á la Economía política. Dice Mr. Cairnes: «la cooperacion es ahora una realidad, y, si las señales no engañan, ofrece esperanzas de trasformar en gran manera nuestra industria (24):» en otra parte considera la cooperacion como «fundamento en lo futuro de la permanente elevacion de las clases obreras (25);» y, por último, expresa más claramente su opinion en las siguientes frases: «en otras palabras, nuestro razonamiento nos lleva á esta conclusion: que lo que se conoce con el nombre de cooperacion,—la contribucion de muchos trabajadores para formar con sus ahorros un capital, y cooperando sacar de él un provecho,—constituye la sola y única solucion de nuestro presente problema, el único camino por el cual las clases trabajadoras, en su totalidad, ó por lo ménos en gran parte, pueden salir de su condicion de un mero vivir al dia para participar de las ventajas y beneficios de una civilizacion progresiva (26).»

Por esto no es extraño que Mr. Cairnes, al mismo tiempo que no acepta el nombre de *socialista*, y censura á J. S. Mill, que se lo da á sí mismo, por el valor que las gentes dan á las palabras, se declare conforme con el socialismo en cuanto aspira á un régimen mejor que el existente, pero no en cuanto pretende reformar instantáneamente la sociedad y emplear á este fin la fuerza del Estado (27). Así, á la par que dice que le es completamente imposible conformarse con el modo de ver de la escuela de economistas, «cuyo profeta es Bastiat,» la cual sostiene

(24) *The character, etc.*—*Introduccion*, pág. 23.

(25) *Essays, etc.*—*La cooperacion en las minas de pizarra del Norte de Gales*, pág. 166.

(26) *Some leading principles, etc.*—*Trabajo y capital*, pág. 345.

(27) *Some leading principles, etc.*—*Trabajo y capital*, pág. 315.

«que la distribución de la riqueza que resulta del libre juego de las fuerzas económicas no es meramente lo que las circunstancias del caso hacen inevitable, sino también lo que la justicia y el derecho natural prescriben (28);» afirma que está «del todo conforme con los socialistas,» pero que le es imposible aceptar los medios que el socialismo propone para realizar la exigida elevación de los trabajadores (29); y concluye resumiendo la cuestión en estos términos: «El problema, por tanto, consiste, para los que aceptan el punto de vista aquí expuesto, en combinar el intento ó propósito socialista con los medios de hacerlo efectivo y coexistente con las bases fundamentales de nuestro presente estado social,—ayudar al trabajador á salir de su actual condición, sin hacer violencia al principio de la propiedad y sin debilitar en aquel las cualidades de carácter de que depende el éxito de la industria (30).»

En medio de las intransigencias doctrinales de escuela y de las encontradas y egoistas pretensiones de unas y otras clases sociales, es grato encontrar escritores que, como Mr. Cairnes, saben sobreponerse á estrechos exclusivismos; abrir los moldes de la ciencia, ensanchando la esfera de sus investigaciones y dando cabida dentro de ella á todos los sistemas (31); relacionar el orden económico con los demás de la vida, sobre todo con el moral (32);

(28) *Some leading principles, etc.—Trabajo y capital*, pág. 320.

(29) *Some leading principles, etc.—Trabajo y capital*, pág. 344.

(30) *Some leading principles, etc.—Trabajo y capital*, pág. 343.

(31) Mr. Cairnes da muestras de esta tolerancia y proclama la imparcialidad de la ciencia en varios pasajes de sus obras, pero quizás la exagera un tanto. Así dice en uno de sus *Ensayos*, pág. 255: «La Economía es extraña á todos los sistemas particulares de la existencia industrial ó social. No tiene más que ver con el *laissez faire* que con el comunismo, con la libertad de contratación que con el gobierno paternal ó el sistema del *status*.» Ahora bien; realmente estas cuestiones, propiamente hablando, son jurídicas y no económicas; pero refiriéndose á las condiciones necesarias para la subsistencia y desarrollo de la vida industrial, del orden de la propiedad, no pueden ser indiferentes al economista, ni á la ciencia que profesa.

(32) Esto hace Mr. Cairnes cuando ataca la doctrina que es la «raíz de donde se deriva una serie de máximas, tales como estas: «la extravagancia del rico es la ganancia del pobre;» «la profusión y el despilfarro vienen en bien del comercio,» y otras semejantes, que han producido en su tiempo, en medio de la humanidad, la duda y la desmoralización, y que están aún lejos de haberse extinguido.» *Some leading principles, etc.—Trabajo y capital*, pág. 190.

En otra parte de la misma obra (*Valor*, pág. 32), dice también: «La Economía política no facilita pa-

y concertar de un modo racional las conquistas realizadas y el régimen nacido á su sombra con las nuevas aspiraciones y tendencias de la civilización.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

LA DEMOCRACIA ANTE LA MORAL DEL PORVENIR.

LAS NUEVAS TEORÍAS ACERCA DEL DERECHO NATURAL.

Hay una música del porvenir, como es sabido, para uso de los que están fatigados de Beethoven y de Mozart, y para los que preparan, en ritmos misteriosos, la renovación de un arte agotado. Asimismo parece que se elabora en este momento en ciertas escuelas algo parecido á una moral nueva, para aquellos á quienes las viejas doctrinas no pueden satisfacerles. Esta moral se destaca con una claridad creciente de la penumbra en que hasta aquí la ha retenido no sé qué falso pudor ó qué prudencia científica, y ni siquiera trata de disimular ninguna de sus consecuencias sociales. Anúnciase como debiendo renovar, cuando su reino haya llegado, la legislación atrasada y las instituciones políticas de los pueblos sometidos á su feliz imperio; y, mientras llega la hora de su advenimiento, asienta con resuelta mano las bases sobre que ha de elevarse la verdadera teoría del derecho natural. Nos ha parecido que era llegado el momento de presentar el bosquejo de esta teoría, tal como se revela ya por algunos rasgos salientes, aunque esparcidos y diseminados todavía. Se podrá ver hasta qué punto el ideal nuevo rompe con aquel á que estaban acostumbradas las sociedades cristianas; se verá al mismo tiempo que no difiere menos de la concepción que del hombre y de la sociedad había formado la democracia nacida de Juan Jacobo Rousseau, y acaso asombrará la extraña mala inteligencia que hace que ciertos representantes de la escuela de-

liativos que sirvan de disculpa al duro egoísmo. No es mi propósito decir una sola palabra en contra de la santidad de los contratos. Pero pienso que importa, bajo el punto de vista moral y económico, insistir en esto: que no resulta beneficio alguno ni de ninguna clase de la existencia de una clase rica y ociosa. La riqueza acumulada en favor de algunos por sus antepasados ó por otras personas, si se emplea como capital, contribuye indudablemente á sostener la industria, pero lo que consumen en lujo y trivialidades no es capital, y sirve tan sólo para sostener la vida inútil de los que lo gastan. Perciban en hora buena sus rentas é intereses, como está escrito en los contratos, pero tomen el puesto que les corresponde, el de zánganos de colmena, al asistir á un festín al cual en nada han contribuido.»

mocrática saluden con entusiasmo, como victorias personales, los progresos de una doctrina que, al triunfar, sepultará infaliblemente á ellos, á sus ideas más queridas y á las conquistas de su principio que mejor aseguradas parecían.

I.

Voy á ocuparme de la doctrina de la evolucion que á la hora presente lo invade todo, la psicología como la fisiología, las ciencias morales como la historia natural, introduciendo en pos de sí una teoría que le es propia sobre las relaciones de los hombres entre sí, sobre las sociedades humanas, sobre la ley del progreso que regula su desenvolvimiento, el fin que deben perseguir y el porvenir que les espera.

¿Cuáles son los orígenes históricos de la moral social? ¿De dónde procede? ¿Cómo ha empezado, según la doctrina de la evolucion? Muchos escritores ingleses y franceses han tratado directa ó incidentalmente esta cuestion (1); pero hay que recurrir siempre á M. Darwin, por ser el que ha promovido este orden de ideas. Por otra parte, este sabio escritor se distingue de todos los demás por la franqueza de su método, y aborda el problema moral bajo el punto de vista exclusivamente de la historia natural. En el curso de sus estudios especiales encuentra este problema; y con una especie de candor imperturbable lo trata y resuelve por sus procedimientos ordinarios. Para él no es más que una cuestion de fisiología-comparada, como otra cualquiera, que se relaciona á esta otra más general: «¿Qué luz puede proyectar el estudio de los animales inferiores sobre las más altas facultades psíquicas del hombre?» Tal es el objeto de muchos capítulos de su libro sobre el *Origen del hombre y la seleccion sexual*.

Sabido es que en esta última obra M. Darwin acepta resueltamente el origen animal del hombre y su descendencia de algun tipo de mono antropóide. «Entonces,—dice, señalando su lugar preciso en la escala de los tiempos y de los seres,—los simios se dividieron en dos grandes troncos, los monos del Nuevo-Mundo y los del antiguo, y de éstos últimos, y en una época remota, nació el hombre, maravilla y gloria del universo.» Con arreglo á esta nueva historia de la creacion, el sentido moral en el hombre no es otra cosa que el grado más alto de lo que es el instinto social en el animal. La idea de la justicia es una idea compleja que se resuelve en una multitud de impresiones asociadas, sensaciones originarias ligadas entre sí, é instintos suce-

sivamente adquiridos y trasmitidos. Los principales factores de esta idea son, aquí como en otras partes, la fuerza siempre activa de las trasformaciones graduales, la herencia, el hábito, y, finalmente, el lenguaje que conserva cada adquisicion nueva en la comunidad y la trasmite de una generacion á otra. Tal es la tesis que á M. Darwin le parece más aproximada á lo cierto, y que, descartando toda ilusion metafísica, explica con mayor verosimilitud el origen de todas las facultades superiores del hombre, y especialmente de la facultad jurídica, la que declara el derecho.

Esta tesis implica otras muchas, á saber: que se hallan en los animales los rudimentos de todo lo que es necesario para formar al hombre, incluso los primeros elementos y como los materiales de la moralidad futura; que entré estos dos términos no puede haber un abismo; que las cualidades morales é intelectuales de las razas inferiores de la especie humana han sido prodigiosamente exageradas, al paso que se han menospreciado de intento las facultades de los animales superiores; que existe, finalmente, una gradacion continua de caracteres morales é intelectuales entre los animales y el hombre, que permite suponer que éste no se ha elevado al rango que ocupa, sino después de haber atravesado lentamente todos los grados intermedios desde las formas inferiores. Mientras sólo se trataba de analogías de estructura anatómica, de gradacion de formas orgánicas, de semejanzas ó identidades percibidas bajo la diversidad de los aspectos, de diferencias anatómicas explicadas por las variaciones de circunstancias ó de medios, por el principio tan extrañamente elástico y fecundo de la seleccion natural, y por la ley más caprichosa y arbitraria de la seleccion sexual, toda esta parte de la teoría darwinista se sustraía á nuestra competencia directa, y debíamos dejar entablada la lucha entre los naturalistas de profesion, muchos de los cuales, y de gran mérito, no quieren ver en esta teoría más que una hipótesis ingeniosa, desmesuradamente exagerada y que ninguna proporcion guarda con los hechos; pero en el orden intelectual y moral cada uno de nosotros se convierte en juez y testigo, y si hasta el presente la teoría ha permanecido perfectamente libre en Historia natural, es decir, en el estado de hipótesis que no ha tenido comprobacion seria, con mayor razon tenemos derecho para declarar que nos parece absolutamente quimérica en psicología.

M. Darwin asienta el axioma de que un animal cualquiera, dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriría inevitablemente un *sentido moral* ó una *conciencia*, tan pronto como sus facultades intelectuales hubieran adquirido un desenvolvimiento análogo ó proporcional al que alcanzan en el hom-

(1) Consúltense particularmente los trabajos de M. Huxley y su polémica con M. Mivart.—M. Herbert Spencer, en su libro *Study of Sociology*, traducido al francés con este título *Introduction à la science sociale*;—en Francia, *L'Origine de l'homme et des sociétés*, por Mme. Clémence Royer, y las publicaciones muy interesantes de M. Léon Dumont, sobre la *Evolucion*.

bre. Suscribo de buen grado esta proposición. Es evidente que si el animal pudiera llegar á ser razonable, por esto mismo sería un hombre, y la razón adquirida ó conquistada sería inmediatamente en él facultad jurídica; pero la cuestión está en saber si el animal ha podido franquear nunca los límites de la experiencia sensible ó del instinto y llegar á ese grado en que la inteligencia, concibiendo lo necesario, dice: «Es preciso que esto sea así;» y concibiendo la obligación, afirma: «Yo debo.» Este progreso, que la inducción declara imposible y que desmiente la historia de todos los siglos y la experiencia dilatada en lo pasado tan léjos como se pueda, es el que M. Darwin hace realizar á un animal ideal que nunca se ha visto ni se verá jamás.

Recorramos las diversas etapas por que debe pasar una hipótesis semejante. La sociabilidad,—se nos dice,—existe en muchas especies de animales como en el hombre; este instinto, debido á causas complejas que se pierden en la noche de los tiempos y en los orígenes remotos de las especies, hace que el animal experimente un placer en vivir asociado á sus camaradas y prestarlos diversos servicios. Los animales superiores llegan hasta avisarse recíprocamente el peligro con ayuda de los sentidos de todos ellos, unidos y asociados para la defensa común y la protección recíproca. *Suponed* ahora (¿quién nos lo impide?) que las facultades intelectuales de este animal sociable se desarrollen indefinidamente, que sea su cerebro recorrido sin cesar por las imágenes de sus acciones pasadas y de las causas de éstas; en tal caso se establecerá una comparación entre aquellos actos que han tenido por móvil el instinto social, siempre actual y persistente, y aquellos cuyo móvil ha sido otro instinto, más fuerte por el momento, pero no permanente, como el hambre, la sed, el apetito del sexo, ú otro instinto individual. De esta comparación resultaría un sentimiento de descontento que sobreviviría en el animal á la satisfacción pasajera del instinto egoísta, á la derrota del instinto permanente. Este sentimiento sería tan duradero como el instinto social mismo; sería el *pesar*, pronto, bajo influencias nuevas, á modificarse y convertirse en *remordimiento*. Este sería el origen y el comienzo del fenómeno moral, que se resuelve así en una lucha entre los instintos egoístas y el instinto social, y cuya única sanción es el carácter duradero del sentimiento de pesar que se produce cuando el instinto social ha cedido al predominio momentáneo de otro.—A decir verdad, no hay gran diferencia entre la teoría de M. Darwin y la de M. Moleschott, que opone la necesidad individual á la genérica, ó la de M. Littré, que hace que la moralidad provenga de la lucha entre el *egoísmo*, cuyo punto de partida es la nutrición, y el *altruismo*, cuyo origen es la

sexualidad. La razón de esto es que la elección del principio de la justicia no es indefinida, y cuando se abandonan los caminos trazados por los métodos espiritualistas, se cae forzosamente en el empirismo fisiológico, que es muy limitado, pues sólo ofrece al observador el estrecho campo de los instintos, de las necesidades ó de las sensaciones.

Pero esto no es más que el hecho inicial, el comienzo de esta vasta construcción de hipótesis á cuyo término M. Darwin había presentado sucesivamente todas estas grandes nociones del deber, del derecho y de la justicia. Si en realidad lo ha conseguido, fuerza será admitir que estas ideas, que hasta aquí nos parecía que señalaban el advenimiento del reino humano, no son más que la continuación y el desarrollo de los instintos que gobiernan al reino animal.

Se nos ha pedido que supongamos que las facultades intelectuales de un animal nacido sociable y su organismo cerebral, que es el principio de ellas, se desenvuelven indefinidamente por una serie de circunstancias ventajosas, de variaciones acumuladas y transmitidas por la herencia. *Suponed* ahora que el animal, ya preparado por la actividad de su cerebro, adquiere un día la facultad del lenguaje. Esta hipótesis, se nos dice, nada tiene de inverosímil, pues ciertos animales ofrecen ya los gérmenes de un lenguaje, un comienzo de interpretación de signos, con la aptitud de expresar sensaciones y necesidades; bastará una nueva variación favorable, una superioridad en el ejercicio de la voz y el desenvolvimiento de los órganos vocales, adquirida por un accidente feliz y transmitida á los descendientes, para que la lengua se perfeccione casi sin límite asignable, obre á su vez sobre el cerebro, lo modifique y lo desenvuelva. Desde entonces tendremos aquí una facultad considerable, fijada en una especie privilegiada, y que dará origen á facultades nuevas, conservación de las imágenes por las palabras, creación ilimitada de abstracciones, y hasta razonamiento. Gracias á la facultad de abstraer que habrá creado, el lenguaje vendrá á ser principio de razón y de moralidad en el animal transformado, y al mismo tiempo el creador y el intérprete de una opinión común, la opinión de una especie, de una tribu, de un grupo social formado en el modo según el cual cada miembro de la comunidad debe concurrir al bien público. Esta opinión será naturalmente guía de la actividad de cada uno, el modelo que cada cual sentirá que debe seguir, el más considerable motivo de acción, siempre presentes, merced al lenguaje, en el cerebro del animal, convertido en algo como una conciencia humana. El hábito, en fin, ese principio suplementario que se invoca en la nueva escuela para cegar todas las lagunas, consolidando las asociaciones de ideas

y fortificando los instintos, habrá consagrado bien pronto este conjunto de modificaciones sucesivamente adquiridas, y transformado en obligación subjetiva la obediencia á los deseos y á los juicios de la comunidad. A partir de este instante, el animal se convertirá en un sér moral.

Esta larga serie de hipótesis no es otra cosa, según M. Darwin, que la explicación muy probable del concepto de la moralidad. Siguiendo paso á paso esta evolución posible del instinto social en el animal, habremos asistido á la creación de la conciencia en la humanidad, á la aparición de la justicia, á la revelación del derecho, que no tiene, como se ve, nada de místico ni de trascendente. Como el animal hipotético de M. Darwin, del que se ha reproducido la historia en la larga serie de los siglos, el hombre nace animal social, y como tal tiene una tendencia (natural ó adquirida, poco importa) á la fidelidad hácia sus semejantes, con cierta aptitud á la disciplina: este instinto reviste en él una forma muy general. No se encuentran en él, como en la abeja y la hormiga, instintos especiales que le adviertan y le guíen por lo que respecta á la ayuda que debe prestar á los miembros de su comunidad. La amistad y la simpatía que le ligan á la fortuna de sus semejantes, pueden revelarles bien ciertos actos particulares que serán útiles á algunos de ellos; pero son impotentes para guiarle, mediante impulsos seguros, hácia la satisfacción de las exigencias de la especie. Esta regla de las necesidades de la especie no ha podido ser sino el resultado de la experiencia confiada al lenguaje, cuando el hombre, animal hasta entonces mudo, dió, por el crecimiento continuo de sus facultades y el recíproco desenvolvimiento de su cerebro, ese último paso é hizo esta última conquista, prenda y condición de todos sus desenvolvimientos ulteriores.

Hé aquí toda la historia de la facultad jurídica en la especie humana, y que no hace más que reproducir fielmente la serie de las hipótesis precedentes: predominio de los instintos sociales sobre los otros; superioridad de esos instintos mostrada y garantida por la permanencia; comparación que se establece entre dos instintos, de los que el uno, más débil, ha prevalecido por una fuerza momentánea; descontento de sí, disgusto, pesar ó remordimiento, según la importancia del acto y la energía del sentimiento ofendido; aplicación y empleo del lenguaje á la formación de la opinión pública; importancia particular atribuida por el hombre á la aprobación de sus semejantes. Así se determina una regla de conducta en conformidad con ese sentimiento, ó, mejor dicho, un conjunto de reglas que constituyen precisamente lo que se llama la moral social, y que se impone á cada uno de nosotros por la autoridad de la opinión común, por la energía predominante

del instinto social, y, en suma, por la importancia del fin que se descubre al término de todos esos progresos, y que no es otro que el bien de la especie. En su origen, las acciones son declaradas buenas ó malas, según que afectan al bienestar de la familia ó de la tribu. Poco ó poco se ve ensancharse el carácter de esos sentimientos, al principio circunscritos á la asociación más estrecha. La particularidad, muy sensible en el punto de partida, se oscurece ante la generalidad creciente de este instinto, que se extiende por grados de la familia á la tribu, de la tribu á la patria, á la raza, á la humanidad. Pero al adquirir esta generalidad, el fenómeno no ha perdido su naturaleza, sino que continúa siendo lo que era. La moralidad queda como la expresión última de la sociabilidad, la justicia es la conformidad de las acciones de cada uno con el interés de la especie, y el derecho es el sentimiento que cada cual tiene de que representa en cierto momento el interés de la especie y que los intereses individuales deben plegarse ante él, no pudiendo la especie subsistir sino por esta armonía de las necesidades de todos y de cada uno.

No tenemos la intención de refutar en detalle esta teoría, que no es más que un largo encadenamiento de suposiciones. Hipótesis tan arbitrarias se sustraen por su mismo carácter á todo esfuerzo de dialéctica seria. Se nos dirá siempre: «¿Qué puede impedirnos el suponer lo que queremos?» A esto, ¿qué responder? Mas, sin embargo, en esta reconstrucción prehistórica de la moral social, ¿qué de vagas analogías concluyentes del animal al hombre! ¿qué de transiciones bruscas! ¿qué de vacíos sin llenar ó arbitrariamente colmados! ¿Hay uno sólo de esos grados, tan fácilmente franqueados por M. Darwin, en que no se le pueda detener para pedirle una prueba, una razón experimental cualquiera que le permita pasar de uno á otro, del instinto social al sentido moral, ó de la opinión de un grupo, de una tribu, á la conciencia de un deber ó de un derecho? En su punto de partida,—la lucha de los instintos,—la teoría transformista de la moralidad se confunde con la de los materialistas, como Moleschott ó Büchner; en su término,—el bien de la especie,—reune la doctrina utilitaria de Stuart Mill. La originalidad propia de esta teoría está en la trabazón y el encadenamiento de las hipótesis que nos conducen desde un simple hecho fisiológico al concepto de la moralidad; pero ninguna de esas hipótesis presenta sus títulos. Los razonamientos de M. Darwin tienen por tipo único éste: «Las cosas han debido pasar así;» ó bien: «Es posible que las cosas hayan pasado así.» ¿A qué apoyarse en un tejido tan flojo de *posibilidades* trenzadas entre sí por el gusto de un autor muy ingenioso para su mayor gloria y la justificación de una idea preconcebida?

Pero en fin, sin discutir ni aún el método, podemos preguntarnos si esta es ya la imagen exacta de la vida humana, el cuadro fiel de los fenómenos más elevados que la ennoblecen, del progreso de la conciencia, de la educación moral de la humanidad. Darwin y Huxley, que en muchas circunstancias le ha prestado el concurso de su sutil dialéctica, reducen el motivo moral al placer de la aprobación ó de la desaprobación del grupo á que pertenecemos. ¿Qué hacen ellos de todos esos actos, con frecuencia los más heroicos, de esos actos silenciosos y tan completamente desinteresados que sólo tienen por testigo la conciencia, y que si llegan á ser conocidos, son frecuentemente injuriados, ridiculizados por los hombres? Los más grandes entre los mortales, ¿no han agotado precisamente, en su entusiasmo por una idea, la fuerza de resistir á todo un grupo, á todo un pueblo, y atravesado su vida en el camino donde se precipitaban las multitudes ciegas ó fanáticas? Sócrates y Políuto, ¿tomaron acaso por regla la opinión de la comunidad á que pertenecían? Por el contrario, honraronse oponiendo su conciencia á la de todo un pueblo, condenando y repudiando con elocuencia la moral tradicional y colectiva á nombre de una moral superior, de la que ellos eran los confidentes solitarios, hasta el día en que fueron sacrificados, por proclamarla, al desprecio de la multitud y á la muerte. Y ¿cuántos Sócrates y Políutos habrá habido desconocidos en todos los tiempos, víctimas ignoradas de un bien superior que han sentido más allá de las exigencias momentáneas de la especie y muy por encima de la opinión vulgar que la humanidad había concebido!

El inconveniente inherente á los orígenes mismos de esta moral de la evolución, es precisamente el de que esta pierde su carácter de moral á medida que se la analiza (1). La justicia sólo representa una idea compleja que se resuelve en una multitud de ideas secundarias gradualmente adquiridas; pero cada uno de estos elementos, así descompuestos, no trae al grupo de ideas en que entra más que una nueva complicación, sin traer en ningún momento la autoridad, el respeto y la obligación; y si la autoridad falta en cada uno de los elementos del grupo, ¿cómo no será defectuoso el conjunto? Mirad nacer la idea de la moralidad en esta teoría, vedla crecer, desenvolverse en la carrera de los siglos, y asistiréis al desenvolvimiento, á la metamorfosis de un instinto que se convierte en idea, opinión, sentimiento, y convicción; en ningún momento de esta historia veo aparecer otra cosa que el instinto,

(1) Este argumento, ó uno análogo, se desenvuelve con mucha fuerza en una Memoria, todavía inédita, de M. Guyau sobre la *Moral utilitaria*, y que, premiada al mismo tiempo la de M. Ludovico Carrau, ha puesto muy alto el nivel del concurso abierto por la Academia de Ciencias morales y políticas sobre esta importante cuestión.

ó la reflexión sobre el instinto, ó sentimientos consecutivos á esta reflexión; en ningún momento veo comenzar el fenómeno moral propiamente dicho. ¿Es el impulso inicial de la sociabilidad, absolutamente irreflexivo al principio, el que contiene el elemento de la moralidad? Seguramente que no. ¿Es la reflexión juntándose á él? Menos. ¿Es el lenguaje? Tampoco. ¿Es la tradición, á medida que se forma, es la opinión de la comunidad? De ningún modo; la tradición y la opinión pública pueden equivocarse, y se equivocan tres veces de cuatro. Esta no sería ya una fuente respetable de autoridad sino en el caso de que quedase en el misterio, de que no se supiese de cuántas ignorancias, de cuántos prejuicios, de cuántas equivocaciones, de cuántas cobardías y de cuántos egoísmos puede formarse la opinión de un grupo, suponiendo que, siendo duradera, se convierta en tradición. Sólo el misterio es el que haría sagrada semejante fuente. Mostrar sus orígenes, explicar cómo se forma, de dónde nace, de qué afluentes se compone, á qué pendientes se inclina, es destruir todo su prestigio. Como hombres sentimos, dígame lo que se quiera, que nada humano nos obliga, y es preciso para ligarnos, alguna cosa más que el hombre. La tradición y la opinión no representan más que hombres como nosotros, y no es ni la duración ni la generalidad lo que puede hacer de un error posible una verdad obligatoria. Analizar la idea de la justicia, como lo hace Darwin, es, pues, destruir su carácter y su esencia misma. Explicar así la conciencia moral, es destronarla. Ni el deber ni el derecho pueden resultar de esta aglomeración de fenómenos sucesivos, de los que cada uno solo representa un grado en la transformación de un instinto, que no es más que la resultante de muchos actos reflexivos. Todo esto no es más que pura invención del naturalista que ha pasado toda su vida en el centro de la vida orgánica, y que sólo penetra accidentalmente, y por la necesidad de su causa, en los dominios, enteramente diferentes, de la conciencia; ¡todo ello es pura novela de imaginación y de sistema! Lo que de aquí resulta es una imagen desfigurada de la humanidad. En cuanto á la idea de justicia, no sobrevivirá á este mortal análisis, sino resolviendo su carácter sagrado en una suprema ilusión, creada por el hábito, dilatada por la herencia á través de los siglos, y creciendo en la imaginación de los hombres en razón directa de la distancia que la separa de su humilde punto de partida á los confines de la vida orgánica.

II.

Hemos visto nacer la justicia en la escuela de la evolución, y tenemos los orígenes del nuevo derecho natural: ahora será más fácil estudiar el principio en sí mismo y seguirle en algunas de sus apli-

caciones. Desde luego se nos asegura que es preciso desprendernos de todos nuestros hábitos de espíritu, formados por una mala educación metafísica ó religiosa, y tomar á la letra la frase *derecho natural*, que las quimeras espiritualistas han desviado de su verdadero sentido. Recordemos en algunos rasgos la antigua concepción para hacer resaltar mejor por el contraste la novedad de la que nos propone, ó mejor, que nos impone la biología.

Hé aquí lo que se pensaba hasta estos últimos tiempos, y acerca de este punto no existe desacuerdo entre las más grandes inteligencias del siglo XVIII y del nuestro: Voltaire, Rousseau y Montesquieu no se expresarían á este respecto de otro modo que Kant, Víctor Cousin ó Jouffroy. La doctrina común á ellos es la que resumo. Hay un derecho primordial, un conjunto de derechos inherentes al hombre por el solo hecho de que el hombre es una persona, es decir, una voluntad libre. La raíz del derecho está aquí, en esta simple comprobación del atributo soberano que constituye al hombre en tanto que es tal y le separa del resto de la naturaleza. En tanto que la libertad se concentra en sí misma, en el fuero de la conciencia, es la libertad moral libertad ilimitada, porque no puede ser tocada por la mano del hombre, y desde entonces irresponsable con respecto á la sociedad; pero tan pronto como la libertad se manifiesta al exterior, entra en contacto con el medio en que debe desenvolverse, esto es, con otras voluntades libres. Cada una de las formas y de las aplicaciones de la libertad, considerada en su medio social, da origen á una serie de derechos correlativos. La libertad individual, la libertad del hogar, la libertad de la propiedad, la libertad del trabajo y de comercio, son otras tantas manifestaciones variadas de la persona, de las que nace y se desenvuelve la serie de los derechos que consagran la inviolabilidad de la vida humana, el uso personal que debemos hacer de nuestra existencia y de nuestras fuerzas, la elección que hacemos de una compañía, la dirección y la educación de nuestros hijos, la independencia de nuestra conciencia moral y religiosa en tanto que se manifieste al exterior y se comunique, y, en fin, la elección de nuestro trabajo y la posesión y el goce de los resultados de éste. Todo esto es la libertad, manifestada en medio de otras libertades que la restringen y la limitan en cierta medida, protegida en sus legítimas manifestaciones, defendida por otros tantos derechos anteriores y superiores á toda legislación positiva contra la opresión ó la violencia de otras voluntades. Entendiase hasta aquí, de común acuerdo, por derecho natural el conjunto de las garantías que las leyes positivas deben asegurar á nuestra personalidad y á todos los elementos que la constituyen para permitirnos ser ver-

daderamente hombres. Hé aquí por qué esa frase es una de las más sagradas de las lenguas humanas, una frase imperecedera, por más que se haga por abolirla. Resume para el hombre las garantías necesarias,—no siempre realizadas por la ley positiva, pero verdaderamente exigibles por cada uno de nosotros,—que le aseguran la facultad de ser lo que es y no otra cosa, de pertenecerse en las manifestaciones de su libre voluntad, lo mismo que en su fuero interno. Hé aquí por qué la simpatía de los hombres, su admiración, se concede de antemano á los que luchan en un medio social corrompido ó falso por reivindicar las garantías de su inviolable voluntad. Así, no se hace elogio más bello que el siguiente: «Este hombre ha padecido por su derecho, ha muerto por su derecho!» Y allí donde el derecho haya sido violado, trátase de un individuo ó de una nación, se levanta una protesta eterna del derecho contra el hecho, del derecho que juzga á la fuerza y que la condena.

Tal es la antigua doctrina, mil veces repudiada por la ciencia experimental y positiva.—Se nos dice que descansa sobre el *a priori* puro. ¿Qué son esos derechos inherentes al hombre, por el sólo hecho de que es hombre, esos derechos anteriores y superiores á las leyes positivas? ¿De dónde nacen? ¿De qué cielo imaginario caen en la razón del hombre? ¿Quién los ha promulgado? ¿Quién ha encontrado nunca una fórmula satisfactoria de esos oscuros oráculos? ¿De dónde viene esta indiscutible autoridad que se les confiere? ¿Es la autoridad de una idea trascendente? Pero en la actualidad se sabe á qué atenerse respecto de las ideas trascendentes, que son los últimos ídolos de la filosofía. ¿Es la autoridad de un Dios? ¿Cuál es este Dios? ¿Cuándo habló? No es muy fácil hacerle hablar como se quiera. ¿Y no es salirse de la ciencia asignar á nuestras concepciones un origen místico, sin duda para dispensarnos de explicar su nacimiento?—Se habla de la voluntad inviolable, de la libertad interior, principio y origen del derecho, de la personalidad sagrada: ¡puras palabras! La libertad es inviolable cuando es bastante fuerte para protegerse; la personalidad del hombre es sagrada, no porque ella se proclame tal, sino cuando se halla en estado de hacerse respetar. Así pasaron las cosas en el principio; más tarde, por consecuencia del desenvolvimiento cerebral de la especie, interviene una serie de convenios entre los miembros de la comunidad, se forma una opinión pública sobre el bien de esa comunidad y la opinión, auxiliada por el instinto de sociabilidad, da origen á conceptos que no hacen más que traducir la idea general que tal ó cual grupo humano se forma de su interés, y de sentimientos, como el pesar y el remordimiento, que sólo son una manifestación y una sublevación del instinto social. En el fondo no es,

pues, el derecho más que la conformidad de los instintos individuales con el social, y expresa la armonía momentánea de la necesidad que se manifiesta en mí con las exigencias de la especie á que pertenezco: no puede significar más que esto. El derecho natural sólo puede tener un sentido positivo, científico: el derecho sacado de la naturaleza, reducido á la regla de las cosas, interpretado por las solas leyes que existen, las leyes naturales, fuera de las cuales sólo hay carencia de sentido y quimeras.

A ellas son á las que es preciso consultar exclusivamente para constituir la teoría positiva de las sociedades humanas y la ciencia de las relaciones verdaderas que deben encadenar la acción de cada individuo á la marcha del conjunto. En otros términos, y para tomar el lenguaje de la escuela, la sociología se halla en dependencia estrecha con la biología. Hé aquí el axioma en que M. Herbert Spencer resume sobre este punto las ideas y los propósitos, que concuerdan perfectamente, de los representantes de la doctrina: «Todas las acciones sociales se hallan determinadas por las acciones de los individuos, y todas las de éstos están regladas por las leyes generales de la vida; la interpretación racional de las acciones sociales supone el conocimiento de las leyes de la vida (1).» Que no se nos venga, pues, á hablar más de lo absoluto del concepto moral, de un deber imprescriptible y de un derecho eterno. Como no hay un reino humano distinto del reino animal, tampoco hay un mundo moral distinto de la naturaleza. El primer progreso que hay que hacer en la nueva ciencia es el de comprender bien la unidad de las leyes que regulan la vida en todos los grados en que se manifiesta, y la primera de estas leyes es la relatividad universal, la transformación incesante, la evolución, único principio eterno en el cambio sin fin de las formas y de los seres, de las condiciones de que dependen las formas y de los medios en que los seres se hallan.

«Estando la formación de las sociedades determinada por los atributos de los individuos, y no siendo *constantemente* estos atributos,» nada debe ser más variable que las reglas que determinen las relaciones de los diferentes miembros de la comunidad, ya entre sí, ya con la comunidad misma. Así se desvanece la quimera espiritualista del hombre universal, idéntico, constante á sí mismo bajo variaciones superficiales, teniendo desde las primeras edades, si no la misma conciencia en acción y desenvuelta, al menos la misma conciencia implícita y virtual, las mismas facultades en grados diferentes, la misma naturaleza intelectual y moral envuelta como en un germen que trae ya toda la historia futura de la hu-

manidad. Nada más falso que semejante concepción. El hombre ha llegado á ser lo que es, pero esto habría podido no serlo; un hecho insignificante en apariencia cambiado en su laboriosa historia, habría podido hacer cambiar á ésta en un todo; el hombre quedaría encadenado para siempre en los lazos de la animalidad muda, y tal vez otra especie tomaría su lugar en el pináculo de la escala animal. ¿De qué moral absoluta, eterna, se puede hablar, tratándose á una especie sometida á tales vicisitudes?

Contemplemos la imagen de nuestros antepasados en ese tropel de habitantes de la Tierra de Fuego que ha pasado ante la vista de Darwin como una reminiscencia viviente de los tiempos prehistóricos, «en esos hombres absolutamente desnudos, embardunados de pintura, con los cabellos largos y enmarañados, la boca espumosa, teniendo una expresión salvaje, horrible y recelosa, que casi no poseían arte alguno, y vivían, como bestias salvajes, de lo que podían atrapar, y que, privados de toda organización social, no tenían interés por nada de lo que no formaba parte de su pequeña tribu.» Seguramente tales eran nuestros antepasados. Estos salvajes de la Tierra de Fuego, ¿no son también extraños por completo á los conceptos y á los sentimientos de nuestra conciencia moral, como lo pudiesen ser los simios de que descendemos? «Por mi parte, añade Darwin, lo mismo querría descender de ese viejo papion que llevaba triunfalmente á su joven camarada después de haberlo arrancado á una cuadrilla de perros aturdidos, que de un salvaje que tortura á sus enemigos, ofrece sacrificios sangrientos, practica el infanticidio y trata á sus mujeres como á esclavas.» Porque si se considera que el tipo actual puede hallarse tan lejos del tipo completamente desconocido de la humanidad futura, como los aborígenes, los trogloditas y otros lo estaban de la forma actual de la sociedad, se ve á lo que se reduce esta metafísica *a priori* del hombre universal investido desde que nace de un derecho absoluto. No habiendo sido el hombre siempre hombre, y pudiendo llegar á ser otra cosa en un porvenir indeterminado, es locura pretender definir para él de una manera fija el bien ó el mal, porque uno y otro no son lo que son más que según las circunstancias de tiempo y de lugar, según que conforman ó son contrarios á las exigencias de la especie, menos que esto, al interés especial de un grupo de que el ser forma parte, pues no es más que á la larga como el interés especial del grupo, único regulador en el principio del instinto social, se ensancha, se extiende, y, por una generalización creciente, viene á ser la utilidad de la especie, la regla más alta de moralidad que nos permiten concebir las leyes biológicas.

Si el hombre ha partido del grado más bajo de la

(1) *Introducción á la ciencia social.*

escala de la vida para llegar á la cima aparente y provisional que ocupa, despues de haber atravesado una série de formas intermediarias, puede juzgarse de qué modo las ideas de Rousseau sobre el estado natural, sobre la dulzura de las costumbres y la inocencia primitivas de ese estado, sobre la bondad original del hombre, deben parecer anticuadas y áun ridículas á los representantes de las nuevas escuelas. Estas utopias retrospectivas se rechazan con una especie de irónico desden que apénas se digna discutir las: «Nunca ha habido para el hombre, dice Mad. Clemence Royer, un estado semejante fijo, invariable y que el hombre no pudiese dejar sin separarse de sus verdaderos destinos. Cada uno de los estados sucesivos por que ha pasado, no ha sido más que una estacion más ó ménos larga, intermedia entre otras dos, en donde el hombre sólo ha reposado un instante para volver á partir hácia el fin lejano. El punto mismo, el momento transitorio en que ha cesado de ser en el estado animal para pasar al estado humano, es absolutamente indeterminable.»

Se añade que la naturaleza no es, como lo creía Rousseau y como lo repitió á continuacion suya la escuela sentimentalista, una madre dulce y pródiga que, despues de haber producido al hombre, le recibe en su seno fácilmente y le rodea de todo cuanto puede alimentar y áun encantar su inocente vida; sino que «es una madrastra avara y cruel, á la que cada uno de sus hijos debe arrancar todo por propia autoridad.» La ley que gobierna la vida, toda la vida, en vez de ser una ley de paz y de amor, es una ley de odio y de lucha sin piedad. No es, en fin, verdad que todo esté bien al salir de las manos de la naturaleza, como lo pensaba Rousseau, ni que el hombre sea naturalmente bueno, como decía Turgot, ni que haya en ella un órden primitivo de las sociedades humanas, como sostenían Quesnay y los fisiócratas que querían restablecer el reino de la naturaleza por la abolicion de las leyes humanas, ni que la civilización deprave al hombre y corrompa las sociedades, como lo han pretendido Saint-Simon y Fourier. Sobre todos estos puntos nada hay más claro que la doctrina de la evolucion. Contrá todos esos utopistas y esos reformadores, está Thomas Hobbes, que tenía razon proclamando que el verdadero estado natural es la guerra de todos contra todos, *bellum omnium contra omnes*. La ley de la concurrencia vital en todo su horror es la que reina sobre la humanidad naciente, lo mismo que sobre el resto de los animales. El exterminio para la alimentacion, el exterminio de los congéneres más débiles ó ménos favorecidos, tal es la única ley que conoce la naturaleza abandonada á sí misma. Nada, ni áun siquiera la vida horrible de los salvajes actuales, puede darnos idea de la suerte á que estaba condenado el bi-

mano antropoides, nuestro ascendiente, en el fondo de los bosques ó en las cavernas, temblando á cada instante, ya por sí mismo, ya por su horrible hembra, ya por su hijuelo, temiendo ver surgir de la sombra un animal más fuerte que él, ó un bímano de su especie, más cruel y más terrible que el oso ó el gorilla. «Mientras más se retrocede en el pasado, más se ve la huella manifiesta de las pasiones feroces y degradan'es. Más allá, mucho más allá de la edad de hierro, testimonio de luchas sangrientas y sin fin, aparece una edad de piedra, de duracion inconmensurable y durante la que el hombre, armado de pedernal, pasaba su vida luchando contra el hombre, contra los animales, contra los elementos.» Pero ántes de esa misma edad de piedra, en la que el hombre se revela por su primera victoria contra las fatalidades dolorosas que más de una vez han amenazado á su raquílica raza, fabricándose armas, signos de su supremacia naciente; ántes de esa época, cuando aún no se había separado claramente del animal lo que debía ser el hombre, ¿quién podría contar la miseria y la ferocidad de ese desdichado sér, más débil que muchos otros, y en el que la inteligencia no había aún resistido contra una naturaleza que le rehusaba los medios de defenderse?

Cuando se trate de un sér semejante, cualesquiera que por otra parte sean sus destinos ulteriores, que no se nos venga á hablar de un derecho natural, inherente á su cualidad de hombre. Él no tenía derecho, salvo el que le daban las fuerzas de sus músculos, más tarde el primer guijarro cortante que adaptó á su mano mortífera, y despues, en fin, el primer útil de hierro que fabricó para romper el suelo avaro y duro. Para él, como para los otros animales, no había más que una ley, la de vivir, la cual engendró otras dos, que bastan á explicar todos los hechos sociales de la edad moderna: la ley de la seleccion, que elimina á los que no son capaces, y, por consecuencia, dignos de vivir, y la de la sociabilidad que, para un animal como el hombre, le interesa personalmente para el bienestar del grupo y hace de la utilidad de la especie una parte esencial de su utilidad personal.

La ley de la seleccion explica sola de una manera perentoria el hecho de las desigualdades sociales, que tanto ha ejercitado la inútil dialéctica de los utopistas y de los ilusos. En su origen, no fueron esas desigualdades usurpaciones de la fuerza, ó al ménos, ésta tuvo razon al crearlas. En el estado actual, no son abusos que duran, sino la expresion necesaria de un principio natural que es prudente aceptar á este título, que sería quimérico querer definirlo, y contra el que sería una insensatez querer revolverse, pues que es una de las formas de esta regla de las cosas en que se apoya toda la doctrina. Un poeta griego ha dicho hace veintidos

siglos: «No hay que incomodarse contra las cosas, porque á ellas nada les importa» (1).

Resumamos sobre éste punto tan grave los desenvolvimientos y las deducciones de la doctrina, según uno de sus intérpretes, reconocido como de los más exactos y de los más fieles (2). Siendo el hombre el producto de las variaciones sucesivas de especies animales anteriores, es el resultado por esto mismo de desigualdades *individuales, étnicas y específicas*, que poco á poco le han constituido como especie, raza ó individuo. El primer animal que manifestó algunos caracteres exclusivamente humanos, adquirió una superioridad inmediata sobre sus congéneres, y transmitió esta superioridad á algunos de sus descendientes. Así se creó la especie, y de la misma manera se crearon dentro de esta las razas privilegiadas. Las razas tienden á aislarse hasta el momento en que la civilización las aproxima; pero hay algunas que se aíslan cada vez más, por lo que están condenadas á desaparecer bajo la acción de la ley selectiva, que deprime y destruye lo que no eleva ni fecunda. Quedan, por lo tanto, algunas ramas primitivas inmóviles y en alguna manera atrofiadas, como muestras olvidadas de nuestros orígenes. De los mincopios de las islas Andaman, de los maoríes de la Nueva-Zelanda, de los tasminienses de Van-Diemen, de los hotentotes y boschimanos del Sud del Africa, de los habitantes de la Tierra de Fuego ó de los esquimales, al primer bímano que tuvo treinta y dos dientes y treinta y dos vértebras, caminó en dos piés y no trepó á los árboles más que por casualidad, hay una distancia infinitamente menor que desde esas hordas ínfimas á nuestros pueblos europeos. Aún se puede decir que bajo el punto de vista intelectual, un mincopio ó un papú es pariente más próximo, no sólo del mono, sino del kanguro, que de un Descartes ó de un Newton (3).

En cada sociedad se han formado las clases de la misma manera y por la acción de la misma ley que las razas dentro de la especie. ¿Quién se atreverá razonablemente á quejarse de ello? Menester es tener oscurecido el entendimiento por prejuicios de sistema ó por pasiones personales, «como nuestros filósofos, nuestros moralistas y nuestros políticos,» para no comprender los mil lazos que ligan esas desigualdades naturales, es decir, innatas, originales, á las desigualdades sociales garantidas ó instituidas por la ley. Por una serie de deducciones sólidamente encadenadas, llégase á establecer estas

(1) Τοῖς πράγμασιν γὰρ οὐχὶ θυμοῦσθαι χρέων;
Μέλει γὰρ αὐτοῖς οὐδέν.

(EURÍPIDES.)

(2) Mad. Clémence Royer, *Orígen del hombre y de las sociedades*, capítulo XIII.

(3) *Ibid.*, p. 545.

dos proposiciones fundamentales: 1.ª, no existe ninguna desigualdad de derecho que no pueda encontrar su razón en una desigualdad de hecho, ninguna desigualdad social que no deba tener y no tenga en su origen su punto de partida en una desigualdad natural; 2.ª, correlativamente, toda desigualdad natural que se produce en un individuo, se establece y se perpetúa en una raza, debe tener por consecuencia una desigualdad social, sobre todo cuando la aparición y la fijación de esta desigualdad en la raza corresponden á una necesidad social, á una *utilidad étnica* más ó menos duradera. Se presenta como ejemplo en apoyo de esta doble tésis, el establecimiento de la autoridad del padre de familia ó del jefe de tribu, que por su mayor vigor ó la superioridad de su experiencia, logra formar en un haz las fuerzas individuales ántes aisladas, unir las bajo una sola dirección y multiplicar su valor reuniéndolas. Lo mismo sucede respecto de todas las instituciones políticas, la magistratura, el sacerdocio, las aristocracias, las dinastías, castas, privilegios, autoridades y cualquiera clase de poderes, que, sin duda, han podido exagerar á veces el hecho primitivo de las desigualdades naturales, y á veces aún falsearlo por la intervención de la astucia y de la hipocresía, pero que en el principio y casi siempre no han hecho más que expresarlo con sorprendente relieve y traducirlo con ostentación en la escena de la historia y del mundo. Decir que este hecho sea fatal, es decir que es legítimo, y ninguna de esas dos cosas se distingue en la escuela de la evolución. Señalar el origen y el carácter de las desigualdades sociales, es volver á hallar sus títulos en el único código que no ha sido redactado por el capricho y la fantasía, el código de la naturaleza.

De aquí nacen muchas consecuencias que no haremos más que enumerar. Cada ser tiene su valor propio, determinado por la extensión de sus facultades y de los servicios que ha prestado á la comunidad. No todos los hombres son iguales entre sí, como tampoco lo es el animal á la humanidad porque nazca, viva, muera, coma y duerma como ella. La equidad no es la igualdad, sino la proporcionalidad del derecho. La justicia consiste en que cada servicio prestado se recompense proporcionalmente á su valor útil. Pedir otra cosa, exigir más, es pedir la igualdad salvaje, específica, la igualdad en la indigencia y en la humillación. Nada más peligroso que una ley de nivelación inflexible que derribaría este edificio de actividades complementarias unas de otras y armonizadas entre sí. Del mismo modo que en los organismos más elevados la división fisiológica del trabajo es la condición misma de la vida y del progreso, de igual manera en el organismo social, que reproduce exactamente las condiciones y las reglas de aquellos, es una idea que

es preciso tener siempre en el espíritu, como expresión y resumen de una multitud de ejemplos biológicos, la de la subordinación de las funciones y de las clases que las desempeñan, lo que Spencer expresa así: el principio de una dependencia recíproca y creciente acompañando á una especialización creciente (1). Es hasta necesario, para que una sociedad llegue á su más alto grado de felicidad, que la armonía se conserve en ella por las desigualdades de los goces y del bienestar. Si cada miembro de un grupo social tuviese la misma suma de goces, ésta sería para cada uno la menor suma posible: todo el mundo sufriría sin ventaja para nadie. «Á medida que se eleva la pirámide social y que se multiplican sus rangos gerárquicos, la suma total de los goces que hay que repartir entre todos aumenta progresivamente. La división del trabajo y las desigualdades que lleva consigo producen, con ménos trabajo para cada uno, más goces para todos» (2). Hasta se demuestra con cuidado que la desigualdad de las riquezas redundaba en ventaja de todos, y en particular de los más pobres, por la creación de los ocios y el empleo variado de estos mismos. Se ve á dónde nos conducirían locas utopías, que nos volverían precisamente á los antípodas de la civilización, y nos restituirían la igualdad primitiva en la miseria, de que la humanidad ha salido con tanto trabajo. En resumen, las desigualdades sociales existen porque son necesarias; son la expresión de las desigualdades naturales, por lo que son legítimas. Lo que cada uno puede y debe reclamar es la igualdad inicial de las actividades libres, que se le permita desenvolver las facultades bajo la ley de la concurrencia; pero no la igualdad de derecho, que es el trastorno de toda sociedad civilizada: no se debe á cada uno más que una parte de derecho proporcional á sus fuerzas y á sus facultades.

Como se ve, esta es una teoría enteramente aristocrática, por la que se confiere todo, la integridad de los derechos, la dirección, la iniciativa y la más alta de todas las funciones, la del progreso, á las clases privilegiadas. La ley de la selección lo quiere así; quiere que haya á la cabeza de cada sociedad «una clase reguladora más ó ménos distinta de las clases gobernadas.» Por una serie de modificaciones adquiridas y transmitidas, por un lento y paciente trabajo de purificación y perfeccionamiento, es como se realiza esta noble elección de hombres que verdaderamente son los obreros de la civilización y los que deben concentrar en sus manos todos los derechos, la autoridad, la función social por ella, el poder de hacer las leyes, siendo los órganos, los intérpretes del verdadero derecho natu-

ral fundado sobre las leyes de la vida. A ellos, sólo á ellos es á quienes corresponde, en el confuso desorden de los apetitos individuales y de los instintos egoístas, distinguir las exigencias de la especie, discernir y establecer, en tal ó cual momento de la historia, la *utilidad específica* que corresponde á cada una de las fases de la humanidad. Hé aquí su misión y su empleo. Resistir, protestar contra esta gerarquía, reclamar un derecho de interpretación igual para todos los hombres y para todas las clases, es ir contra la naturaleza misma, que no en vano ha creado esas superioridades de carácter, de luces y de talento. No sería difícil llevar, por vía de consecuencia, mucho más lejos semejante teoría; pero sin exagerar nada y aún atenuando algunas expresiones de las que sería fácil abusar, hemos dicho lo bastante para mostrar el carácter grandemente autoritario de la política de la evolución. Esta política tiene un sabor mediano para la muchedumbre, para el número, para la multitud de individualidades humanas que la ley de la selección deja en la sombra; y lo que evidentemente busca, lo que quiere, es la soberanía de la inteligencia. Sólo ésta tendrá un derecho, y todo el derecho, que será el más fuerte para la ciencia, el derecho de mandar; los otros sólo tienen el derecho de obedecer. Ella manda en nombre del adelantamiento de la raza, de la que sólo ella conoce bien las condiciones y las leyes.

Elegidos de la selección, esos seres privilegiados, verdaderos soberanos de una sociedad científica, deben ante todo hacer respetar la ley biológica á que son deudores de su soberanía. Pero esta gran ley tiene dos corolarios: el primero es que la cualidad de una sociedad disminuye en la relación física, por la conservación artificial de sus miembros más débiles; el segundo es que la cualidad de una sociedad decrece, bajo la relación intelectual y moral, por la conservación artificial de los individuos ménos capaces de cuidar de sí mismos (1). También Spencer, perfectamente de acuerdo respecto de este punto con Darwin, no creía poder deplorar lo bastante la tolerancia culpable de las legislaciones y la multitud de los actos individuales, aislados ó combinados en los que esta verdad biológica se desconoce ó se desdeña. Si se dejase obrar á la naturaleza completamente sola, en vez de contrariarla, se obtendría con más rapidez el progreso de la raza humana. Esta superabundancia numérica de que se lamentaba Malthus, ese crecimiento constante de la población, superior á los medios de existencia, tiene una ventaja: que necesita la *eliminación perpétua* de aquellos entre los que la facultad de conservación es lo de ménos. «Estando todos sometidos á la dificultad

(1) *Introducción á la ciencia social*, cap. XIV; *Preparación á la sociología por la biología*.

(2) Mad. Clémence Royer, obra citada.

(1) M. Herbert Spencer, *Introducción á la ciencia social*.

creciente de ganar su vida, impuesta por el exceso de fecundidad, hay un término medio de progreso por el efecto de esta presión, porque sólo aquellos que progresan bajo su influencia, sobreviven eventualmente y deben ser los elegidos de su generación.» Todo iría bien así y el trabajo se haría completamente solo por la mera aplicación de las leyes de la vida; pero hé aquí que una necia filantropía interviene para contrariar el trabajo saludable de la naturaleza. Con su generosidad inconsiderada, limitada en sus miras, no pensando más que en los males del momento y obstinándose en no ver los indirectos y lejanos, se tiene el derecho de preguntarle si en suma no produce una fuente más grande de miseria que el extremado egoísmo. Los agentes que toman á su cargo el proteger á los incapaces detienen ese trabajo de eliminación natural por el que la sociedad se depura continuamente á sí misma. Sustentar á esos incapaces á expensas de los capaces, es una necedad y una crueldad grandes: esta es una reserva de miserias reunida á propósito para las generaciones futuras, á las que no puede hacerse un presente más triste que el de embarazarlas con un número siempre creciente de imbéciles, de perezosos y de criminales. A la ciencia toca abrir los ojos de los legisladores y de los moralistas sobre el peligro social que se crea sosteniendo á los menos meritorios en la lucha por la vida, libertándoles en cierto modo de la mortalidad á la que les llevaría naturalmente su falta de mérito. Si esta ceguera continúa, el mérito se hará más y más raro en cada generación.—Hay dificultades de aplicación para reformar este estado de cosas; pero si el legislador retrocede, condenará á la especie humana á una decadencia universal é irremediable. Que tome entonces su partido y que acepte la responsabilidad: ya está advertido.

Donde principalmente debe llevarse la atención de la política racional, es sobre la cuestión de los matrimonios, que es donde hasta el presente se han cometido faltas enormes é incalculables en sus consecuencias. Nada se ha impedido; se ha permitido todo y aún se ha ayudado en cierto modo á los incapaces á propagar su triste raza. Hé aquí una extraña y escandalosa contradicción: «El hombre estudia con la atención más escrupulosa el carácter y la genealogía de sus caballos, de sus ganados, de sus perros antes de parearlos, precaución que nunca toma cuando trata de su propio matrimonio» (1). La legislación del porvenir, si es científica como es preciso esperar, deberá proveer á eso: «cuando se hayan comprendido mejor los principios biológicos, por ejemplo, las leyes de la reproducción y de la herencia, no veremos más legisladores ignorantes

rechazar con desden los planes que les sometamos.» Darwin propone que los dos sexos se priven del matrimonio cuando se encuentran en un estado muy señalado de inferioridad de cuerpo y de espíritu, sobreentendiéndose con esto que si la prudencia de los particulares no basta, la ley debe vigilar para ello. Sucederá lo mismo «respecto de los que no puedan impedir una abyecta pobreza para sus hijos, pues la pobreza, no sólo es un gran mal en sí, sino que tiende á acrecentarse, acarreado en pos de sí la indolencia en el matrimonio.» Pero si las gentes prudentes evitan el matrimonio mientras que los indiferentes se precipitan en él, los miembros inferiores de la sociedad concluirán por suplantar á los superiores, y la humanidad retrocederá hácia la barbarie. Es tiempo de avisar, exclama Spencer; es preciso modificar los convenios sociales de modo que, al contrario de lo que son hoy día, favorezcan en el porvenir la multiplicación de los individuos más capaces y se opongan á la de los otros.

¡Qué de materias tan delicadas de tratar, qué de cuestiones tan difíciles de resolver por los legisladores del porvenir! Preciso será estremecerse si, exitado por el ejemplo de los maestros de la doctrina, un sectario algún tanto caprichoso de la evolución (1) reclama la supresión del matrimonio como atentatorio á la libertad individual y al progreso de la especie, ya porque la unión haya sido concertada por intereses y sin amor, ya porque este es inconstante, lo mismo en el matrimonio que ántes, en cuyo caso, cuando la armonía se ha roto, se tiene, no sólo el derecho, sino el deber social de buscar un nuevo amor. Así lo quiere la ley de la selección sexual, que no es más que una de las formas de la selección general, único guía y agente del progreso.

Obsérvase en todas estas teorías que nunca hay más cuestión que la del mejoramiento del bienestar de la humanidad. Esta es la frase que á cada instante sale de la pluma de Darwin, y si se mira de cerca en el pensamiento oscuro y sutil de Spencer, se verá también que es la idea central de todo su sistema. Las leyes de la vida, bien comprendidas y vigorosamente aplicadas, son las que deben regenerar al mundo. Cuando el principio de la selección reine en nuestros códigos y en nuestras costumbres sin trabas, sin oposición oculta ó declarada, la multitud «de los débiles de cuerpo, de los indiferentes y de los necios», desaparecerá poco á poco, y nuestros descendientes, si pertenecen á los elegidos, se regocijarán con la vista de esa humanidad floreciente en bellos cuerpos, en vigorosa salud, en fuerzas musculares é intelectua-

(1) Darwin, *la Descendencia del hombre*, t. II, pág. 458.

(1) M. Naquet en su libro *Religion, Familla, Propiedad*.

les dirigidas exclusivamente al mejoramiento de esta estancia terrestre y de esta vida, en donde debe realizarse el ideal bosquejado hace muchos millares de siglos por el primer mono antropoideo, el ideal del animal segun la doctrina de la evolucion, el hombre civilizado.

E. CARO,

(Concluirá.)

de la Academia francesa.

(*Revue de Deux Mondes.*)

LA CIENCIA Y EL CLERO EN INGLATERRA. (1)

Se ha repetido con frecuencia desde hace algun tiempo que he levantado contra mí una legion de enemigos; y si atiendo al lenguaje usado, con raras excepciones, por los órganos de la prensa, y principalmente por los de la prensa religiosa, me veo obligado á reconocer que el hecho es muy cierto. Me consuelo, no obstante, leyendo en Plutarco esta reflexion de Diógenes: «Para salvarse es preciso tener buenos amigos ó violentos enemigos; los más felices son los que tienen ambos á la vez.» Creo encontrarme entre los más felices.

Reflexionando acerca de lo que he leído últimamente de advertencias, calificaciones, amenazas y juicios,—para esta vida y para la futura,—observo con alguna tristeza que los hombres parecen afectados muy poco por lo que apellidan su religion, mientras que obedecen, sobre todo, á esa *naturaleza* que la religion debe, segun nos dicen, extirpar ó subyugar. De los razonamientos leales y sinceros, de la simpatía más tierna y más santa de parte de los que desean mi felicidad eterna, llego, pasando por muchas gradaciones, á una mala fe calculada y á un espíritu de amargura que desea mi desgracia eterna con un fervor que yo no podria expresar. Si la religion dominase en ellos, podríamos alcanzar de los que profesan la misma creencia cierta homogeneidad de expresiones, mientras que si realmente es la naturaleza humana la que impera, sólo podemos obtener expresiones tan diversas como lo son los caracteres de los hombres. En este punto, es el último caso el que se presenta; de modo que me parece que la religion comun, profesada y defendida por esas diferentes personas, no es más que el conducto accidental por el que éstas expresan sus sentimientos, sean elevados ó bajos, corteses ó groseros, dulces ó feroces, segun las circunstancias. En cuanto á las injurias puras y simples, como quiera que no sirven para nada, he evitado cuanto

me ha sido posible leerlas, porque deseo alejar de mí, no sólo el odio, la malevolencia y la acritud, sino tambien toda huella de irritacion en un debate que exige, no sólo la benevolencia, sino tambien la amplitud y la lucidez de espíritu, aunque sólo sea para llegar á soluciones provisionales.

En el comienzo de esta controversia, un profesor distinguido de la Universidad de Cambridge ha dado la opinion,—opinion de que al punto se ha apoderado con un celo cómico una parte de la prensa religiosa,—de que mi ignorancia en matemáticas me impide toda conjetura sobre el origen de la vida. Si yo hubiese creído que su argumento tenía algun valor, mi respuesta hubiera sido muy sencilla, porque tengo delante un documento impreso, firmado por ese sabio profesor hace más de veintidos años, en el que ha tenido la bondad de atestiguar que soy «muy versado en las matemáticas puras.»

Háse dicho, con grandes variaciones de tono y de comentarios, que en mi discurso, tal como lo ha publicado el editor Longman, me he retractado de muchas de las opiniones que expuse en Belfast. Un escritor católico insiste particularmente sobre este punto. Asustado de la desaprobacion unánime levantada por mis brillantes errores, busco el modo de batirme en retirada; pero mis adversarios no quieren permitirlo. «Es ya muy tarde para tratar de ocultar á la vista de los hombres un solo defecto; una sola asquerosa deformidad. El profesor Tyndall nos ha dicho él mismo dónde y cómo ha compuesto su discurso, que lo ha escrito en medio de los ventisqueros y de las soledades de las montañas de Suiza, y que no es una produccion improvisada é irreflexiva, pues cada una de las frases que contiene lleva el sello del cuidado y de la reflexion.»

Mi adversario trata de ser severo, y sólo es justo. En las soledades de que habla he trabajado con reflexion, y aún me he esforzado en purificar mi inteligencia con austeridades parecidas á las que recomienda su Iglesia para la santificacion del alma. Por otra parte, he procurado en mis meditaciones llegar, no sólo á lo que es permitido, sino aún á lo que es á propósito; he tratado de poner mi alma por encima de todos los temores, salvo el de pronunciar una sola palabra que yo no estuviese pronto á sostener, así en este mundo como en el otro.

No obstante, el tiempo de que podía disponer era tan corto, mi pensamiento y mi trabajo han marchado con tanta lentitud, que bajo el punto de vista literario me he quedado no sólo por debajo del ideal, sino todavía más acá de lo posible. Así, despues de haber pronunciado mi discurso, lo he revisado, con el deseo, no de cambiar los principios, sino de corregir los términos, y, sobre todo, de hacer desaparecer toda expresion que hubiese podido revelar una gran precipitacion. Señalando á los es-

(1) Este artículo es la respuesta á las criticas suscitadas por el discurso que pronunció Tyndall en el Congreso de la Asociacion británica, en Belfast, y que publicamos en la REVISTA EUROPEA, números 53 y 54, páginas 469 y 500 del tomo II.

critores de nuestro tiempo los errores y las locuras de las críticas del tiempo pasado, había yo creído poder comparar la propagación intelectual de esas críticas á la de los cardos: la expresión ha parecido ofensiva y la he retirado, no figurando más en el discurso. Había en éste otro pasaje concebido así: «Sería inútil combatir esta fuerza (la religión) con el fin de extirparla. Lo que debemos combatir, hasta la muerte si fuese preciso, es toda tentativa de fundar sobre esta tendencia constitutiva de la naturaleza humana un sistema que ejerce sobre su inteligencia un imperio despótico; yo no temo que esto se haga. La levadura de la ciencia ha penetrado ya en el mundo hasta cierto punto, y penetrará cada vez más. Consideraba la dulce luz de la ciencia apareciendo á los espíritus de la juventud irlandesa y tomando poco á poco más fuerza hasta producir una claridad perfecta, como barrera más segura contra una tiranía intelectual ó espiritual de esta isla, que pudieran serlo las leyes de los príncipes ó las espadas de los emperadores. ¿Qué debemos temer? Hemos combatido y triunfado aún en la Edad Media; ¿por qué dudar ahora del resultado de la lucha?»

Este párrafo ha parecido demasiado vivo y lo había suprimido; pero temiendo haber cometido al hacer esto un acto de debilidad, lo restablecí cambiando algunas palabras sin disminuir su energía.

Mi adversario es muy duro con la confesión que contiene mi prefacio á propósito del ateísmo; pero confieso francamente que su dureza y su hostilidad leales me parecen preferibles á la manera más suave, pero menos leal, con que ese pasaje ha sido recibido por los miembros de otras Iglesias. Mi contradictor cita el párrafo de mi discurso, y añade: «Repetimos ese pasaje porque es muy notable. Cualquiera que sea la repugnancia que tengamos á servirnos de expresiones muy duras en la polémica, afirmamos que esta justificación no puede más que ligar con lazos de acero al nombre de Tyndall la terrible calificación de que se defiende.»

Hé aquí una buena muestra de energía religiosa subjetiva. Pero lo que yo censuro á esas demostraciones es el no representar siempre hechos objetivos. Yo creo que ningún razonamiento ateo puede desterrar la religión del corazón del hombre. La lógica no puede privarnos de la vida, y la religión es la vida para el hombre religioso. Como experiencia de conciencia, la religión se halla completamente al abrigo de los ataques de la lógica; pero la vida religiosa se manifiesta frecuentemente por formas exteriores,—tomo este término en su sentido más lato,—y esta manifestación del sentimiento religioso habrá de contener, cada vez más, á medida que el mundo sea más instruido, el esfuerzo de las pruebas científicas: de lo que debemos rece-

lar es de poner en la naturaleza exterior lo que nos pertenece á nosotros mismos. Mi contrincante comete esta falta: siente placer en que yo luche, y evidentemente experimenta el goce más exquisito del sentido muscular, en tenerme derribado. Sus sensaciones son tan reales como si lo que él se imagina de las mias fuese real también; pero esta lucha que imagina encontrar en mí es pura ilusión; yo no lucho. Yo no temo la acusación de ateísmo, ni desautorizaría esta imputación ante la definición del Sér Supremo que él ó su orden pudieran presentar. Sus «lazos», su «acero» y sus «terribles acusaciones» son, pues, menos reales que mis «vapores de la mañana», y nosotros podemos dejarlos desaparecer.

Poco tiempo después de la sesión de Belfast, el sabio y venerable obispo de Manchester me ha dispensado el honor de hablar de mi discurso, y ya en mi prefacio he dicho algunas palabras que, según creo, nada tienen de ofensivas, á propósito de sus observaciones. Desde entonces el sabio obispo ha hablado con mucha frecuencia de mí, lo cual es seguramente un honor de todo punto inesperado. Sin embargo, puede preguntarse si todos esos discursos pronunciados en público acerca de un asunto tan agitado no tienden á turbar esa calma de espíritu y de corazón que tanto se desea siempre conservar; si el predominio que se deja á los sentimientos no es dañoso y no tiende á envolver la inteligencia en una niebla que daña á la percepción de los hechos y los presenta de una manera vaga y aún tal vez inexacta. En el venerable obispo pensaba cuando en uno de mis últimos discursos he hablado «de un hombre de gran talento y animoso, recorriendo por todos lados la tierra y torciéndose las manos ante el pensamiento de verse arrebatár sus ilusiones.» Sin duda, á ese disgusto,—á ese trastorno parcial y momentáneo del juicio por las emociones,—es á lo que debo atribuir un error probablemente involuntario, pero no obstante grave, cometido por él con respecto á mí. Si debe creerse al *Times* del 9 de Noviembre, ha pronunciado estas palabras: «En su conferencia de Manchester, el profesor Tyndall casi ha dicho que en Belfast no estaba bien preparado, y que su desaliento se disiparía en mejores momentos.» Pero como el *Manchester Examiner* había reproducido mi conferencia, como yo mismo había publicado una edición corregida que se vendía á diez céntimos, creo que el obispo hubiera podido procurarse mis impresiones exactas en vez de repetir lo que yo había casi dicho. Siento añadir que lo que me ha hecho decir nunca ha existido más que en su imaginación: mi conferencia de Manchester no hace la menor alusión al estado en que me encontraba en Belfast.

A cuantos espíritus serios y honrados que hayan leído el párrafo á que se aplica la observación que

acabo de citar de M. Fraser, así como otras observaciones parecidas de sus reverendos colegas, sin hablar aún de muchas otras, dejo que decidan si han desnaturalizado ó no dicho párrafo interpretándolo de la manera como lo han hecho.

Pero dejemos ya esas pequeñas cuestiones personales, y vengamos á la acusacion más seria de haber abusado de mi posicion, abandonando el dominio de la ciencia, para sin derecho alguno hacer una incursion en el de la teología. No veo verdaderamente en qué me haya hecho culpable, y espero que mis acusadores, renunciando á las injurias, querrán discutir conmigo. ¿No tiene un hombre de ciencia el derecho de hacer conjeturas sobre el pasado del sistema solar? ¿Es que Kant, Laplace y W. Herschel han traspasado los límites de su dominio, llevando sus investigaciones más allá de los límites de la experiencia, y llevando adelante la teoría nebular? Si un hombre de ciencia admite esta teoría como probable, ¿no le será permitido remontar su espíritu á través de la serie de cambios que se relacionan con la condensacion de las nebulosas, de representarse la separacion de los planetas y de las lunas, unas despues de las otras, y la relacion que existe entre todos esos cuerpos y el sol? Si considero la tierra con sus dos movimientos, uno alrededor del sol y otro sobre su eje, como uno de los productos de la accion que ha constituido el sistema solar tal como es, ¿puede un teólogo rehusarme el derecho de concebir y de expresar esta teoría? Hubo un tiempo en que los teólogos no lo habrían dejado de hacer,—un tiempo en que, el enemigo de la ciencia que se alaba ahora de su tolerancia, habría impuesto con prontitud silencio á quien fuese lo bastante osado para publicar una opinion de ese género. Pero ese tiempo pasó para no volver más, á ménos que el mundo vuelva á caer en extraño estupor.

Sin obstáculo alguno podemos recorrer ahora, por la naturaleza inorgánica, toda la distancia que separa las nebulosas de los mundos actuales, y, sin embargo, aún no hace mucho tiempo que ese terreno que ahora se concede á la ciencia pertenecía á la teología. Pero esta concesion de la teología no me parece suficiente; y en Belfast he creído tener, no sólo el derecho, sino aún el deber de declarar que tambien para el mundo orgánico reclamamos la libertad que hemos obtenido ya para el mundo inorgánico, pues me es imposible hallar el menor título legítimo que autorice á un hombre ó á una clase de hombres, cualesquiera que ellos sean, para abrir á las indagaciones científicas la puerta de uno de esos mundos y para cerrarles las de otro cercano. He juzgado, pues, más leal, más prudente y más favorable, en definitiva, á la subsistencia de una paz durable, el definir, sin equívocos y sin reservas, el terreno que pertenece á la ciencia, sobre el cual

no puede ésta dejar de establecer sus derechos.

Si se considera la libertad de que todas las opiniones gozan en Inglaterra, seguramente que no se encontrarán exageradas mis pretensiones. Se me ha recordado que uno de los hombres eminentes que ántes que yo han ocupado el sillón presidencial, ha expuesto, acerca de la causa que ha producido el mundo, una opinion completamente diferente de la mia. Haciéndolo así, ha traspasado los límites de la ciencia, cuando ménos tanto como yo; pero nadie se ha levantado contra él por esto. Yo no reclamo otra libertad que la de que él mismo ha usado; y en presencia de lo que no puedo dejar de mirar como las extravagancias del mundo religioso; de las ideas inexactas é irracionales que acerca del Universo profesan la mayoría de los hombres autorizados para enseñarnos la religion; de la energía mal empleada que dispensan hombres estimables á cuestiones que estoy tentado por llamar indignas de la atencion de paganos ilustrados; de las luchas empeñadas á propósito de las chochees del ritualismo y de las disputas de palabras á que ha dado lugar la doctrina atanasiese; de los esfuerzos hechos para llamar la atencion acerca de las peregrinaciones de Pontigny; de la afectacion de los que quisieran ver una era nueva en la definicion de la Inmaculada Concepcion; de la proclamacion de las glorias divinas del Sagrado Corazon;—en medio, digo, de todas esas quimeras que llenan de asombro á todos los verdaderos pensadores, no creí que fuese extravagante reclamar la tolerancia pública durante hora y media, para exponer ideas más razonables, ideas más en armonía con las verdades que la ciencia ha puesto en claro, y que debían ser recibidas con alegría por muchas almas fatigadas.

Mas conviene precisar los hechos. Hé aquí la frase que ha levantado la oposicion más violenta: «Para hablar sin disfraz, debo confesar que llevo mis miradas hácia atrás, más allá de los hechos establecidos por la experiencia, y que descubro en premesa y en potencia todas las formas y todas las cualidades de la vida en esta materia que por ignorancia, y á pesar de nuestro respeto hácia el Creador, hemos llenado hasta aquí de oprobio.» Hablar de protesta general, como lo hace mi católico contradictor, no es sino representar débilmente la tempestad con que se ha recibido mi declaracion. Pero ahora que ha pasado el primer movimiento de la pasion, puedo, así lo creo, pedir á mis adversarios que discutan bien. La primera cosa que se me censura es haber ido más allá de los hechos probados por la experiencia, á lo cual respondo que es así como generalmente procede el espíritu científico,—al ménos esta parte que se aplica á las indagaciones físicas. Nuestras teorías de la luz, del calor, del magnetismo y de la electricidad existen porque hemos tras-

pasado los límites experimentales. Mi memoria sobre *La influencia de la imaginación en las ciencias* y mis *Conferencias sobre la luz* lo prueban completamente; y en el pasaje que sigue de este discurso he tratado incidentalmente de hacer ver que en física la experiencia conduce siempre á lo que está fuera del dominio experimental; que produce siempre alguna cosa superior á sí misma, y que la diferencia entre el sabio eminente y el mediocre consiste, ante todo, en la desigualdad de sus facultades de extensión ideal. El dominio científico no se ensancha por la observación y la experiencia solas, ni se completa más que plantando las raíces de la observación y de la experiencia en una región inaccesible á ambas y que sólo podemos abordar por el poder de la imaginación.

Así, la acción de traspasar los límites de la experiencia no es en sí motivo suficiente de queja, sino que era preciso que en mi manera particular de hacerlo hubiese habido alguna cosa digna de provocar ese terrible coro de desaprobación.

Discutamos con calma. Yo sostengo la teoría nebulosa como lo han hecho Kant, Laplace y Herschel, y como aún lo hacen al presente los sabios más eminentes. Según esta teoría, nuestro sol y sus planetas estaban antiguamente difundidos en el espacio en forma de un vapor impalpable, cuya condensación ha producido el sistema solar. ¿Qué es lo que ha determinado esta condensación? La pérdida de calor. ¿Qué es lo que ha redondeado al sol y á los planetas? Lo que redondea una lágrima, la fuerza molecular. Durante una serie de siglos cuya inmensidad agobia el espíritu del hombre, la tierra no ha sido propia para alimentar lo que llamamos la vida, y ahora se halla cubierta de seres vivientes visibles. Estos seres no están formados de una manera diferente de los de la tierra que les rodea, sino que, por el contrario, su sustancia y la de ésta son idénticas. ¿Cómo se han introducido en este globo? ¿Estaba contenida la vida en las nebulosas como perteneciendo, tal vez, á una vida más vasta é inexplicable, ó bien es la obra de un ser fuera de las nebulosas que los ha formado y les ha dado la vida, pero cuyo origen y los caminos son igualmente inescrutables? En todo lo que hasta aquí ha podido ver la ciencia en la naturaleza, nunca ha visto manifestarse en serie alguna de fenómenos la intervención de una fuerza puramente creadora. Se ha hecho con frecuencia la hipótesis de semejante fuerza para explicar fenómenos especiales; pero siempre se ha encontrado inexacta, en cuanto que es contraria al espíritu mismo de la ciencia, siendo esta la causa de que yo haya tomado sobre mí el oponer á esa hipótesis este método de la naturaleza, que á la ciencia cabe la gloria de haber descubierto, y cuya sola aplicación puede hacernos esperar nuevas lu-

ces. Estando, pues, convencido de que las nebulosas y el sistema solar, comprendida en aquellas la vida, están entre sí en la misma relación que el germen y el organismo perfecto, repito aquí, sin arrogancia y sin reto, pero del modo más positivo, lo que ya he afirmado en Belfast.

No es con lo indefinido con lo que se caracterizan las emociones, sino con la precisión que pertenece á la inteligencia con que el hombre de ciencia debe plantearse esas cuestiones acerca de la introducción de la vida en la tierra. No piensa éste en dogmatizar, porque sabe mejor que nadie que, en las condiciones actuales, es imposible alcanzar aquí la certeza. Si rehusa admitir la hipótesis de la creación, no es para afirmar, sino para negar un conocimiento que nos será negado por largo tiempo y acaso siempre, y cuya afirmación es fuente perenne de confusión sobre la tierra. Completamente dispuesto á rendirse á pruebas convincentes, pide á sus adversarios aquellas en que fundan las creencias que sostienen con tanta fuerza y tanto encarnizamiento, sin que ellos puedan indicarle más que el *Génesis* ó alguna otra parte de la Biblia. Sin duda que estas primeras tentativas del espíritu humano para satisfacer su sed de verdad son profundamente interesantes y patéticas; pero el libro del *Génesis* no tiene autoridad científica. Después de haber resistido durante algún tiempo á los ataques de la geología, ha debido sucumbir y perder toda autoridad cosmogónica: ese libro es un poema y no un tratado científico. Bajo el punto de vista poético, será siempre bello; pero bajo el de la ciencia, ha sido y continuará siendo puramente perjudicial. Para el conocimiento, ha tenido un valor negativo: en tiempos más rudos que el nuestro ha producido la violencia física, y en nuestro siglo de libertad, la violencia moral.

En todo cuanto pasó en Belfast nada hay más instructivo que la actitud tomada por el clero católico de Irlanda, cuerpo que generalmente es muy parco para llamar la atención sobre un adversario, mediante denuncias imprudentes. El *Times*, que no ha mostrado por mí simpatía alguna, pero que me ha tratado con una gran lealtad mientras que tan poca encontraba yo en otras partes, opina que el cardenal, los arzobispos y los obispos irlandeses se sirven con destreza en su manifiesto de un arma que yo les he imprudentemente suministrado. Por mi parte, los hechos que han precedido á su ataque me hacen mirar la cuestión de otra manera, y quiero recordar en algunas palabras esos hechos para hacer ver en su verdadera claridad, no solo el asunto de Belfast, sino también otros actos de que poco después he tenido conocimiento.

Tengo ante la vista un documento fechado en el mes de Noviembre de 1873, pero que al poco tiempo

desapareció bruscamente á los ojos del público. Me refiero á la Memoria dirigida por 70 estudiantes, de la Universidad católica de Irlanda al Consejo episcopal de la misma, y que constituye la amonestación más franca y más atrevida que nunca se ha dirigido por laicos irlandeses á sus pastores y á sus maestros espirituales. La Memoria expresa el descontento más profundo por el plan de estudios impuesto á los alumnos de la Universidad, é insiste sobre el hecho, bastante extraordinario, de que la lista de los cursos de la Facultad de ciencias publicada un mes ántes, no contiene el nombre de un sólo profesor de ciencias físicas ó naturales.

Los autores de la Memoria reclaman contra esta omisión é insisten sobre la necesidad de la instrucción científica. «El carácter distintivo de este siglo es su ardor por la ciencia. Desde hace cincuenta años las ciencias naturales han llegado á ser el primero de todos los estudios, siendo cultivadas en nuestros días con una actividad sin igual en la historia del pasado. Todos los años, casi, nos traen algún nuevo descubrimiento científico que destruye teorías consideradas hasta entónces como incontrastables. Las ciencias físicas y naturales son las que producen contra nuestra religion los ataques más formidables, y las armas más terribles empleadas contra la fe son los hechos demostrados de una manera incontestable por las investigaciones científicas modernas.»

Semejantes declaraciones no agradarían á hombres educados en la filosofía de Santo Tomás de Aquino, y que estaban acostumbrados en todas las demas ciencias á ver humildes servidoras de la teología. Pero eso no es todo: «Parece cierto, dicen los autores de la Memoria, que si no se fundan en la Universidad católica cátedras de ciencias físicas y naturales, la fe de un gran número de jóvenes se verá expuesta á daños que la creación en la Universidad de esos cursos de ciencias podrá conjurar. En efecto, los jóvenes católicos irlandeses sufren por el sentimiento de su inferioridad en las ciencias, que están resueltos á hacer cesar; si, pues, la Universidad rehusa el darles las lecciones que solicitan, irán á pedir las al colegio de la Trinidad, ó á uno de los de la Reina, ninguno de los cuales tiene profesor de ciencias que sea católico.»

Los que se imaginaban que la creación de la Universidad católica de Kensington era debida al reconocimiento espontáneo por el clero católico de las necesidades intelectuales de nuestra época, serán ilustrados por lo que precede, y más todavía por lo que sigue, pues tenemos aún que reproducir la amenaza más terrible de la Memoria. En efecto, los estudiantes añaden «que en la soledad de sus moradas y sin el concurso de un guía, devoran las obras de Hæckel, de Darwin, de Huxley, de Tyn-

dall y de Lyell; obras que no dañan cuando se estudian bajo la dirección de un profesor que muestra la diferencia entre los hechos establecidos y las conclusiones erróneas que se pretenda sacar de ellas, pero á propósito para minar la fe de espíritus abandonados á sí mismos, sin un guía ilustrado á quien puedan preguntar la solución de las dificultades que se les presenten.»

En presencia de esa Memoria y de otros hechos igualmente instructivos, no me ha parecido que el Manifiesto católico esté inspirado por el júbilo que causa el desprecio de un adversario torpe, sino más bien por la profunda inquietud del cardenal, de los arzobispos y de los obispos que lo han firmado. No obstante, ellos han obrado en este caso con su sabiduría práctica habitual. La primera concesión hecha al espíritu del siglo ha sido la creación de la Universidad católica de Kensington, creación presentada como el efecto de una fuerza interior espontánea, y no de la presión exterior que rápidamente se hacía muy formidable para ser combatida con éxito.

Los autores de la Memoria insisten amargamente sobre el hecho de «que ningún irlandés católico se ha creado un nombre en las ciencias físicas y naturales;» pero deberían saber que ese hecho se ha comprobado en donde quiera que domina el clero: la misma queja se ha producido á propósito de los católicos alemanes. La gran literatura nacional y los progresos científicos de ese país en los tiempos modernos son obra casi exclusiva de los protestantes, y sólo una fracción infinitamente pequeña de esos progresos pertenece á miembros de la Iglesia católica, aunque estos últimos sean en Alemania tan numerosos al ménos como los protestantes. «Se pregunta, dice uno de los escritores de una Revista alemana muy conocida, cuál es la causa de un fenómeno tan humillante para los católicos. No se puede atribuirlo á la influencia del clima, puesto que los protestantes de la Alemania del Sur han contribuido poderosamente á las obras intelectuales alemanas, siendo, por lo tanto, preciso atribuirlo á circunstancias exteriores, que es fácil reconocer en la presión ejercida durante siglos por el sistema de los jesuitas que ha oscurecido entre los católicos toda libertad de producción intelectual.» Es, en efecto, en los países católicos en donde se hace sentir más duramente el peso del ultramontanismo; y en ellos han sido reducidas al silencio las más distinguidas inteligencias cuando, sin renunciar á su fe, han osado plantear la causa de la libertad ó de la reforma. Sin embargo, ese mismo silencio ha sido más aparente que real, y Hermès, Hirscher y Günther, aunque quebrantados y sometidos individualmente, han preparado el camino, en Baviera, á Frohschammer, siempre intrépido á pe-

sar de la persecucion, á Döllinger, y al movimiento liberal tan notable de que es el jefe.

Aunque sometida desde hace siglos á una obediencia de que ningun otro país, salvo España, nos ofrece ejemplo, la inteligencia comienza en Irlanda á dar señales de independendencia y á demandar un régimen más satisfactorio que el pasto de la Edad media. En cuanto al manifiesto en que el Papa, los cardenales, los arzobispos y los obispos se han unido para pronunciar un anatema solemne, su carácter y su suerte se hallan indicados por la vision de Nabucodonosor que refiere el libro de Daniel: se asemeja á la estatua, en apariencias tan terrible, en que el oro, la plata, el bronce y el hierro descansaban sobre piés de arcilla; y como una piedra viniese á dar en estos piés, el hierro, el bronce, la plata y el oro fueron hechos pedazos, y vinieron, como el polvo del aire á agitar el trigo, y el viento se los llevó.

Monseñor Capel se ha dignado recientemente proclamar á la vez el amor de su Iglesia por la verdadera ciencia y su derecho á determinar lo que es la ciencia verdadera. Examinemos un instante las pruebas de su competencia científica. Cuando el cometa de Halley hizo su aparicion en 1456, fué mirado como anunciando la venganza de Dios, como portador de la guerra, la peste y el hambre, y por orden del Papa se tocaron las campanas en todas las iglesias de Europa para espantar al mónstruo, y una nueva oracion se añadió á las súplicas de los fieles. El cometa desapareció al cabo de cierto tiempo, y los fieles se consolaron con la seguridad de que, lo mismo que ántes en presencia de eclipses, de carestias y de lluvias, ahora tambien, en presencia de ese desastroso cometa, la Iglesia había salido vencedora.

Pitágoras y Copérnico habían enseñado la doctrina heliocéntrica; habían dicho que la tierra gira alrededor del sol, y bajo el pontificado de Pablo V intervino la Iglesia para ejercer su derecho de determinar lo que es la ciencia verdadera, publicándose el 5 de Marzo de 1616 el siguiente decreto por el órgano de la Santa Congregacion del Indice:

«Y atendido que tambien ha llegado á conocimiento de la dicha Santa Congregacion que la errónea doctrina pitagórica del movimiento de la tierra y de la inmovilidad del sol, enteramente contraria á la Santa Escritura, doctrina enseñada por Nicolás Copérnico, es ahora publicada y admitida por un gran número de personas; á fin de que esta opinion no se extienda al dominio de la Iglesia católica, se ordena que ese libro, así como los demas relativos á esta doctrina, sea detenido; y por este decreto serán todos ellos detenidos, prohibidos y condenados.»

Mas, ¿para qué remontarnos hasta 1456 y 1616?

Yo no pensaría ni un instante en atribuir á Monseñor Capel las faltas del pasado sin las prácticas que él sostiene hoy dia. El dogmático y el campeón de los jesuitas más aplaudido, se me dice, es Perrone, de cuyas obras se han publicado 30 ediciones para dirigir los pueblos. Sus ideas acerca de la astronomía física son virtualmente las de 1456; él enseña resueltamente que «Dios no gobierna por leyes universales... que cuando Dios ordena á un planeta detenerse, no cambia una ley por él mismo establecida, sino que ordena á ese planeta girar alrededor del sol durante cierto tiempo, despues detenerse, despues ponerse en movimiento, segun su voluntad.» Los jesuitas han proscrito á Frohschammer por haber puesto en duda su dogma favorito, segun el cual cada alma humana es creada por un acto sobrenatural y directo de Dios, y por haber dicho que el hombre, cuerpo y alma, procede de sus padres. Tal es el sistema que lucha ahora por dominar en todas partes; y de él es, como nos lo dice Monseñor Capel, de donde debemos aprender lo que es permitido á la ciencia y lo que no le es!

En presencia de tales hechos, que sería fácil multiplicar; es menester un valor muy extraordinario ó una confianza no ménos extraordinaria en la ignorancia pública, para manifestar opiniones de la clase de las emitidas por Monseñor Capel en favor de su Iglesia.

Hablando un autor aleman de un hombre duramente experimentado á este propósito, presenta á los escritores católicos que rehusan someterse á la Congregacion del Indice, como puestos fuera de la ley, condenados á ser asesinados moralmente. (1). Esta es aquí una afirmacion muy fuerte; y, sin embargo, si yo juzgase por mi propia experiencia, no lo es. Yo pediría á este propósito, por razones especiales, permiso para decir algunas palabras acerca de mí mismo. De esas razones, una aparecerá en seguida, y la otra la expondré más adelante. Nacido en un medio en que la Biblia era particularmente querida, es por ésta por la que he recibido casi exclusivamente mi primera educacion. Hijo de Irlanda, he aprendido, como lo habían hecho muchas generaciones de mis antepasados, á resistir á la Iglesia romana. Tuve un padre cuya memoria debe ser para mí un apoyo y un ejemplo de rectitud y de integridad inflexibles. La pequeña familia á que pertenecía dispersóse con fortunas diversas á lo largo de la orilla oriental del Leinster, á partir de Wexford, donde él vino atravesando el canal de

(1) Véase el caso de Frohschammer, presentado por uno de sus amigos en el prefacio de *Christenthum und die moderne Wissenschaft*. Sus enemigos han conseguido privarle casi de los medios de vivir, pero no han logrado subyugarle; y ni aun el Nuncio del Papa ha podido impedir que quinientos estudiantes de la Universidad de Munich firmen un mensaje á su profesor.

Bristol. Mi padre era el más pobre de todos. En una posición social inferior, pero de un espíritu y de un carácter elevados é independientes, llegó, mediante esfuerzos perseverantes y disposiciones particulares, á un conocimiento de la historia muy superior al que yo mismo poseo, al propio tiempo que aprendió de la manera más exacta todos los detalles de la lucha entre el protestantismo y el catolicismo. Yo he conservado, como recuerdos lejanos, los nombres de las obras y de los hombres notables de que se ocupaba: Claudio y Bossuet, Chillingworth y Nott Tillotson, Jeremías Taylor, Challoner y Milner, Pope y Mac Guire, y muchos otros aún, que sería inútil nombrar. Y, á pesar de todo, ese hombre, tan bien pertrechado para la controversia, era de tal modo respetado de sus conciudadanos católicos, que todos cerraron sus tiendas el día de su muerte.

Con semejante maestro, y tomando un interés hereditario, por decirlo así, en la contienda religiosa, entré en ella naturalmente con ardor; no me contentaba con examinar la cuestión bajo el punto de vista protestante, con lo que me puse también al corriente de los argumentos de la Iglesia romana. Aún recuerdo el interés y la sorpresa con que yo leía la *Instrucción Católica* de Chaloner; y, apenas salido de la adolescencia, ya tomaba yo parte en las discusiones que tenían lugar entre las iglesias rivales. Algunas veces sostuve el lado católico y embarazaba mucho á mi adversario protestante, y así se me hicieron muy familiares las ideas de los católicos irlandeses, para quienes no había un principio protestante que rechazasen con más fuerza, y al que se mostrasen más ofendidos al vérselo atribuir, que el principio de la infalibilidad personal del Papa. Y, á pesar de esto, he oído á un sacerdote católico afirmar repetidas veces, hace algún tiempo, que el principio de la infalibilidad del Papa ha sido siempre sostenido en Irlanda (1).

Pero esto no es aquí más que una digresión, cuyo fin es desengañar á las personas que en Inglaterra ó en los Estados-Unidos hayan sido engañadas por las afirmaciones de gentes poco escrupulosas. Vuelvo ahora á mi verdadero asunto. En cuanto la ciencia ha podido comprobarlo, la vida en esta tierra ha seguido siempre una marcha ascendente; ha estado siempre perfeccionándose. La tendencia constante de la naturaleza animada es á perfeccionarse y á elevarse á un nivel más alto. En el hombre, el progreso y la mejora dependen, sobre todo, de la mayor cantidad de los conocimientos que rechazan sin cesar los errores procedentes de la ignorancia y organizan la verdad. El pro-

greso de los conocimientos es seguramente lo que ha dado un tinte materialista á la filosofía de esta época. El materialismo no es, pues, una cosa que deba deplorarse aquí; es menester examinarlo lealmente, aceptarlo si es verdadero, rechazarlo si es falso, pasarlo por un tamiz si contiene mezcla de verdad y de error para aprovechar lo que en él pueda haber de bueno. Hace algunos años que el estudio del sistema nervioso y de sus relaciones con el pensamiento y el sentimiento, ocupa á muchas inteligencias, y es nuestro deber no eludir,—más bien es nuestro privilegio aceptar,—los resultados establecidos mediante esas indagaciones; pues aquí depende seguramente nuestro bien de nuestra fidelidad á la verdad. Reconociendo la influencia que ejerce el sistema nervioso sobre el espíritu y el corazón del hombre, estaremos mejor en estado, no sólo de corregir sus numerosos defectos, sino aún de fortificar y purificar el uno y el otro. ¿Se abatirá el espíritu por esa confesión de su dependencia? Seguramente que no; pero la materia se elevará al nivel que debe ocupar y de donde una ignorancia temerosa ha venido á excluirla.

Sin embargo, la luz comienza á despuntar y con el tiempo se hará más fuerte. El mismo congreso de Brighton suministra la prueba. En medio de las opiniones confusas presentadas en esta asamblea, mi memoria suscita dos recuerdos que la han impresionado: esos recuerdos son el reconocimiento de una relación entre la salud y la religión, y el discurso del reverendo Harry Jones. En el choque de tantas palabras vanas, las suyas salen sanas y sólidas porque están libres del yugo de todo dogma; vienen directamente del cerebro de un hombre que sabe lo que quiere decir la verdad práctica y que cree en su vitalidad y en su fuerza de propagación; por lo que me pregunto si M. Jones presta ménos servicios en su ministerio sagrado que sus colegas más elevados en dignidad. Seguramente es deber de nuestros maestros el llegar á una conclusión definida acerca de la cuestión de la salud; de observar que si esta es descuidada, somos lesionados de una manera negativa, así como de un modo positivo: negativamente, porque somos privados de esta dulzura y de esta luz, compañeras naturales de la salud; positivamente, por la introducción en nuestra vida del cinismo, del mal humor y de mil inquietudes que con la salud desaparecen. Tememos y menospreciamos el materialismo, pero el que lo conociese á fondo y pudiera aprovecharse de este conocimiento, podría llegar á ser el apóstol de un nuevo Evangelio. Pero sólo que no es por el éxtasis como podemos adquirir ese conocimiento, sino más bien por las revelaciones de la ciencia, combinadas con la historia del género humano.

¿Por qué la Iglesia católica llama á la gula pecado

(1) En los recuerdos que se refieren á mis quince años de edad, época en que por vez primera leí la discusión entre M. Pope y el P. Mac Guire, me apoyo para decir que en esta discusión, el sacerdote católico chaza, á nombre de su Iglesia, la doctrina de la infalibilidad personal.

mortal? ¿Por qué el ayuno forma parte de las prácticas religiosas? ¿Qué significa el consejo dado por Lutero al joven eclesiástico que le consultó sobre las dificultades de la cuestión de los predestinados y de los elegidos, sino que, por su acción sobre el cerebro, cuando se hace un uso conveniente, hasta un carburo de hidrógeno puede tener una virtud moral y religiosa? Para servirnos de términos ordinarios, los alimentos han sido creados por Dios y, por consecuencia, tienen un valor espiritual. El poder purificante del aire de los Alpes sería diez veces mayor si esta verdad fuese reconocida; porque olvidamos las enseñanzas de un materialismo razonable, es por lo que pecamos y sufrimos diariamente. Pudiera enumerar aquí una larga lista de enfermedades mortales, acerca de las que la ciencia ha suministrado á la sociedad moderna un poder de ese género, mostrando el refugio donde se esconde el enemigo material, asegurando su destrucción, y evitando así la impureza y la desorganización moral que, entre los pobres, siguen ordinariamente á las epidemias.

Si nos trasladamos á una esfera más elevada, las visiones de Swedenborg y el éxtasis de Plotino y de Porfiro son fases de ese estado del alma que se relaciona evidentemente con el sistema nervioso y con la salud, sobre los que está basada la doctrina védica de la absorción del individuo en el alma universal. Plotino enseñaba á los devotos á entrar en éxtasis, y Porfiro se lamentaba de no haberse unido á Dios más que una vez en ochenta y seis años, mientras que Plotino, su maestro, lo había logrado seis veces en sesenta años. Uno de mis amigos, que ha conocido al poeta Wordsworth, me ha contado que éste cogía en sus momentos de éxtasis algún objeto que estaba cerca de él para asegurarse bien de la existencia de su cuerpo. No hay nadie, así lo creo, que haya adquirido más experiencia acerca de esta materia que Emerson. Como estados de conciencia, tienen esos fenómenos una realidad incontestable y de una identidad sustancial; pero se relacionan á la concepciones subjetivas más heterogéneas. Las experiencias subjetivas son parecidas á causa de la semejanza de las organizaciones nerviosas que presiden á esos fenómenos.

Mas para los que desean ir más allá de los hechos materiales, habrá allí siempre un vasto campo de conjeturas. Tomemos el argumento del discípulo de Lucrecio, presentado en el discurso de Belfast. No creo que ninguno de mis adversarios haya tratado de responder allí; algunos, es verdad, se recociaban de la habilidad de que M. Butler ha dado prueba remitiendo la dificultad á su adversario, y hasta se imaginan que el argumento invocado es el de este obispo. Sienten atribuirme la intención de dar á conocer las dos fases de la cuestión y de mostrar

por un razonamiento más sólido que los de M. Butler, el aprieto que está reservado á toda doctrina materialista que se apoya en las definiciones generalmente admitidas de la materia. Pero, por haber suscitado una nueva dificultad, no se ha borrado ni siquiera disminuido la primitiva, y el argumento del discípulo de Lucrecio no resulta combatido por ninguno de los de M. Butler.

Y aquí pido permiso para añadir una palabra á una discusión importante que todavía no ha terminado. En un artículo sobre *la física y la metafísica*, que apareció el año de 1860 en el *Saturday Review*, he planteado así el problema tan antiguo de las relaciones de la materia con la conciencia: «La filosofía del porvenir tendrá, sin duda, más cuenta que la del pasado de las relaciones que los actos materiales tienen con el pensamiento y el sentimiento, y tal vez vendrán á estudiarse por el organismo las cualidades del espíritu, del mismo modo que estudiamos el carácter de la fuerza por las modificaciones de la materia ordinaria. Creemos que cada pensamiento y cada sentimiento tiene en el sistema nervioso un correlativo mecánico definido, y que están acompañados de una separación y de una reconstitución de los átomos del cerebro.

Esta última acción es puramente material; y si las facultades que poseemos al presente estuviesen suficientemente desenvueltas, sin la creación de una facultad nueva, nos sería posible, sin duda, deducir del estado molecular del cerebro el carácter de la fuerza que obra sobre éste, y, recíprocamente, deducir del pensamiento el estado molecular correspondiente del cerebro. No decimos—y esto es muy importante, como se verá,—que se llegaría *a priori* á esta conclusión. Lo que afirmamos es que por la observación y con las facultades superiores cuya existencia suponemos, sería posible formar un cuadro sinóptico de los diferentes estados del cerebro y de los estados del espíritu que acompañan á estos, de suerte que, dado uno de ambos términos, se conocería fácilmente el otro.

«Dadas las masas de los planetas y sus distancias, podemos deducir las perturbaciones producidas por su atracción mutua; y conociendo la naturaleza de una perturbación producida en el agua, el aire ó el éter, podemos deducir de las propiedades físicas, del medio de que se trate la forma que esas moléculas afectarían. El espíritu sigue el lazo que une los fenómenos, y de un extremo á otro no encuentra ninguna solución de continuidad; pero cuando queremos pasar siguiendo una marcha semejante de la física del cerebro á los fenómenos de conciencia, nos encontramos en presencia de un problema que es superior á nuestras facultades intelectuales, cualquiera que sea la extensión que en éstas supongamos. En vano meditamos acerca de este asunto, que

se escapa á los esfuerzos de nuestra inteligencia;— estamos en presencia de lo incomprensible.»

La discusion de que se trata recae sobre esta cuestion: ¿están los estados de conciencia entre los eslabones de la cadena de antecedentes y de consecuentes que producen las acciones corporales y otros estados de conciencia, ó son solamente efectos accesorios que no son esenciales á las acciones físicas que se operan en el cerebro? En cuanto á mí, es cierto que me es imposible representarme estados de conciencia interpuestos entre las moléculas del cerebro, y ejerciendo una influencia sobre la trasmision del movimiento entre esas moléculas. El pensamiento «se sustrae á toda representación del espíritu,» y por esto parece absolutamente lógico atribuir al cerebro una accion automática independiente de los estados de conciencia. Mas esto admitido, creo, por los partidarios de la teoría automática, que los estados de conciencia son *producidos* por la disposicion de las moléculas del cerebro, y esta produccion de la conciencia por un movimiento molecular, es para mí tan completamente inconcebible como la produccion del movimiento molecular por la conciencia. Sí, pues, la imposibilidad de concebir un hecho es una prueba decisiva, debo rechazar igualmente ambas clases de fenómenos. Sin embargo, no rechazo ni uno ni otro, y así me encuentro en presencia de dos incomprensibles en vez de uno. Aceptando enteramente y sin temor los hechos del materialismo de que acabo de hablar, me inclino ante ese misterio del espíritu que hasta ahora ha escapado á su propia penetracion. Tal vez se llegue un día á demostrar que es en efecto imposible al espíritu penetrarse á sí mismo.

Pero el hecho no existe ménos por esto: la práctica nos demuestra á cada instante que de nuestras relaciones con la materia depende nuestro bien ó nuestro mal físico y moral. El estado del espíritu que se subleva contra el reconocimiento de los derechos del materialismo, no me es desconocido. Recuerdo un tiempo en que yo miraba mi cuerpo como una brizna de yerba sin valor, y en que yo no estimaba más que la fuerza y el placer que me daba el sentimiento moral y religioso—sentimiento al que yo había llegado sin intervencion del dogma. Mi error nada tenía de bajo, pero, no obstante, era un error. Una instruccion más sana me hizo reconocer que el cuerpo no es una yerba, y que si lo tratamos como á tal, se vengará infaliblemente. ¿Estoy deprimido por este cambio de opinion? De ningun modo. Si me volviesen los buenos tiempos de mi juventud, no hay acto intelectual del pasado, ni resolucion inspirada por el deber, ni obra de misericordia, ni acto de abnegacion, ni pensamiento grave, ni sentimiento de la vida y de la naturaleza de que yo no fuese todavía capaz,—y esto sin estar

influido por la perspectiva de una recompensa ó de un castigo en el porvenir.

En el momento de terminar recibo las últimas palabras del obispo de Peterborough, y veo con pena que, á pesar de toda la amplitud de su espíritu, él y su muy reverendo colega de Manchester, parecen tan poco tolerantes como el ritualista exagerado que el otro dia calificaba al obispo de Natal de herético excomulgado. Felizmente, tenemos entre nosotros nuestros Jewett y nuestros Stanley, sin hablar de otros hombres de corazon que ven más claramente el carácter y el alcance de la lucha que se prepara, y que creen firmemente que las verdades de la ciencia saldrán victoriosas.

Y ahora sólo me resta decir adios sin amargura á todos mis lectores: agradezco á mis amigos su simpatía, más firme, así lo espero, que la antipatía de mis enemigos, á los que me permito recordar un pasaje de M. Butler que han olvidado ó descuidado: «Parece, dice el obispo, que los hombres sean extrañamente pertinaces y estén dispuestos á obrar con una impetuosidad que haría la sociedad insostenible é imposible, si no concluyesen por adquirir cierta facultad de moderarse y de disimular sus impresiones.» Por la moderacion al ménos de su lenguaje, ha dado un buen ejemplo su eminencia el arzobispo de Canterbury.

JOHN TYNDALL.

LA PESCA DE LAS OSTRAS.

La maledicencia, característica en nuestra especie, ataca al amable molusco, flor y nata de las buenas comidas, y bajo el pretexto de hallarse bostezando parte de su existencia, se le ha presentado como tipo de la necedad, y «tonto como una ostra» ha llegado á ser un dicho familiar. Si Dios se dignara un dia concederle el uso de la palabra, el bivalvo nos respondería probablemente, que si el talento no recorre sus bancos, como hemos convenido en hacerle pasear nuestras calles, en cambio jamás se halló una ostra más necia que sus hermanas, lo cual es una ventaja. Conocí un comedor de ostras entusiasta, el cual se indignaba contra tal injusticia, y todos los dias, despues de concluir la cuarta docena, humedecíanse sus ojos, dos lágrimas corrían por sus mejillas, confundíanse con el agua salada que humedecía su reluciente barba, y, con la boca llena, exclamaba: «Ingratos, en otros tiempos les hubieran levantado altares.» Sin llegar á tal entusiasmo, sus méritos comestibles deben inclinarnos á disimular sus defectos en cuanto á lo ideal.

Soy desinteresado al defenderlas, pues no ocul-

taré un gran disgusto contra ellas, del cual probablemente participareis todos, el elevadísimo precio señalado á sus favores por esta hermosa de los mares. En un tiempo no lejano, por doce sueldos os servían una docena aún vivas en sus nacaradas conchas, y en la misma época las ostras no desdeñaban á la plebe, pues las vendedoras nómadas vendían la docena, un poco pasadas sin duda, á treinta céntimos en las calles y las encrucijadas. Todo pasó, y mientras el mundo se democratizaba á su alrededor, la ostra se aristocratizaba á nuestra costa, llegando á ser un manjar de lujo, poco accesible para la medianía, hasta para la dorada, pues cuesta el triple de ántes.

El encarecimiento progresivo y excesivo de estos moluscos reconoce varias causas, como la facilidad de los trasportes por ferro-carril, la especulación, la experiencia de los pescadores y la disminución de la pesca, ya por abusos anteriores, ya por causas independientes del hombre, como la temperatura, la cual influye mucho en la producción ostrera, pues las aguas frías de alta mar no la permiten crecer con tanta rapidez como crece en ciertos puntos de las costas: además la producción ha disminuido mucho, por falta de freza, en el último período.

Por fortuna, la escasez no es irremediable, y el estado actual de cosas puede modificarse, pudiendo esperar la repoblación de los bancos, la cual puede adelantarse rápidamente y elevarlos á su primera prosperidad, estableciendo criaderos para echar en ellos la freza cuando la haya abundante.

La historia de las ostras no carece de gloria, y ellas inspiraron fastuosas locuras á los romanos, esos locos maestros de la gastronomía; pero el plan puramente pintoresco é industrial de nuestro trabajo no nos permite ocuparnos del pasado del molusco, aún cuando sea gloriosísimo.

Me avergüenzo de describirlo, y la ostrera de la esquina os instruirá más acerca de esto que todos los tratados de historia natural. Pródiga de todo lo bueno, la naturaleza la ha repartido en todos los mares, y en todas las latitudes son numerosas sus especies; pero solamente nos ocuparemos de las de nuestro litoral, las cuales son:

1.ª La ostra casco de caballo, de 12 centímetros de diámetro, de la cual solamente los aficionados á la cantidad, los glotones, hacen caso, y se la pesca entre rocas.

2.ª La ostra normanda ó cancaliana, blanca, de siete á ocho centímetros, concha gruesa y calidad superior, si bien inferior á su vecina la armoricana.

3.ª La ostra bretona, de cuatro á cinco centímetros, concha fina y nacarada y sabor exquisito, pudiendo rivalizar con la ostra inglesa, que es verde-oscuro, todavía más chica y de concha redonda.

4.ª La ostra de Marennes, parecida á la anterior,

de la cual solamente se diferencia por su tinte verdoso, adquirido en los lodazales donde se cria.

Después nos ocuparemos de las costumbres y hábitos de la ostra, contradiciendo la prevención que hacía ella hay, de su reproducción, tentativas de cultivo ostrero, domesticación y otras cuestiones; pero ántes de abordarlas trataremos de su pesca.

La draga es el instrumento más en uso para buscarla en el fondo del mar, la cual consiste en una especie de saco de red de alambre ó bramante, sujeto á una fuerte armadura de hierro en su boca, figurando un trapecio prolongadísimo. La máquina se sujeta á tres varillas del mismo metal, dos en las extremidades y una en medio, reunidas luego á un anillo, al cual se ata la cuerda amarrada á la popa del barco. De tal manera, el saco queda horizontal, y va barriendo el fondo y haciendo que las ostras caigan en la red.

Fácilmente se comprende que la draga tropezará con frecuencia en multitud de objetos, tales como piedras, rocas, restos de buques, los cuales pueden, no solamente detenerla, sino también romperla; pero se precaven los accidentes colocando en uno de sus extremos una pequeña cuerda provista de una boya, por medio de la cual se la vuelve á pescar con facilidad. Otro método ingenioso consiste en amarrar la cuerda de tracción á uno de los ángulos de la armadura por medio de un hilo delgado; en el caso de un fuerte choque, se rompe el hilo, la red se vuelve, y, no formando ya rastrillo, se desenreda á poca costa.

El tamaño de la draga varía según la dificultad de los fondos donde se pesca; la draga cancalesa, uno de los mejores tipos, mide de 1,50 m á 2,50 m de ancha. Las mallas deben tener, según reglamento, por lo menos cinco centímetros cuadrados.

En las pesquerías de la Seudre, Pont-l'Abbé y Sucidy, y aún en la bahía de Arcachon, se emplean para pescar ostras botes sencillos ó *tillotes* de dos ó cuatro remos con una draga ligera, movida por un hombre colocado en la popa. Los bancos de alta mar son explotados por embarcaciones con puente, de siete toneladas, por término medio, las cuales marchan á la vela y arrastran varias dragas. En Cancale cada barco lleva tres, y en el pasaje de la Deroute hay buques ingleses que llevan hasta siete.

Los barcos destinados á esta pesca deben reunir la solidez á la ligereza; y la rapidez de la marcha da grandes ventajas á los pescadores, no solamente en los barcos, sino también para el transporte del cargamento á los cebaderos, encañizadas y depósitos de la costa. Los cutters ingleses de Jersey, Liverpool, Ry, etc., cuya construcción de tingladillo les da un gran rapidez junto á notable elegancia, son modelos perfectos del barco para pescar ostras.

Con buen tiempo y hermosa brisa, nada tan bello

como una flotilla de pescadores. Las negras carenas de los barcos, relucientes por las caricias de las olas, centellean al sol; sus afiladas y blancas velas les asemejan á una bandada de aves volando sobre el mar, y, á pesar del peso de las dragas que arrastran tras de ellos, parecen volar, dejando un ligero surco de espuma en su estela.

¡Qué febril actividad á bordo, y con cuánta prontitud se vacían y arrojan otra vez al mar las dragas cuando la ostrera es abundante!

Cuando la pesca se verifica en un banco prohibido, y uno de los guarda-costas, encargados en las líquidas llanuras de la misión de los gendarmes en tierra, surge de un punto del horizonte y cae como el rayo sobre los delincuentes, apresada á los más torpes, y agúa la fiesta á los demás, quienes sacrifican sus dragas, se cubren de lona, fuerzan la marcha y se esparcen en todas direcciones.

La partida y la vuelta de la caravana, como llaman en Cancale á la recolección anual de las ostras, es un espectáculo curiosísimo y que da la medida de la importancia de la pesca para aquella población. En cuanto se divisa á los barcos, todo el litoral se pone en movimiento; las rocas y las playas se cubren de gente, y un hormiguero humano se aprieta y se amontona. Mujeres, niños y viejos corren para asistir al triaje del precioso molusco y apreciar los resultados de la campaña, que traerá al hogar la abundancia, ó lo dejará en la escasez. Las mujeres, con los brazos en jarras y la fisonomía interrogante, siguen con ojos codiciosos la cuenta de los canastos llenos, codicia disculpable en los pobres; los niños, con los ojos muy abiertos, admiran aquellos tesoros con la sencillez de la infancia; los viejos aprovechan la ocasión para recordar el pasado y establecer de paso su superioridad sobre el presente, pues en su tiempo las ostras eran mayores y abundaban mucho más; si la pesca es menor, consiste en la menor habilidad de los pescadores; y contentos de haberlo así establecido, estirando su encorvado cuerpo, el buen hombre recoge el pedazo de tabaco que había puesto en la gorra para perorar con mayor facilidad.

Hablamos ántes de la pesca en bancos vedados. Los ingleses son nuestros maestros en este linaje de contrabando; pero no solamente lo son en la pesca ilícita sus pescadores. Su carácter calculador y frío y su razonador instinto acerca de sus intereses, les permiten formar entre ellos *guilds* ó corporaciones que reúnen sus capitales y reparten con equidad entre los asociados los productos de la industria común.

Si fuera de su casa ceden algo al atractivo del fruto prohibido, en cambio en su litoral respetan estricta y religiosamente las disposiciones sobre la veda, en particular en las bahías de Portland, Fal-

mouth y Swansea; y aún se les halla desembarazando los pescaderos durante el estío de yerbas y plantas marinas perjudiciales á la producción del *brood* ó freza. Entre nosotros, al revés, por más ventajoso que sea pasar la barredera sobre los bancos para limpiarlos, el miedo á los abusos de los pescadores, quienes se aprovecharían de esto para pescar ostras fuera del tiempo oportuno, hace que se practique poco.

Tenemos mucho que trabajar para alcanzar á nuestros vecinos; pues el enlodamiento ha hecho desaparecer las ostras de los bancos de Marennes, Flamencos, Merignac, Lamouroux, Dugnas, Martin-Gêne y La Tremblade; pero la gran disminución de nuestra producción ostrera proviene de la imprevision, ó, mejor, de la imprevision avaricia de los explotadores. La fábula de la gallina de los huevos de oro será siempre cierta.

La administración de marina se ha ocupado muchísimo de esto, y, gracias á ella, si no se han restablecido aún todas nuestras ostreras, á lo ménos las de Arcachon y Cancale dan excelentes resultados, y alimentan, juntamente con cierto número de compras hechas á Inglaterra, los estanques de Loc-Tudy, Cancale, Saint-Wast y Courseulles, en los cuales la ostra adquiere todo su tamaño y finura ántes de llevarla al mercado.

Por más satisfactorio que sea este resultado, debemos desear más aún, y con nuestra gran extensión costanera y un poco de prudencia, pronto dejaríamos de ser tributarios del extranjero.

El número de barcos pescadores de ostras es: Arcachon, 620; Cancale, 400; Granville, 30; Treguier, Lezardieux, Pont-l'Abbé, 700; total, 1.450 embarcaciones, sin contar los de la alta Normandía, los cuales pescan ostras por intervalos.

Suponiendo cinco hombres de tripulación por barco, resultan 7.250 pescadores, cifra respetable; y contando además 12.000 individuos que ganan su vida recogiendo á mano ostras en la marea baja, se ve cómo esta preciosa concha es el maná de las poblaciones de la costa.

El precio de las ostras, por millar, es: 20 á 25 francos las de Arcachon; 30 á 35 las de Marennes; 60 á 70 las de Pont-l'Abbe, Tudy y Cancale; 50 á 60 las de Lezardieux; 60 á 65 las de Saint-Wast; 90 á 100 las de Dunkerque, y 100 á 110 las de Ostende.

Muchas veces hemos hablado de la freza, y nuestros lectores habrán comprendido que designamos así la ostra en su estado embrionario; pero debemos exponer los fenómenos de la reproducción del molusco, así como decir algo de las tentativas hechas para regularizar la multiplicación, como también de la industria ostrera, á la cual debe la ostra gran parte de sus buenas cualidades.

Aún cuando colocada muy baja en la escala de

los séres, la ostra obedece como los demas á las grandes leyes aseguradoras de la existencia de las especies. El mes de Mayo es el de los amores para ella, como para los demas animales habitantes de nuestras latitudes; pero estos amores son lo que deben ser entre personas tan perezosas, y si ocasionan algunas modificaciones en su organismo aparente, comienzan, se desarrollan y concluyen sin causar ninguna revolucion los abrazos primaverales. Las señales distintivas de los sexos están entonces más pronunciadas, cuyas señales son, segun los pescadores ingleses, una mancha negra, *black sick* (negro supremo) en la membrana del macho, y una mancha blanca, *white sick* (blanco supremo) en la de la hembra.

La fase crítica se caracteriza por el tinte lechoso del molusco, el cual entonces es un alimento, no solamente malsano, sino peligroso, necesitando dos meses para recobrar sus primitivas cualidades, despues de expeler su freza con la figura de un rosario blanquecino.

Se ha observado en ostras colocadas cerca de la orilla, que constantemente se verificaba este fenómeno al comenzar la marea, cuando llegaba el agua templada por los rayos del sol y cubría la concha con unos cuantos centímetros. Tambien se ha observado que los innumerables embriones de la ostra obedecen á su salida de la madre á un movimiento ascensional hasta la superficie del agua, bastante rápido, seguido de otro movimiento de descenso hácia el fondo. No es dudoso que esta momentánea viabilidad sea producida por la accion del sol, al ménos en parte, y su calor contribuye probablemente al endurecimiento de la envoltura calcárea del animal, endurecimiento merced al cual puede fijarse en los objetos del fondo, tales como conchas viejas, piedras ó pedazos de madera. Á las veinticuatro horas la envoltura se ha solidificado, y la pequeña ostra recoge en el elemento donde vive los elementos necesarios para su desarrollo.

Las frezas de cada ostra pueden evaluarse en más de un millon; pero muchas causas, como la violencia de las corrientes y los fondos infestados de parásitos, particularmente de estrellas de mar, plaga de las ostras, disminuyen tan exuberante multiplicacion, á lo cual contribuye además la carencia de buenos objetos donde pueda fijarse, la cual es una principalísima causa de aborto. Es además evidente que las frezas de las ostras colocadas á una gran profundidad están más expuestas á perecer que las colocadas á una pequeña distancia de la superficie, es decir, en buenas condiciones para recibir el principio vivificador ántes mencionado.

Estas diversas observaciones sirvieron de punto de partida á la ostricultura, cuyos primeros ensayos formales tentó el ministerio de Marina en Pri-

mel, Treguier y Paimpol; pero, por error en los primeros experimentos, sea por mala eleccion de las estaciones de reproduccion, cuyas condiciones quizás no fuesen favorables, dichas tentativas no tuvieron éxito. En cambio, en la vasta bahía de Arcachon el éxito fué completo y sobrepujó á todas las esperanzas.

La eleccion de *colectores*, ó medios de fijar las frezas, empleados en Arcachon, tuvo sin duda gran parte en el maravilloso éxito de la empresa. Dichos colectores consisten en tejas sin cementar, oblongas, superpuestas con orden y entrecruzadas de manera conveniente para formar una especie de colmena. Despues del desfrece, cada teja contiene de 50 á 200 ostritas, y al cabo de un año se deshace la colmena y se colocan las tejas en encañizadas donde continúan hasta ser bastante fuertes para ser arrancadas y tratadas como las ostras dragadas, es decir, para ponerlas en el cebadero. Son menester tres años para que adquieran todo su desarrollo y puedan ser llevadas al mercado.

Los excelentes resultados de la ostrera de Arcachon, dependientes en su mayor parte de las condiciones especiales de aquella bahía, nos hacen creer que deberíamos tomar de nuestros vecinos los ingleses (sin renunciar por ello á renovar los ensayos en otros puntos) los procedimientos prácticos con ayuda de los cuales favorecen la multiplicacion y aseguran la conservacion de los bancos naturales. De una tolerancia exagerada hemos pasado á una reglamentacion excesiva, y la pesca, ántes permitida en todo tiempo y lugar, ahora no se tolera sino en dias y sitios designados por la comision dependiente del ministerio de Marina. Y sin embargo, está demostrado que jamás es perjudicial dragar en un banco donde no hay freza.

No solamente dragan los ingleses durante el verano los fondos para desembarazarlos de las malas yerbas submarinas, sino que durante todo el año dejan una parte del litoral abierto á la pesca, en particular las cercanías del estuario del Támesis; pero el pescador inglés se guarda mucho de confundir cuanto sus redes recogen, y cuando cae en sus manos *brood* ó freza, lo separa con cuidado del *culch* ó colector natural, concha vieja, piedra ó resto, arroja al mar éste y vende la freza á los criaderos de Wistable, Bukersham, Brickel ó Burnham; éste es el productor de la ostra verde, tan renombrada y de tan gran consumo. Es evidente que si los establecimientos ostricultores aumentaran, y si todo nuestro litoral los tuviera, nuestros pescadores encontrarían salida para la freza recogida, no la desperdiciarían, y sería posible alargar los intervalos entre las pescas.

El criadero no es solamente el lugar donde se colocan las ostras para sacarlas conforme son neces-

rias para el consumo, sino mejor el sitio donde, encontrándose el molusco en las condiciones más favorables de luz y alimento, pierde la acritud característica de las extraídas de los bancos, y adquiere, como hemos dicho, toda su finura, aumentando también su volúmen.

Existen dos especies de criaderos; los naturales, denominados *claires* en el país de Marennes, hoy arruinados, los cuales no son verdaderamente sino especies de depósitos colocados, con permiso de la administración, en cualquier punto del litoral, y con más frecuencia en la desembocadura de los riachuelos; y los artificiales, sumergidos por medio de esclusas, y por consiguiente de dispendiosa construcción.

Nuestros principales criaderos artificiales son los de Dunkerque, Dieppe, Courseulles, Saint-Wast, Cancale, Loc-Tudy, Pont-l'Abbé, Marennes y Arcahon.

Esta clase de establecimientos consiste en un estanque alimentado por un conducto subterráneo, en comunicación con el canal. El estanque lo llena cada veinticuatro horas la marea ascendente, y retiene el agua una esclusa. La ostrera propiamente dicha, está formada por un muro de circunvalación, construido de ladrillos y de 1,40 m de altura, y el suelo está pavimentado, formando pequeños compartimentos destinados á retener las ostras cuando el agua sale; varias barreras dividen la ostrera en partes, y sobre las barreras andan los encargados de ella.

Todos los días se abre la esclusa cuando la marea baja, el agua sale y las ostras quedan en seco; y cuando la marea sube se cierra la esclusa, y por el conducto vuelve á llenarse la ostrera.

El fenómeno notable de adquirir las ostras el color verde se obtiene en criaderos con esclusas de un metro, que dan una altura de 0,50 m de agua, y en ellos la composición química del suelo y la acción del sol colora al molusco en cuatro ó cinco días; si se le deja más tiempo se oscurece más.

Ciertos criaderos no comunican á las ostras color verdoso sino durante el verano, como las de Solesbury, en Inglaterra; y otros lo comunican en todas estaciones, como el de Brikel.

Las conchas con color verde son menos saladas, así las pescadas en alta mar como las criadas en ostreras. Se ha observado que las ostras criadas ó trasportadas á los criaderos se convierten en *mulas*, es decir, pierden sus cualidades reproductoras; solamente las de los *claires* dan freza.

La ostra es extremadamente sensible á las variaciones atmosféricas, y su pretendida inmovilidad no es sino relativa. Durante la marea ascendente se apoya en la concha, cuyo interior es convexo, y mientras dura la descendente sobre la plana; cuan-

de hace frío se oculta entre el fango. Su alimento consiste en las miriadas de infusorios suspendidos en el agua del mar, y su perpétuo bostezo es el cumplimiento del acto más importante de su organismo, el de comer. A pesar de su continuada comida, es susceptible de vivir bastante tiempo fuera de su elemento, sin que parezca sufrir mucho con su ayuno.

El criadero exige muchos cuidados y vigilancia continua, siendo la principal ocupación del vigilante barrer el limo depositado sobre las conchas por el agua, algo estancada, del mismo. Dicho trabajo le consiente examinar el estado de la ostrera, retirar las ostras enfermas y las muertas cuya proximidad pudiera infestar á las sanas. Por lo respectivo á la vigilancia, fácil en los cebaderos artificiales, junto á los cuales hay una casa de guarda, es más difícil cuando se trata de ostreras naturales ó *claires*, situadas comunmente lejos de las habitaciones, y ofrecen un incentivo al cual resisten con más dificultad los amantes de la pesca del prójimo, por cuanto, atendido el elevado precio del molusco, realizan beneficios tan buenos como fáciles.

Los merodeadores, sin cesar vigilantes alrededor de tan excelente pesca, aprovechan las noches oscuras, los tiempos brumosos ó de borrascas para arrojarse sobre el tesoro submarino; y algunas veces cargan el producto de su robo en barcos, en tanto que los autores de la rapiña dan la cambiada alejándose por tierra. Algunas veces se encarga el cielo del castigo del culpable, oyéndose un grito de angustia lanzado por una desgraciada mujer que, temiendo ser sorprendida, huye precipitadamente, resbala sobre las piedras rodadoras y mojadas, y es arrastrada por la corriente. Este lúgubre episodio ha acaecido últimamente en Saudy, donde una madre y una hija han muerto sin poder ser socorridas.

La estadística de los barcos y de las tripulaciones empleados en la pesca de las ostras no da la medida completa de la importancia de tal pesca para las poblaciones marítimas; pues si representa uno de los principales recursos para la parte válida y navegante de dichas poblaciones, también proporciona algunos recursos á una de sus más interesantes partes, las viudas de los marinos, y son numerosas las viudas de marinos que encuentran en la pesca á pié pan para sus familias en los días de escaseces. Esta pesca á pié es regularmente fructuosa en las grandes mareas.

Las fisonomías, siempre tan características, algunas veces tan originales, los tan pintorescos atavíos de los habitantes de nuestras costas, ofrecen á los artistas interesantes modelos de estudio. Así el pescador del Norte, con su venerable pipa en la boca y metido en unas botas, recuerdo de las del Petit-Poucet, como su cofrade el pescador inglés, con su

suroi en la cabeza, fumando pausadamente su larga pipa, y vigilando con tanto cuidado á la varada de su *butler* cuanto á no dejar una gota de whisky en su vaso, los dos presentan tipos dignos de ser reproducidos y conservados. El sexo femenino proporciona tambien gran contingente á su álbum, sobre todo nuestras graciosas cancalesas con su peinado extraño, en particular cuando el viento agita las largas bridas que sirven para atarlo con tanta coquetería por sobre aquellas mejillas de sonrosado algo enfermizo.

L. FAUDACQ.

Ateneo de Madrid.

CIENCIA PREHISTÓRICA.

V.

EL HOMBRE TERCIARIO.

Señores: Terminaba la última conferencia dejando á vuestro buen criterio decidir si era posible encerrar en los estrechos límites de lo que hasta el presente se ha considerado como historia humana, todos los acontecimientos de orden físico y orgánico que se han realizado en el globo desde que el hombre apareció en su superficie. Después de probar con hechos irrecusables que en treinta y cuarenta siglos las condiciones biológicas terrestres no han variado en lo más mínimo, según lo justifican las plantas y los animales en su respectiva distribución geográfica, no es difícil que debamos admitir un espacio de tiempo considerable para la realización de cuantos hechos contemporáneos del hombre citamos, tales como la formación diluvial dentro y fuera de las cavernas; la tobácea ó de caliza incrustante, representada principalmente por las capas de estalacmita interpuestas dentro de las cuevas entre los diferentes horizontes de acarreo; la formación de la turba, y los fenómenos de la extinción de unas especies y la emigración de otras entre las características del período cuaternario.

Los cambios han sido mucho más considerables, como es fácil comprender, si esta historia se remonta, según quieren algunos, hasta el terreno terciario medio; circunstancia que obliga á los que admiten la existencia tan remota de nuestra especie á decir que esta no era á la sazón como la vemos hoy, sino más bien un ser intermedio entre el antropomorfo superior y el hombre. Con efecto, la ciencia prueba con datos irrefutables que durante el terreno mioceno ofrecía ya Europa condiciones físicas que permitían el establecimiento de nuestra especie, como la presencia ó hallazgo de instru-

mentos muy toscos de piedra en los horizontes de la molasa ó del falun en Francia parece, en sentir de dos sacerdotes franceses, Bourgeois y Delaunay, justificar. Esto ha motivado serias discusiones entre los que admiten la procedencia humana de dichos instrumentos y los que la niegan, y más tarde entre los que suponen que aquella especie humana era idéntica á la actual y los que creen que debía ser distinta. Fúndanse muy principalmente estos últimos en el hecho de haberse renovado cuatro veces por lo ménos desde el horizonte mioceno la vida en el globo, siendo muy difícil comprender la permanencia de nuestra especie al través de un espacio de tiempo tan considerable y en el que tantos y tan profundos cambios en lo orgánico han ocurrido. Partidarios los defensores de esta opinión de la teoría transformista, claro es que, interpretando el hecho con el criterio de su teoría favorita, la consecuencia lógica había de ser inventar un tipo intermedio entre el mono y el hombre, el mismo hombre mudo ó *alalus* que teórica y fantásticamente había sacado á relucir el famoso Haeckel en su historia de la creación, al cual atribuyen unos y otros la fabricación de aquellos objetos muy imperfectos. Sólo con el trascurso de los siglos, aquel maestro de la humanidad fué paulatinamente mejorando en inteligencia y comunicando por trasmisión hereditaria á sus descendientes las conquistas que iba realizando; hasta que, por último, aquel *seudo-hombre* llegó á ser hombre completo, dotado ya de la facultad de hablar con soltura, en vez de ladrar como el perro, de mugir como el buey y de balar como la oveja, como hasta entonces había hecho nuestro ilustre ascendiente, y en aptitud también de labrar las hachas y otros instrumentos más perfectos que se encuentran entre los materiales de la formación diluvial.

Á estas extravagancias científicas, por no calificar el hecho de un modo más severo, conduce, primero, el no querer admitir en la creación del hombre la acción todopoderosa de un Dios personal, y segundo, la obediencia ciega á una teoría fundada también en hipótesis, que pretende explicar cómo la especie humana ha podido subsistir durante un espacio tan considerable como necesariamente supone la aparición, desarrollo y extinción de las faunas y floras llamadas de la caliza de la Beauce, del Falun de la Turena, del horizonte plioceno, y, por último, del terreno cuaternario y actual.

Verdaderamente este último dato es el que, en mi concepto, tiene gran significación para el caso de que se trata, siendo la remotísima fecha que esto supondría lo que hace vacilar á unos en considerar los instrumentos de piedra encontrados por los curas franceses en el terciario medio, como auténticos, ó sea como obra de un ser inteligente, y á

otros en identificar al hombre terciario con el actual; pero como esto último venía á robustecer la idea de la trasformacion de otras especies superiores en la humana, que está muy por encima de todas las creadas, de aquí el que se haya aceptado de plano por algunos, no sólo el hombre terciario medio con todas sus consecuencias, sino tambien las metamorfosis que hipotéticamente suponen haber experimentado hasta llegar á lo que hoy es. Agrégase á este dato la formacion durante este inmenso espacio de tiempo de gran número de bancos de caliza terrestre y marina, del falun, singular depósito litoral compuesto de arenas, arcillas, etc., con gran número de restos fósiles y de todos los materiales que representan el terreno terciario superior ó plioceno, cuya potencia llega en Alejandría, Roma, y, sobre todo, en Sicilia, donde la he visto, á ser de muchos centenares de piés y aún de metros.

Encuentro natural que, en presencia de todos estos hechos, los defensores del trasformismo niegan la contemporaneidad del hombre, tal cual le vemos hoy, con los representantes de faunas y floras que desde entónces se han renovado nada ménos que cuatro ó cinco veces; y siquiera opine que la consecuencia que sacan de tales premisas es á todas luces, si no enteramente falsa, por lo ménos hipotética y en manera alguna demostrada con la irresistible fuerza de los hechos, encuentro, sin embargo, que aún es más inadmisibile la suposicion á que otros tan destituidos como aquellos de razon apelan, diciendo que para formarse tantos depósitos, y para el desarrollo de tantas faunas y floras, basta un corto número de siglos. Y hasta hay escritores muy distinguidos entre nosotros (1) que, por el prurito de negar que los restos fósiles que se encuentran en la formacion diluvial sean humanos, apelan al peregrino y poco ortodoxo subterfugio, de considerar dichos restos como pertenecientes á un tipo de animales perfectamente semejante en el órden orgánico al hombre, sin que pudiéramos llamarle tal con propiedad, por no haber estado dotado del espíritu libre, y moralmente responsable, que distingue principalmente al hombre de los animales y le hace semejante á Dios, en cuanto que comprende el bien, lo practica y acumula méritos ó deméritos, segun usa ó abusa de sus dotes. Aquel tipo animal, continúa el mismo, hubiera sido como el *preludio* del hombre, y habria desaparecido con el período cuaternario; caso que se le distinga de la época actual, habria poseido cierto instinto ó cierto grado de inteligencia para servirse del pedernal en sus guerras y cacerías, y aún para prepararle algun tanto, como otros animales hacen, otras cosas maravillosas que vemos y no podemos explicar cómo

(1) Sr. Caminero, de Rioseco, y otros.

saben hacerlas; y, en fin, á individuos de ese tipo pertenecerían los que se tienen por fósiles humanos y restos de la industria del hombre. Ni habria tampoco dificultad, añade el mismo, en que hubieran existido otros hombres ántes de Adán, extinguidos por completo en la catástrofe que puso fin al período anterior á la humanidad presente, y de quienes no se puede decir, por falta de datos, que fueran ó no exactamente iguales á nosotros, como no sea en lo relativo á la naturaleza física. Verdad es que la Iglesia, fundada en la Biblia, rechaza el error de los preadamitas ó coadamitas, pero es en la hipótesis de que coexistieran algun tiempo con la humanidad presente y formaran parte de ella: mas en la hipótesis que ahora presentamos, esos hombres anteriores á Adán habrian desaparecido por completo ántes de ser criado por Dios el primer padre de la humanidad actual, pecadora en Adán, y en Cristo regenerada, por lo cual no habló en particular el Génesis, confundiéndolos con las distintas especies de animales.

Siempre se ha dicho, señores, que los extremos se tocan; pero pocas veces se ha visto este principio axiomático tan plenamente confirmado como en el caso presente. Con efecto, la solidaridad, y casi pudiera decirse identidad de consecuencias que sacan los más acérrimos partidarios de la descendencia animal del hombre y los más intransigentes detractores de la ciencia prehistórica, queda con lo dicho plenamente demostrado: aquellos no quieren admitir que el hombre, tal cual le vemos, haya sido contemporáneo de las faunas y floras que desde su existencia han heroseado la superficie terrestre; y para ello inventan caprichosamente un sér intermedio que llena el inmenso vacío que ellos mismos reconocen existe hoy entre nuestra especie y las de los mamíferos á ella más próximos, con lo cual se quedan tan satisfechos, creyendo, tal vez de buena fe; no sólo haber dado solución á la extraordinaria longevidad del hombre, si se admite su presencia en el terreno terciario, sino tambien una confirmacion plena de su teoría favorita, tan favorita en verdad, que nubla por completo su clarísima razon. Y lo más singular del caso es, que estos señores que se califican á si mismos de positivistas, cuyo credo consiste en rechazar todo aquello que no éntre por sus sentidos y que sea susceptible de comprenderlo su reconocido talento, mirando con ojos por lo ménos de piadoso desdeñ á los que admitimos algo que huela ó sepa á sobrenatural, no sólo se evitan la molestia de demostrar con hechos los atrevidos principios que sientan como base de su razonamiento, sino que á sabiendas parten de hipótesis que el comun sentido y las más ligeras nociones de ciencias naturales rechazan. ¿Por dónde, si no, saben que existió el hombre

mudo, cotorra imitadora más tarde de los ruidos naturales y de los sonidos producidos por los animales sus compañeros, tosco y grosero fabricante de los primeros instrumentos de pedernal? ¿Podrá esto tomarse en serio y servir de base á ninguna controversia fundada en verdaderas y sólidas razones científicas en pro y en contra, siquiera siempre de buena fe expuestas?

Hé aquí el lado positivista de la cuestión, destituido por completo de fundamento, y hasta si se quiere de seriedad; veamos ahora cómo concuerda con este modo de discurrir el de la escuela opuesta, enemiga declarada de los estudios prehistóricos, precisamente por las exageraciones en que algunos partidarios incurren y en las que, sin querer, también ellos mismos caen.

Por no querer admitir la existencia del hombre fósil, apelan estos señores á la existencia de un tipo de animales perfectamente semejante al hombre en todo lo orgánico, pero distinto de él por no hallarse dotado de razón y no ser moralmente responsable de sus actos; es decir, exactamente se apela al mismo ser intermedio entre el hombre y la bestia que admiten Hackel, Mortillet y otros muchos. Pero, señores, ¿tan profundos son los conocimientos anatómicos de estos flamantes naturalistas, que del simple exámen de un hueso deducen si perteneció á un ser libre y consciente, ó, por el contrario, si formó parte de un irracional primo hermano de aquél? Sobre que esto huele á materialismo puro, ya que para distinguir la inteligencia y responsabilidad moral del hombre de otro ser separado de él por un abismo insondable, como hoy mismo reconocen los mismos Darwinistas, sólo se apela á distinciones incomprensibles entre partes materiales, prescindiendo por completo del alma ó espíritu que distingue á nuestra especie, encuentro en el modo de discurrir de estos nuevos paladines la prueba clara y evidente de la carencia de verdaderos conocimientos en la materia, y que, á falta de datos verdaderos, se apela á la invención de hipótesis destituidas, no sólo de fundamento, sino hasta de lo que pudiera llamarse buen sentido, ya que por combatir las exageraciones de los prehistóricos positivistas, que niegan la intervención del Supremo Hacedor en la creación del hombre, incurren ellos en el mismo é idéntico defecto. Y como que ni aquellos saben nada, al ménos que haya entrado por sus sentidos, relativo al hombre mudo, anterior al dotado de palabra, ni éstos pueden distinguir los huesos fósiles del tipo animal que precedió de los verdaderamente humanos, y la mejor prueba es que no lo hacen, cae por su base todo el razonamiento fundado en ambas escuelas sobre meras y fantásticas hipótesis.

Una sola diferencia veo en ellas, y es que Mortillet y Hackel tratan de explicar con su singular teo-

ría la presencia del hombre en el terreno terciario, al paso que Caminero y los que le siguen rechazan hasta los huesos fósiles diluviales que, aunque humanos, no creen ser ó haber pertenecido sino al rudimento de hombre, en manera alguna al hombre ya perfecto, consciente y libre.

Después de lo que se acaba de exponer, bastará un poco de ciencia serena, pura y no obcecada por prejuicios en este ó el otro sentido determinados, para poner las cosas en su verdadero lugar.

Con efecto, respecto del hombre terciario, todo cuanto hoy se diga es aventurado, por cuanto faltan datos y comun acuerdo para admitir ó rechazar de plano su existencia. Del mioceno sólo conocemos, y he visto, instrumentos de pedernal, acerca de cuya verdadera significación ya os he dicho repetidas veces no están acordes las primeras autoridades arqueológicas de Europa. Pero supongamos por un momento que mañana se descubren pruebas irrecusables de su existencia, tales como huesos de su esqueleto y objetos auténticos salidos de sus manos. Entonces será cosa de examinar detenida y minuciosamente dichas piezas justificativas del proceso, y si del exámen resultara que realmente los huesos eran humanos y humana también la industria, no veo inconveniente en admitir el hecho, cualesquiera que fueran las consecuencias respecto á su antigüedad. Se dice que entonces nuestra especie habría sido contemporánea de cuatro ó cinco faunas; pero sobre que el hecho no es enteramente nuevo en los anales de la paleontología, ¿se olvida ó podemos por ventura olvidar que el hombre hubo de ser desde su origen superior á todos los seres de la creación, como dotado de ese destello de la divinidad que se llama inteligencia, que es lo que pone un abismo entre nosotros y los animales más perfectos? Aunque el hecho en sí, el día que exista, no es frecuente en la historia de la vida en el globo, no me parece tampoco ser tan extraordinario que motive por sí solo la creación de hipótesis tan infundadas como las que acabo de exponer y combatir.

En cuanto al hombre cuaternario, no sólo existe por sus obras, sino muy especialmente por el hallazgo de sus restos asociados á los de otros seres, unos y otros en estado fósil, sin que haya hoy anatómico tan hábil que se atreva á deslindar las pretendidas y no probadas diferencias entre el hombre verdadero y el preludio de hombre. Nuestra especie se ha formado toda ella á la vez, saliendo de las manos del Creador tan perfecta como lo han sido todas, sin que ninguna haya necesitado de bocetos ó tanteos, sólo propios de las obras humanas; y si no, que se demuestre lo contrario con hechos irrecusables, y no con razonamientos más ó ménos sutiles y capciosos. Trabajo le mando al que en serio quiera

acometer tamaña empresa, y hasta me atrevo á asegurarle un fatal desengaño, aunque para ello acumulara el saber de todos los paleontólogos anteriores y actuales, y se tome tanto tiempo como el que média entre la época actual y la de la aparición del hombre en la tierra.

JUAN VILANOVA.

7 Diciembre 1875.

MISCELÁNEA.

El vivero de cangrejos de Roscoff.

El vivero de Roscoff es, sin duda, uno de los más curiosos que se han establecido en estos últimos tiempos, formando una inmensa concha que no tiene menos de 160 metros en todos sentidos. Ciérranlo sólidos muros de mampostería, entre los que se mantiene á cierta altura el agua de mar á marea baja. Cuando sube la marea sube también el nivel de la concha, penetrando el agua por aberturas guarnecidas de rejas de hierro para renovar periódicamente la del vivero. Las rejas son bastante espesas para que no puedan escapar los peces aprisionados en la concha, pero lo suficientemente claras para que éstos puedan experimentar la influencia de las mareas como si se encontrasen en libertad.

Todas las semanas llegan barcos pescadores procedentes de las costas, sobre todo de las inmediatas á Brest, llevando peces á la concha. El 4 de Julio presenciámos la introducción de 1.500 cangrejos y langostas en el vivero. Este número se eleva frecuentemente á 2.000. Diariamente algunas barquillas pescadoras llevan 150 ó 200 cangrejos, según son más ó menos favorables las circunstancias. Pá-gase á los pescadores á razón de tres á cuatro y medio reales por cangrejo.

Los crustáceos están destinados á alimentar los mercados de las grandes ciudades, sobre todo de Paris, que compra anualmente al vivero de Roscoff 30.000 cangrejos ó langostas. Bélgica hace también demandas considerables, frecuentemente de 1.500 piezas á la vez. Rusia y Alemania se surten también de este vivero, que se vacía y se llena constantemente.

El vivero de Roscoff contiene de ordinario de 25.000 á 30.000 cangrejos, y un número casi igual de mújoles (1) y de otras especies de peces que prosperan allí admirablemente. Este considerable número de animales marinos necesita abundante alimentación, consistiendo esta principalmente en cóngrios y lijas de que se muestran ávidos los cangrejos. Estos son extraordinariamente voraces, y

(1) Este delicioso pescado se encuentra en el Mar Menor, provincia de Murcia, siendo de una calidad exquisita y muy superior al de la misma familia que se coge en el Mediterráneo. Un vivero bien organizado para la explotación del mújol en el citado Mar Menor, daría excelentes resultados. El mújol del Mar Menor apenas se conoce fuera de la provincia de Murcia y es un pescado que rivaliza en delicadeza con el salmón.

(N. del T.)

á veces se traban entre ellos terribles combates. Para impedir que se maten, se les coloca una barrita de madera entre las pinzas, y, no obstante esta precaución, las matanzas son frecuentes y se recogen en la superficie del agua cangrejos gravemente mutilados, que se llevan á viveros especiales, para venderlos en seguida en las inmediaciones, porque no podrían soportar en este estado largos viajes.

La explotación del vivero de Roscoff está llamada á adquirir considerable desarrollo, y la sociedad propietaria ha empezado á construir otra concha, destinada exclusivamente á los mújoles y otros peces comestibles que abundan en las costas de Bretaña. Según datos que hemos recibido, los peces se han encontrado en abundancia dentro del vivero de Roscoff, sin que nadie los haya llevado á él: probablemente habrán crecido dentro de la concha después que las mareas les hayan hecho pasar por las rejas, y no habrán podido escapar cuando ya hayan adquirido cierto desarrollo.

A la hora de ponerse el sol, los cangrejos acumulados en el vivero se entregan á caprichosos juegos en la superficie del agua, y nada tan curioso como ver aquellas innumerables legiones de crustáceos lanzándose violentamente unas sobre otras, ó colgándose, formando verdaderos racimos vivientes, en los muros de la concha.

(La Nature.)

Expediciones suecas á las regiones árticas.

El profesor Nordenskjæld, infatigable explorador sueco de las regiones árticas, verifica actualmente una expedición á Nueva Zembla y el mar de Kara, la cual costea enteramente Oscar Dickson de Gotenburgo. El jefe Nordenskjæld tiene á sus órdenes dos botánicos, Kyellman, que formó parte de la expedición al Spitzberg en 1872 y 73, y Lundstrom, dos zoólogos y una docena de balleneros noruegos. Navegan en el yacht *Praeven*, mandado por el capitán Isaksen, conocedor de los mares polares.

Salidos de Tromsæ, en Noruega, el 8 de Junio, se conoce su llegada á la costa occidental de la Nueva Zembla el 22 del mismo mes, según cartas publicadas por los periódicos suecos. De allí marcharon hácia el Norte hasta el estrecho de Matochkin, el cual no pudieron pasar por causa de los hielos, y descendiendo al Sur, llegaron al estrecho de Kara el 25 de Julio, sin poder tampoco abrirse paso por entre los hielos flotantes; por fin, el 3 de Agosto pudieron penetrar en el mar de Kara, ya casi deshelado, por el estrecho de Yugof. A la salida de las cartas iban á dirigirse á la isla Blanca, donde dos sabios de la expedición permanecerán, mientras los demás continúan su camino hácia el Nordeste.

Nordenskjæld se propone llegar á la desembocadura del Obi ó del Tenissei, region célebre por los mamuths fósiles, conservados enteros por el hielo, y otros restos prehistóricos; remontará uno de estos dos grandes rios, y volverá por tierra á Suecia.

El *Praeven* regresaría á mediados de Setiembre. Los expedicionarios han reunido gran número de observaciones interesantísimas concernientes á la zoología, la botánica y la geología.